

Carta Pastoral de Monseñor
Manuel Sánchez Monge
Obispo de Mondoñedo-Ferrol



**La Diócesis,
familia grande y acogedora**

Mondoñedo-Ferrol 2007

LA DIÓCESIS, FAMILIA GRANDE Y ACOGEDORA

Carta Pastoral del obispo de Mondoñedo-Ferrol
con motivo del Año Jubilar de San Rosendo

Mondoñedo-Ferrol 2007

ÍNDICE

I. MIL CIEN AÑOS DEL NACIMIENTO DE SAN ROSENDO.....	9
II. LA IGLESIA PARTICULAR O DIÓCESIS.....	14
1. La dimensión eclesial de la fe.....	14
2. La Iglesia, gran familia de los hijos de Dios.....	16
3. La Iglesia diocesana, hogar de comunión y misión.....	19
3.1. La Iglesia, misterio.....	19
3.2. La Iglesia, hogar de comunión.....	21
3.3. La Iglesia, hogar de misión.....	24
4. La Iglesia particular es la Iglesia entera, pero no toda la Iglesia.....	26
5. Relación entre la Iglesia universal y las Iglesias particulares.....	29
III. EL MINISTERIO DEL OBISPO EN LA DIÓCESIS.....	32
1. Claves para comprender el ministerio episcopal.....	34
1.1. El obispo y la comunidad eclesial.....	34
1.2. El obispo, sucesor de los apóstoles.....	35
1.3. El obispo, vicario de Cristo.....	36
1.4. El obispo en su diócesis.....	37
2. Las funciones del obispo.....	39
2.1. Maestro.....	40
2.2. Sacerdote.....	41
2.3. Pastor.....	43

3. El servicio del obispo a los sacerdotes, consagrados y seglares.	46
3.1. El servicio del obispo a los sacerdotes.	46
3.2. El servicio del obispo a los consagrados.	48
3.2.1. Un tiempo de dificultades para los consagrados.	48
3.2.2. Las dificultades, un tiempo de gracia.	49
3.3. El servicio del obispo a los seglares.	51
4. La corresponsabilidad en una Iglesia sinodal.	54
IV. LA PARROQUIA, UNA CASA DE FAMILIA FRATERNA Y ACOGEDORA.	57
1. La parroquia, familia de familias cristianas.	57
2. Rasgos característicos de la parroquia.	59
3. Parroquia y diócesis.	61
4. El cura párroco.	62
V. A MODO DE CONCLUSIÓN. SUGERENCIAS PARA LA RENOVACIÓN DE NUESTRA DIÓCESIS Y DE NUESTRAS PARROQUIAS.	63
1. Marco general: una pastoral evangelizadora.	64
2. Intensificar la transmisión de la fe.	68
3. Potenciar la atención pastoral a las familias.	69
4. Los jóvenes.	69
5. Las Unidades de atención pastoral.	71

LA DIÓCESIS, FAMILIA GRANDE Y ACOGEDORA

CARTA PASTORAL DEL OBISPO DE MONDOÑEDO-FERROL

CON MOTIVO DEL AÑO JUBILAR DE SAN ROSENDO

“Me he alegrado también –escribe el Obispo mártir S. Policarpo a los filipenses- al ver cómo la raíz vigorosa de vuestra fe, celebrada desde tiempos antiguos, persevera hasta el día de hoy y produce abundantes frutos en nuestro Señor Jesucristo [...] No lo veis, y creéis en él con un gozo inefable y transfigurado”¹.

Desde el gozo de contemplar cómo la fe cristiana sembrada copiosamente por San Rosendo en nuestras tierras perdura hasta el día de hoy cuajada de frutos, escribo esta Carta Pastoral, la segunda de mi ministerio episcopal entre vosotros. Miremos de nuevo las raíces de nuestra fe y procuremos que estén vigorosas precisamente en estos momentos en que no podemos conformarnos con una fe débil y vacilante. El Obispo patrono de nuestra diócesis mindoniense-ferrolana nos echará una mano. Estamos seguros.

I. MIL CIEN AÑOS DEL NACIMIENTO DE SAN ROSENDO

El 26 de noviembre del año 2007 se conmemorarán los 1100 años del nacimiento del obispo San Rosendo, patrono de nuestra Diócesis. Nuestra fe tiene hondas raíces, como vemos. Ahora bien, cuando han pasado once siglos, en los comienzos del Tercer Milenio, esta conmemoración puede y debe ser una preciosa oportunidad para renovar y vigorizar la fe que se afianzó en estas tierras del noroeste ibérico, gracias al trabajo apostólico de San Rosendo y, más tarde, con su especial protección.

La Diócesis mindoniense se remonta a los primeros siglos alto-medievales, probablemente al siglo VI. Se menciona su nombre en las actas de un concilio celebrado en Lugo en el año 569, aunque entonces sus obispos residían en Bretoña. “*La invasión de los sarracenos en España pasó tan adelante por Galicia, que llegó hasta Britonia y la destruyó*”, según escribió el P. Flórez en el tomo XVIII de “*España Sagrada*”. Los huidos se refugiaron en Asturias hasta que, hacia el 870, el rey Alfonso III decidió su establecimiento en “*villa Mindoniense*”, donde les dona un territorio jurisdiccional. Se trata de San Martín de Mondoñedo que fue la capital diocesana hasta 1112 en que se trasladó al valle de Brea o Vallibria, hoy la ciudad de Mondoñedo, donde, con breves interrup-

¹- S. POLICARPO, *Comienzo de la carta de San Policarpo, obispo y mártir, a los filipenses*: Liturgia de las Horas vol III, 240.

ciones, permaneció hasta que el nueve de marzo de 1959 el Papa Juan XXIII decidió que la capitalidad de la antigua sede fuera compartida con la ciudad departamental de Ferrol.

Entre los obispos que rigieron la diócesis mindoniense con anterioridad al año 1000 destaca san Rosendo, que estuvo al frente de ella entre los años 925 y 948, fecha en la que renunció a la mitra para retirarse al monasterio que había fundado en Celanova, diócesis de Orense.

Nació Rosendo el 26 de noviembre del 907 cerca de de Santo Tirso, en las inmediaciones de la ciudad portuguesa de Porto. Fue obispo de San Martín de Mondoñedo (Foz) e Iria (origen de la actual Santiago de Compostela) y promotor de la fundación de numerosos monasterios por todo el territorio del Noroeste peninsular, siendo su fundación emblemática el monasterio de Celanova donde fallecería el 1 de marzo del 977. Esta abadía fue centro de referencia para más de cincuenta monasterios y prioratos de toda España.

La familia de San Rosendo pertenecía a la nobleza de su tiempo y estuvo emparentada con los Reyes de León. La beata Ilduara, su madre, influyó poderosamente en la vida de su hijo. Su padre fue el conde Gutierre Menéndez, uno de los más acreditados nobles de la corte de Alfonso el Magnánimo, guerrero intrépido, acertado político y bienhechor de la Iglesia por muchos motivos. Rosendo fue el segundo hijo de este matrimonio.

Después de unos años en casa de sus padres, fue enviado a Mondoñedo, en donde era obispo su tío abuelo Sabarico II, para ser educado en el monasterio de San Martín de Mondoñedo, famoso centro de cultura y espiritualidad en aquel momento que había recogido la tradición monástico-cultural de Dumio, cercano a Braga. Aprendió latín y religión. Y trató con clérigos y artesanos. Allí apareció su vocación monacal.

¿Cómo era San Rosendo? ¿Cuál era su personalidad humana? Me ha llamado poderosamente la atención que sus biógrafos, sin ponerse de acuerdo, destacan el equilibrio en sus virtudes humanas y cristianas: "Era grave sin dureza, alegre y risueño sin liviandad, modesto y casto, pudoroso y recogido. Era, además, para con los pobres dadivoso, para con los amigos magnífico, para con Dios generoso, para con todos caritativo... Dióse con afán y gula a la lectura de vidas de los primeros Padres y obras ascéticas y contemplativas y así logró ir poco a poco alimentando y robusteciendo su gigante espíritu..."². Por su parte el P. Flórez le describe así: "Sus palabras eran dulces y eficaces. La modestia, llena de gravedad sin displicencia; alegre, sin liviandad; agradable en el

²- A. LOPEZ Y CARBALLEIRA, *Biografía de San Rosendo*, Mondoñedo 1907, 87.

rostro; mediano en la estatura... Sobresalió tanto en las virtudes desde su adolescencia, que corría su fama por toda España”³.

Su verdadera inclinación era el claustro y Dios permitió que algunas temporadas de su vida disfrutara de él, pero dispuso que sirviera a la causa de Dios como obispo y también como encargado de los asuntos temporales, incluso políticos, de una amplia zona de Galicia. Tal era la condición de los obispos de entonces. En el monasterio su inclinación era a vivir como simple monje, dedicado al cumplimiento de la Regla en el trabajo y la oración. Pero Dios lo quiso abad del monasterio que él mismo había fundado para que resplandeciera como verdadero padre de los monjes y de la gente que vivía alrededor del monasterio.

Fue elegido por el clero y por el pueblo obispo-abad de lo que hoy conocemos por San Martín de Mondoñedo a los 18 años (a. 924). He aquí la referencia histórica: “Entre tanto la sede de Dumio quedó privada de pastor. En ella con aplauso del pueblo y entonando todo el clero las alabanzas de Dios, por cuya voluntad y revelación sucedía, con la anuencia de Ordoño, hijo del rey Ramiro, y de todos los caballeros, fue ordenado obispo Rosendo a los 18 años de edad, no por su voluntad sino obligado”⁴.

De su acción pastoral como obispo de Mondoñedo se dice: “En el tiempo en que ocupó esta sede (Mondoñedo) nadie podría describir suficientemente, en razón de lo mucho que hizo, cuanto engrandeció a su Iglesia, cuan honestamente trató al clero, con cuanta diligencia restauró los lugares de culto, con cuánta preocupación ayudó con los beneficios de su propia herencia a viudas y huérfanos, a los que venían a instalarse en aquella comarca y a los extraños que pasaban por allí. Era su rostro angelical, y su palabra como la miel por la dulzura de su pronunciación”⁵.

Entre los monasterios que reconstruyó o ayudó a reconstruir están el de Santa Marina, cerca de Porto Marín; el de Santa María de Loio; el de Caaveiro; el de Carboeiro; el de Samos; el de Louredo, junto al Miño; el de Sorga y otros.

Fue también celebrada su tarea de componer discordias tan frecuentes entonces entre las familias de la nobleza, apareciendo siempre como un ángel de paz. Como su corazón estaba en el claustro, allí se escapaba cuando podía. Fue en uno de esos momentos donde tuvo la inspiración de crear un nuevo

³- P. FLÓREZ, *España Sagrada*, t. XVIII, 78.

⁴- M. DÍAZ Y DÍAZ, “*Ordoño de Celanova: Vida y Milagros de S. Rosendo*”, Fundación Pedro Barrié de la Maza, Coruña 1990, 127-129

⁵- M. DÍAZ Y DÍAZ, *Ordoño de Celanova: Vida y milagros...*, 129.

monasterio en el lugar de Villar, el monasterio hoy conocido por San Salvador de Celanova y en él puso como abad a todo un santo: el abad Franquila. El 26 de septiembre del 942 fue consagrado y en el año 944 se retiró al monasterio que él había fundado. Celanova, superando las formas del monacato de San Fructuoso y de los monasterios familiares y dúplices que empobrecían el panorama espiritual de Galicia, representa una concepción nueva y aristocrática de la vida monástica en sentido litúrgico, espiritual y social del monacato.

San Rosendo fue un creyente que no se centró en la teoría y las normas, sino en una profunda experiencia de Dios que le capacitó y sensibilizó para encontrar a Dios, para captar su lenguaje, para sentir su presencia en los acontecimientos de cada día: en las iglesias y monasterios que restauró, en la atención pastoral a sus sacerdotes, en el cuidado material de los pobres, en la liberación de los esclavos, en la pacificación de los nobles de su tiempo, etc...

Hoy día es preciso que cada cristiano tenga una experiencia personal de Dios. Experiencia que desborde la pura teoría sobre Dios y que le otorgue a la fe una fuerza vital capaz de vencer la increencia ambiental, la sensación de 'locura' al apostar por los pobres y débiles del mundo, que son la mejor y la mayor gloria de Dios.

Si desvinculamos a Dios de nuestra vida cotidiana, nos quedaremos sin Dios, y sólo si lo descubrimos, si le hablamos, si le amamos en los hechos cotidianos, podemos ser verdaderos creyentes. Se trata, pues, de una mística que desde el corazón de Dios nos devuelva al mundo, para que percibamos en él el latido del corazón misericordioso del Padre.

El año 955 le llega una tarea totalmente ajena a sus deseos y expectativas: el rey Ordoño III le encarga el gobierno de la provincia con plena autoridad para decidir en los asuntos públicos. El encargo no le vino en forma de ruego, sino de real orden tajante, a la que no se podía negar. Con sacrificio acepta y pone manos a la obra. Mandó con justicia, refrenó los abusos y trajo paz a la comunidad que gobernó. Pero no pudo evitar la guerra abierta primero contra los moros y luego contra los normandos.

Muerto San Franquila, hacia el 960, los monjes de Celanova lo eligieron abad por unanimidad, tarea que trató de cumplir con total entrega para provecho de los monjes que le fueron encomendados.

Fue llamado a administrar la diócesis de Compostela durante la prisión de su prelado. En efecto, Sisnando, el obispo compostelano, fue encarcelado por orden real. Rosendo aceptó desempeñar las funciones de lo que hoy llamaríamos Administrador Apostólico de la diócesis durante la prisión del obispo para

que la sede no estuviera vacante. Pero cuando se arregló la situación, San Rosendo se retiró mansamente a su amado monasterio de Celanova. Esto sucedió el año 967 aproximadamente.

Su madurez espiritual brilló de un modo especial a la hora de su muerte. La previó y el 17 de enero del año 977 se vistió con hábito de penitencia para preparar su tránsito de este mundo al Padre. Conocida la enfermedad acudieron a visitarlo obispos y abades, en cuya presencia recibió los auxilios espirituales, edificando a todos con su fervor y paciencia ante la enfermedad. Dió sabios consejos a los monjes, a los que confió a la providencia de Dios y dejó un testamento que refleja la pureza de su alma, su amor a la Iglesia y a la orden, así como los más nobles sentimientos de quien confía que con la muerte pasa al encuentro del Señor. Murió el 1 de marzo del 977, a la hora de completas, sin haber cumplido los 70 años de edad. Su cuerpo fue enterrado en la capilla de San Pedro en Celanova, que posteriormente fue dedicada a San Juan.

Doscientos años después de la muerte de San Rosendo, el cardenal Jacinto Bobo, legado pontificio en España (1195), para componer las desavenencias entre Alfonso VIII de Castilla y su tío Fernando II de León, visitó el monasterio de Celanova, atraído por la fama de milagros de San Rosendo. Determinó exhumar el cuerpo del santo y colocarlo solemnemente en otra capilla, permitiendo expresamente en nombre del Papa que se le tributaran los honores de santo: *“Creemos que debe ser inscrito indudablemente en el catálogo de los santos y que contempla el rostro de Jesús junto a los demás elegidos”*. Posteriormente cuando llegó a Papa con el nombre de Celestino III (1191-1198), procedió a canonizar formalmente a San Rosendo mediante una bula apostólica expedida el año 1195⁶.

Desde hace aproximadamente 1500 años, la fe cristiana se viene sembrando en las tierras que configuran nuestra Iglesia de Mondoñedo-Ferrol. Si queremos una fe madura y con frutos abundantes hemos de asegurar la vitalidad de nuestras raíces cristianas. En tiempos de fe debilitada como los nuestros hemos de ir a las raíces en busca de nueva sabia y nuevo vigor. Pero no podemos conformarnos con acoger el regalo de la fe que nos viene de muy lejos, la adhesión personal y entusiasta a Jesucristo ha de suscitar en nosotros el deseo de impulsar con nuestras vidas la ‘nueva evangelización’, a la que nos invitó nuestro querido Papa Juan Pablo II, de feliz recuerdo para todos, y en

6- Ambas Bulas las encontró el P. Antonio García y García OFM, profesor de Historia del Derecho en la Universidad Pontificia de Salamanca en la Biblioteca de la Spany Society of America. Para todo este tema se puede ver S. L. PÉREZ LÓPEZ, *San Rosendo e Mondoñedo. Razóns dun Centenario (907-2007)*; R. YZQUIERDO PERRÍN, *San Martín de Mondoñedo: historia, arte y devoción popular*; Mons. M. A. ARAUJO IGLESIAS, *San Rosendo, bispo e fundador*, Celanova (Ourense) 2002.

cuya andadura está empeñado con nuevo impulso Benedicto XVI, Siervo de los siervos de Dios. Desconocemos la fecha exacta en que S. Rosendo fuera declarado patrono de nuestra diócesis, pero ya desde la baja Edad Media tenemos constancia de tal patronazgo y del oficio litúrgico propio celebrado en la Catedral mindoniense.

Contemplar la persona de San Rosendo es contemplar la figura de un Obispo que promueve la santidad y desempeña el ministerio evangelizador superando las dificultades e inconvenientes que encontró en su camino. Preocupado por la vida del pueblo, desempeñó un papel relevante como Pastor de nuestra Iglesia, que le ganó mercedamente títulos como padre de los pobres, defensor de Galicia, buen organizador de las estructuras eclesíásticas, promotor de vocaciones y del apostolado, ángel de la paz,

La contemplación de la vida y del ministerio de San Rosendo, obra grande y maravillosa de Dios, nos impulsa a responder con la mayor fidelidad posible al amor de Dios comprometidos en la tarea evangelizadora. Con el salmista nos preguntamos: "¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?" (Sal 114, 2). Sin duda, el mejor modo será animarnos a crecer en santidad y compromiso cristiano y social.

II. LA IGLESIA PARTICULAR O DIÓCESIS

1. LA DIMENSIÓN ECLESIAL DE LA FE

"El que cree no está solo" repitió el Papa Benedicto XVI en el viaje a su tierra natal. La fe cristiana no es algo puramente espiritual e interior, y nuestra relación con Cristo no es sólo subjetiva y privada. El cristiano no vive su fe aislado, sino formando parte de una comunidad de discípulos de Jesús. Así nacen las parroquias, así surgen las diócesis y así se configura la Iglesia universal. Junto con sus hermanos profesa la misma fe, celebra los mismos sacramentos, reconoce a Jesucristo como único Señor, permanece a la escucha del mismo Espíritu, ejerce la fe que actúa en el amor con su cercanía a los pequeños y a los débiles y acepta al Papa, a los obispos y a los presbíteros como sus legítimos pastores... Una comunidad eclesial cerrada en sí misma –no lo olvidemos– pronto se convertiría en secta.

La fe cristiana tiene necesariamente una dimensión eclesial. La comunidad cristiana no es un medio externo a la fe, sino que colabora con Dios en el nacer y madurar de los creyentes. Es la primera destinataria de esa vida de fe. La comunidad cristiana despierta la fe de sus miembros porque ella misma ha sido ganada para la fe. Ella es no sólo *objeto* de nuestra fe sino *sujeto* de esta

fe. La fe de cada uno es una llama que se enciende en la hoguera de la fe de la comunidad. Creer es un acto personal y libre, pero no individualista. En cada creyente la misma fe común tiene acentos y resonancias particulares, pero no es algo totalmente autónomo y subjetivo. Cuando creemos, nos unimos a una comunidad que profesa la fe que precede a la de cada uno. Por eso podemos decir legítimamente: 'creo' y 'creemos'. Aceptamos la fe de la comunidad de tal modo que, por esta aceptación, nuestra fe no expresa sólo convicciones individuales, sino compartidas; no recoge opiniones personales, sino persuasiones comunes. La fe eclesial es anterior, más grande y más rica que la propia de cada uno. Nadie vive toda la fe ni todo el Evangelio. En la comunidad de la Iglesia cada uno aporta su propia vivencia y se enriquece con la de los demás. La fe de la Iglesia, enriquecida por aquellos acentos que en cada uno suscita el Espíritu bajo la guía del Magisterio, es la norma de la fe personal. Mi fe, necesariamente fragmentaria y tentada de deformación, se completa, se contrasta y se reequilibra en la fe de la comunidad cristiana.

"Crear desde la Iglesia y con la Iglesia -recuerda W. Kasper- no significa adoptar una posición ideológica fija ni un triunfalismo eclesial; significa más bien, recorrer desde la Iglesia y con la Iglesia el camino de una incesante conversión y de una escucha siempre nueva de la palabra de Dios. No sólo la fe del individuo es camino; también la fe de la Iglesia es un camino y un proceso, que frecuentemente pasa por interrogantes, crisis y sacudidas"⁷.

A lo largo de este camino personal y eclesial es necesario tener muy en cuenta la recomendación de San Juan Crisóstomo: "No te separes de la Iglesia. Ninguna potencia tiene su fuerza. Tu esperanza es la Iglesia. Tu salvación es la Iglesia. Tu refugio es la Iglesia. Es más alta que el cielo y más grande que la tierra. No envejece jamás: su juventud es eterna"⁸.

Amar a la Iglesia y sentir con la Iglesia se convierten en signo de que nos hemos tomado la fe en serio. Y, por otra parte, ambas actitudes resultan la mejor autenticación de ella. No sólo pertenecemos a la Iglesia, sino que hemos de saber ser Iglesia, siendo capaces de amar afectiva y efectivamente a la Esposa de Cristo (Cf. Ef. 5,21-33). Recuerdo unas hermosas palabras de Pablo VI a este propósito: "Cada uno debe sentirse feliz de pertenecer a la propia diócesis, cada uno puede decir de la Iglesia propia local: aquí Cristo me ha esperado y me ha amado, aquí lo he encontrado y aquí pertenezco a su Cuerpo Místico. Aquí me encuentro dentro de la unidad"⁹. La Iglesia diocesana es

⁷ - W. KASPER, *La fe que excede todo conocimiento*, Sal Terrae, Santander 1988, 118

⁸ - S. JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía De capto Eutripio* c. 6: PG 52, 402.

⁹ - PABLO VI, *La Eucaristía, vínculo de unión y centro de la Iglesia local y universal*: Ecclesia 32 (1972/2) 1401.

el punto efectivo donde el hombre encuentra a Cristo y donde se le abren las puertas al plan concreto de salvación.

El camino de nuestra inserción en la Iglesia universal se recorre en la Iglesia particular, que es el espacio histórico en el que una vocación se expresa realmente y realiza su tarea apostólica: "La Iglesia universal se realiza de hecho en todas y cada una de las iglesias particulares que viven en la comunidad apostólica y católica"¹⁰. "Toda comunidad local –añadía Juan Pablo II– reunida en torno a su obispo, es verdadera y plenamente Iglesia. Esta conciencia se ha hecho tan fuerte después del Concilio Vaticano II, que hoy podemos decir, con una formulación grávida de consecuencias, que es en las iglesias particulares y de las iglesias particulares, es decir, en las y de las diócesis, que subsiste la sola y única Iglesia católica"¹¹.

Hace no muchos años al hablar de diócesis se apuntaba fundamentalmente a una organización y a un entramado institucional y burocrático. Por eso la diócesis parecía algo distinto de los sujetos que la formaban. La diócesis era vista como una parte de la Iglesia Católica, no como un sujeto colectivo portador de eclesialidad y protagonista de su destino. Hemos de superar la inercia y la rutina para comprender la diócesis sobre todo como comunidad eclesial

Íntimamente vinculada con esta sensación se encuentra la tendencia a abdicar de la propia responsabilidad confiándola a una 'Iglesia universal' en algunos casos identificada con la iglesia de Roma, que sería la auténticamente responsable del destino de la misión y del misterio de Dios. Cada diócesis concreta no haría otra cosa que acoger sin más las sugerencias e indicaciones de la Iglesia universal. Esto supone que no se ha descubierto –ni mucho menos se ha hecho vida– la experiencia de que la Iglesia de Cristo existe en y desde las iglesias particulares. En cada comunidad de fieles, por pobre y humilde que sea, está presente y se manifiesta, actúa y se realiza la única Iglesia de Cristo, y la Iglesia universal no es sino el cuerpo o la comunión de las iglesias locales.

2. LA IGLESIA, GRAN FAMILIA DE LOS HIJOS DE DIOS.

Al creer atravesamos el umbral que nos introduce en la familia de Dios pudiendo comunicarnos con El como hijos y, al mismo tiempo, viviendo en la fraternidad de los cristianos. Creer en Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo y formar parte de la Iglesia, presente en cada diócesis, coinciden. Ser cristiano equivale a ser hijo y hermano.

¹⁰ CEE, *Testigos del Dios vivo*, 41

¹¹ JUAN PABLO II, *La Chiesa nella dimensione universale e locale*. Homilía en Lugano (Suiza), 21.6.1984.

Por todo esto no es extraño que se haya comparado a la Iglesia con la familia, desde el principio del cristianismo¹². La comunidad eclesial –se repite– es la familia de los hijos de Dios Padre reunida en Jesucristo (cf. Jn 11,52), nuestro hermano mayor (Cf. Rom 8,29; Heb 3,6; 10, 21) por la fuerza del Espíritu. La Iglesia es nuestra Madre (cf. Gál 4,26; 1 Tes 2,7). Dentro de esta familia todos somos hermanos (cf. Mt 23,8-12, 1-21; 1 Cor 12-13) y la ley que rige en ella es el amor y la unidad (cf. Gál 6,10). San Pablo nos recuerda permanentemente “ya no sois extraños ni forasteros, sino ciudadanos del pueblo de Dios y miembros de su familia” (cf. Ef 2,19).

La Iglesia no es sólo ni principalmente una institución a la que se pertenece, sino un hogar en el que se vive. Y seguramente tendremos que introducir algunos cambios importantes para que se perciba como una fraternidad en Cristo. Cuando se describe la comunidad cristiana como una nueva familia no se trata simplemente de una metáfora; en ocasiones se vuelve literalmente cierto cuando los miembros de la Iglesia se preocupan de aquellos que han roto con sus familias naturales precisamente por haberse convertido al cristianismo.

Cuando se habla de la Iglesia como familia se quiere destacar que en ella se viven la fraternidad, la solidaridad, la gratuidad, la comunión, la paz, tener un destino común. La fraternidad eclesial es una fraternidad que no se funda en los lazos del clan y de la tribu, sino que es fruto de la invitación dirigida a la humanidad cuando se le anuncia el evangelio para que participe de la vida misma de la Trinidad. Se utilizan a veces expresiones como *gran familia* para indicar que la familia eclesial rompe los horizontes estrechos de la familia humana. El concepto de familia expresa por medio de una imagen concreta, la profunda noción eclesiológica de comunión: una comunidad diversificada en funciones y personas.

A la Iglesia se le llama *familia de Dios* entre los hombres porque tiene sus raíces y su meta en la familia trinitaria. Por eso también se dice que Dios construye su familia sobre la tierra. Cristo ha venido para hacer del mundo entero una familia a imagen de la Trinidad. La Buena Noticia es que somos la familia de Dios. Una misma sangre, la de Cristo, circula por nuestras arterias y un mismo espíritu nos anima, el Espíritu Santo, suprema fecundidad del amor de Dios

La familia le recuerda a la Iglesia que puede y debe asumir una dimensión más familiar, es decir, adoptar un estilo de relaciones más humano y frater-

¹². Sobre las diferentes imágenes de la Iglesia, a partir del Concilio Vaticano II, Cfr. E. BUENO DE LA FUENTE, *Panorama de la eclesiología actual: Burgense* 47/1 (2006) 35-69

no¹³, donde cada uno cuente por sí mismo, por lo que es y no por lo que tiene o la utilidad que reporta¹⁴.

La familia que Jesús ha instaurado en la tierra es una familia inclusiva, donde se hace posible la mesa compartida. Ya no separan las barreras como la raza, la religión, la ética, la clase social o la situación económica. Los roles familiares tradicionales se suprimen o se relativizan. La familia cristiana es una familia donde los niños son importantes (Lc 18,15-17) y donde Dios, el Padre de Jesús, no se parece al paterfamilias judío, sino que siente, se preocupa y se emociona porque tiene entrañas de misericordia.

Nuestra sociedad es actualmente con mucha frecuencia inhóspita para los cristianos; nos hallamos como en un ambiente extraño y casi hostil. En esta situación comprendemos y apreciamos mejor el don de la fraternidad cristiana y la familia de la fe. Hemos venido a la fe por medio de otros, vivimos la fe en familia, estamos llamados a transmitir a otros la fe y acompañarlos en su crecimiento y maduración. Pablo VI dijo el 4 de mayo de 1970 ante los Equipos de Nuestra Señora comentando ese número 11 de la *Lumen Gentium*: "En nuestros tiempos, tan duros para muchos, realmente es una gracia ser acogido en esta 'pequeña iglesia', según la expresión de San Juan Crisóstomo, que es la familia, entrar en su ternura, descubrir su maternidad, experimentar su misericordia, pues es evidente realidad que *un hogar cristiano es el rostro sonriente y dulce de la Iglesia*"¹⁵. Los cristianos debemos estar atentos para acercarnos a las personas cuando sufren, no sólo enfermedades y otros problemas de tipo social, sino también porque padecen crisis, incertidumbres y oscuridad en la fe.

Hacer de la diócesis una familia significa favorecer la participación de todos. Entre todos como piedras vivas (cf. 1 Ped 2,4 ss.), con la fuerza del Espíritu Santo, el único arquitecto, vamos construyendo la casa de Dios (cf. 1 Tim 3,15; Heb 3,6). En esta edificación todos somos necesarios y nadie es imprescindible. Colaboramos para hacer de nuestra diócesis una Iglesia vigorosa en la fe, cuando escuchamos verdaderamente la Palabra de Dios, cuando oramos y, sobre todo, cuando participamos en la Eucaristía dominical. Igualmente cuando colaboramos para que nuestra Iglesia transmita la fe a los niños, adolescentes y jóvenes; cuando somos una Iglesia acogedora de los inmigrantes, hospitalaria con los que no tienen hogar, cercana a los pobres y marginados; una Iglesia

¹³ Cf. JUAN PABLO II, FC. 64.

¹⁴ En otra ocasión empleó Juan Pablo II esta fórmula más condensada: "La Iglesia, familia de familias" (JUAN PABLO II, *Audiencia a las familias del Camino Neocatecumenal*: Ecclesia 2.724 (18.2.95) 32).

¹⁵ PABLO VI, *La familia, escuela de santidad*: Inseg.di Paolo VI VIII (1970) 424-435 aquí 431.

pacificada y socialmente pacificadora, una Iglesia con abundantes vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Pidamos a Dios que robustezca nuestra unidad interior y nuestra comunión con la Iglesia universal presidida por el Papa, obispo de Roma y sucesor de Pedro. ¡Que el Señor Jesús acreciente nuestra vitalidad cristiana para que aumente nuestra capacidad evangelizadora!

3. LA IGLESIA DIOCESANA, HOGAR DE COMUNIÓN Y MISIÓN.

3.1. *La Iglesia misterio*

El designio de Dios sobre los hombres no es de condenación, sino de salvación. A lo largo de la historia de la humanidad, Dios ha salido al encuentro del ser humano para mostrarle su rostro y para hacerle partícipe de su vida divina (DV 1). Esta voluntad salvífica de Dios se ha manifestado plenamente en su Hijo y ejerce su dinamismo con la fuerza del Espíritu ordinariamente por medio de la Iglesia (LG 2-5). La comunidad eclesial no hace sino perpetuar a lo largo del tiempo los tres mandatos fundamentales que ha recibido de Jesús: "Id y evangelizad", "Haced esto en memoria mía" y "Amaos los unos a los otros"

La Iglesia no puede ser comprendida en profundidad más que dentro del misterio trinitario que ella anuncia, celebra y testimonia en medio del mundo. En los Padres de la Iglesia encontramos expresiones como éstas: la Iglesia es 'sagrario de la Trinidad', según San Ambrosio¹⁶. "Donde están los tres, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, allí está la Iglesia, que es el cuerpo de los tres", afirma Tertuliano¹⁷. La clave para comprender el mensaje sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II y que permite superar comprensiones reducidas de diverso tipo, consiste en una lectura trinitaria del misterio de la Iglesia, "pueblo reunido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo"¹⁸.

Para quien la contempla con ojos puramente humanos la Iglesia –explicó en su momento Henri de Lubac– no pasa de ser una paradoja; para quien la contempla con ojos de fe, la Iglesia es un misterio que se puede saborear: "La Iglesia es humana y divina; se nos da desde arriba y procede de abajo... La Iglesia se vuelve hacia el pasado recogiéndose en el recuerdo de todo aquello que ella misma sabe que contiene y que jamás podrá pasar, pero al mismo tiempo abre sus brazos al porvenir, exaltándose en la esperanza de una consumación inefable que ningún signo sensible es capaz de dejar entrever. Destinada, en su forma

¹⁶. S. AMBROSIO, *Exameron* 3,5: PL 14,164-165. En otra ocasión dice que la Iglesia "no puede naufragar, porque de su mástil pende Cristo, a popa está el Padre como timonel y a proa vigila el Espíritu Santo (*Sermón* 46: PL 17,697).

¹⁷. TERTULIANO, *De bautismo*, 6: PL 1,1206.

¹⁸. S. CIPRIANO, *De oratione dominica*, 23: PL. 4,554 citada en LG 4.

presente, a desaparecer por completo, como 'la figura de este mundo', también está destinada a permanecer para siempre en la medida de su propia esencia, a partir del día en que ella se manifieste tal cual es. Múltiple y multiforme, es, sin embargo, una con la unidad más activa y exigente. Es un pueblo, es una inmensa turba anónima, y sin embargo... es el ser más personal. Católica, esto es universal, quiere que sus miembros se abran a todos, y no obstante no es plenamente Iglesia más que cuando se recoge en la intimidad de su vida interior y en el silencio de la adoración. Es humilde y majestuosa. Asegura que integra toda cultura y que eleva en sí todos los valores y al mismo tiempo quiere ser el hogar de los pequeños, de los pobres, de la muchedumbre simple y miserable"¹⁹.

A veces identificamos el misterio con algo impenetrable, oscuro, que produce miedo a quien quisiera profundizar en él. Hay que desterrar esta concepción sobre todo cuando hablamos del misterio de la Iglesia: "La Iglesia -decía Pablo VI - es un misterio, es una realidad imbuida con la misteriosa presencia de Dios. Por eso, en la naturaleza misma de la Iglesia está el permanecer abierta a nuevas y más profundas exploraciones"²⁰. La Iglesia es misterio porque Dios la habita y, en consecuencia, siempre podremos conocerla con más profundidad y vivir con más plenitud su misterio. En otra ocasión advertía el Papa Montini que "el misterio de la Iglesia no es mero objeto de conocimiento teológico, es algo que debe vivirse, algo de lo que el alma del creyente debe tener una especie de conatural experiencia incluso sin que logre tener una clara noción de ello"²¹.

Alguien ha comparado el misterio de la Iglesia con las vidrieras de nuestras magníficas catedrales: sólo pueden ser contempladas en su infinita hermosura desde dentro e iluminadas por el sol, como el magnífico rosetón de nuestra Catedral de Mondoñedo.

Pero, ¿cómo se puede creer en la Iglesia si la fe como adhesión y entrega incondicional del hombre sólo puede tener a Dios como destinatario? La Iglesia no es Dios; es una realidad creatural que en ningún caso puede ser absolutizada ni divinizada. Esta absolutización es incluso una tentación permanente de la Iglesia. No se cree propiamente en la Iglesia, pero sí dentro de ella y con ella (H. de Lubac)²².

19. H. DE LUBAC, *Paradoja y misterio de la Iglesia*, Sígueme, Salamanca 1967, 15.

20. PABLO VI, *Mensaje de apertura de la 2ª sesión del Vaticano II*.

21. PABLO VI, *Ecclesiam suam* 39

22. El Catecismo del Concilio de Trento lo formulaba así: "hay que creer que existe la Iglesia, pero no creer en la Iglesia. Pues en las personas de la Trinidad creemos de tal manera que ponemos en ellas toda nuestra fe. Y luego cambiamos y decimos -que existe- la santa Iglesia y no 'en la santa Iglesia' para con estos lenguajes diversos, distinguir al Dios Creador, de las creaturas" (Parte I, cap. 10, nº 23).

Por otra parte, centrarnos en el misterio de la Iglesia pudiera parecer como evadirnos del mundo, pero no es así. “El que la Iglesia arraigue en el misterio de Dios –ha recordado Mons. Ricardo Blázquez- no significa indiferencia y distancia hacia los hombres y su caminar por la historia entre luces y sombras. Hablar del misterio de la Iglesia no quiere decir replegarse a una zona confortable ni evadirse del mundo por encima de las nubes, sino tomar conciencia de las dimensiones reales dentro de las que está enclavada. Medir la hondura de la Iglesia desde un discurso sociológico no es indicio de realismo, sino de superficialidad. Si la Iglesia no echa sus raíces en el misterio de Dios, está desfondada y deviene estéril”²³.

Creer en la Iglesia consiste, por tanto, en reconocer con gratitud y con asombro que este espacio iluminado y oscuro donde se desenvuelve nuestra vida es, al mismo tiempo, el lugar donde se realiza nuestra salvación. Si sus limitaciones y manchas retraen momentáneamente nuestra adhesión a la Iglesia, su condición de esposa de Cristo y sacramento de salvación, la justifican y la reclaman.

3.2. La Iglesia, hogar de comunión

La eclesiología de la comunión -señaló en su día el cardenal Ratzinger- se ha convertido en el verdadero y propio corazón de la doctrina sobre la Iglesia del Vaticano II²⁴. El Sínodo Extraordinario de 1985 no dudó en afirmar: “La eclesiología de comunión es una idea central y fundamental en los documentos del Concilio”²⁵.

La comunión es el eje de toda la vida eclesial, y los atentados contra la comunión constituyen uno de sus mayores dramas.

Nuestro gran desafío –nos dijo Juan Pablo II- es hacer de la Iglesia hogar y escuela de comunión (*NMI* 43). Pero teniendo en cuenta que la comunión eclesial no descansa en afinidades ideológicas o sentimentales. Ni se confunde con un grupo de ‘amigos’ o de camaradas. Tampoco es mera organización de estructuras de participación. Nuestra vida comunitaria no se construye a partir del ideal de comunidad fruto de nuestros sueños individualistas; es Dios quien construye la comunidad. Por eso vivir en comunión dentro de un mundo de pecado es una gracia que hay que recibir humildemente y un don hacia el que hay que tener las manos abiertas y en espera.

²³. R. BLAZQUEZ, *Eclesiología de comunión: Communio* 4 (1986) 359.

²⁴. J. RATZINGER, *L'eclesiología del Vaticano II*, en: *La Chiesa*, Milano 1979, 13.

²⁵. SINODO EXTRAORDINARIO 1985, *Rel. final II, c.1: EV* 9,1800.

La comunión eclesial hunde sus raíces en la comunión trinitaria y halla en ella su cuna y su patria. "Nuestro Dios en su misterio más íntimo, no es soledad, sino familia..., y la esencia de la familia que es el amor", afirmó el Papa Juan Pablo II²⁶. Dios es comunión de personas, compañía amable y amante. Dios es comunidad, vida compartida, entrega y donación mutua, comunión gozosa de vida. Dios es a la vez el que ama, el amado y el amor...

Vivir el misterio trinitario es vivir en amor comunicado y entregado, es vivir en comunión. Es vivir sin reservarse nada, sin encerrarse en nada, sin aislarse de nadie. No vivir para sí, sino ponerlo todo en común, estar abiertos a todos y a todo. Es vivir eternamente para los demás.

"La comunidad es como un gran mosaico, escribe H. Nouwmen. Cada pequeña pieza aparece insignificante. Una pieza es de un rojo brillante, otra de un azul pálido o de un verde apagado, otra de un morado cálido, otra de un amarillo fuerte, otra de un dorado brillante. Algunas parecen preciosas, otras ordinarias: algunas valiosas, otras vulgares; algunas llamativas, otras delicadas. Como piedras individuales podemos hacer poco con ellas, sólo compararlas entre sí y emitir un juicio sobre su valor y belleza. Pero cuando todas estas pequeñas piezas son reunidas armónica y sabiamente en un gran mosaico, componiendo con ellas la figura de Cristo, ¿quién se preguntará nunca la importancia de cada una de ellas? Si una de ellas, hasta la más pequeña, falta, la cara está incompleta. Juntas en un mosaico, cada piedra pequeña es indispensable y contribuye de una forma única, indispensable, a la gloria de Dios. Eso es la comunidad. La asociación de personas sin importancia que juntas hacen a Dios visible en el mundo"²⁷.

El Concilio Vaticano II nos ha proporcionado una rica enseñanza sobre la Iglesia relacionándola con la vocación del hombre en Cristo, hasta tal punto que el Papa Juan Pablo II se atrevió a afirmar que "el hombre es el camino de la Iglesia"²⁸. La fidelidad a la Iglesia, por tanto, es al mismo tiempo fidelidad a la humanidad porque "la gloria de Dios –como concisa y bellamente expresó San Ireneo- es el hombre dotado de vida y la vida del hombre es la visión de Dios"²⁹.

Vivir la comunión eclesial es lo que hace creíble el mensaje que transmitimos: "Padre, que sean uno, para que el mundo crea" (Jn 17,21).

26. JUAN PABLO II, *Homilía en el Seminario Palafoxiano de Puebla [28.1.89]*: AAS 71 (1979) 184.

27. H. NOUWEN, *"¿Puedes beber este cáliz?"*, PPC, Madrid 1998², 56.

28. JUAN PABLO II, *Homilía en la apertura del Sínodo de 1985*, par 5

29. S. IRENEO, *Adversus haereses IV*, 20,7: SChr. 100***, 648.

En la Escritura la comunión es, sobre todo, con Jesucristo, Señor glorioso, que por su Espíritu nos pone en comunión con el Padre. La comunión con Dios es anterior a la comunión con los hermanos. La comunión eclesial hunde sus raíces en la comunión trinitaria; es su icono, es decir: imagen y participación. Todo en ella es reflejo de la Trinidad y halla en la comunión trinitaria su referente y su modelo. Sin embargo, la Trinidad no es –como muchos pudieran creer– un teorema complicado de aritmética teológica, sino el rostro reluciente y el hogar cálido que anhela nuestro corazón.

Vivir el misterio trinitario es vivir en amor comunicado y entregado, es vivir la comunión. El mundo necesita semillas de vida trinitaria, que es ‘vida compartida’ libre y gratuitamente. Si vivimos los cristianos en esta clave trinitaria habrá más familia y menos prejuicios. Más colaboración y menos rivalidad. Más amistad y menos indiferencia. Más perdón y menos condena. Más igualdad y menos diferencias. Más ternura y menos dureza. Confesar la Trinidad no es sólo reconocerla como verdad teológica, sino, sobre todo, aceptar la vida trinitaria como modelo a reproducir, dentro de nuestra fragilidad, en nuestra vida. Se puede vivir en comunión con ella y traducir esa comunión en nuestros comportamientos cotidianos. Cuando afirmamos y respetamos las diferencias y el pluralismo entre los hombres, confesamos prácticamente la distinción trinitaria de personas. Cuando eliminamos las distancias y trabajamos por la igualdad real entre hombre y mujer, afortunado o desgraciado, cercano o lejano, afirmamos con nuestras obras la igualdad de las personas de la Trinidad. Cuando nos esforzamos por tener ‘un solo corazón y una sola alma’ y sabemos ponerlo todo en común, para que nadie padezca necesidad, estamos confesando al único Dios y acogiendo en nosotros su vida trinitaria³⁰.

Si los cristianos pueden vivir unidos no es simplemente por tener las mismas ideas o por compartir parecidos sentimientos, sino porque participan en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Cf. Jn. 17,21-24), porque están unidos a Cristo y comparten sus sufrimientos (Cf. 1 Pe 4,13). El autor primero de la comunión no es Cristo sino el Padre e igualmente al Padre tiende en definitiva, cuando adquiera su plenitud más allá de la muerte. Mientras peregrinamos por el mundo, el Espíritu Santo es el consumidor de la comunión y con su ayuda, la jerarquía de la Iglesia discierne su autenticidad.

Finalmente no podemos olvidar que *“la eclesiología de comunión –escribió en su día el cardenal Ratzinger– es desde su ser más íntimo una eclesiología eucarística*. Ella se coloca bastante cerca de la eclesiología eucarística que los teólogos ortodoxos han desarrollado en nuestro siglo. En esta eclesiología resulta más concreta y permanece no menos al mismo tiempo totalmente espi-

³⁰ Cf. OBISPOS DEL PAÍS VASCO Y NAVARRA, *Crear hoy en el Dios de Jesucristo*. Carta Pastoral de Cuaresma 1987, 47.49.

ritual, trascendente y escatológica. En la Eucaristía Cristo presente en el pan y el vino entregándose siempre de nuevo, edifica la Iglesia como su cuerpo y por medio de su cuerpo de resurrección nos une al Dios uno y trino y entre nosotros. La Eucaristía se celebra en los diversos lugares y, sin embargo, es al mismo tiempo siempre universal, porque existe un solo Cristo y un solo cuerpo de Cristo. La Eucaristía incluye el servicio sacerdotal de la *'repraesentatio Christi'* y por consiguiente la red de servicio, la síntesis de unidad y multiplicidad que se manifiesta ya en la palabra *'Communio'*. Se puede decir sin duda que este concepto lleva en sí mismo una síntesis eclesiológica, que une el discurso sobre la Iglesia al discurso sobre Dios y a la vida de Dios y con Dios, una síntesis que retoma todas las intenciones esenciales de la eclesiología del Vaticano II y les une entre sí en el modo justo³¹.

3.3. La Iglesia, hogar de misión

La misión para los cristianos es algo más que propaganda, publicidad o puras técnicas y estrategias humanas de persuasión. Escuchemos al cardenal Ratzinger: "Para que la misión sea algo más que propaganda de una cierta idea o publicidad para una determinada comunidad, para que venga de Dios y a El conduzca, tiene que tener su origen en una profundidad mayor que la de los planos de acción y las estrategias inspiradas por ellas. Tiene que tener un origen que se encuentra en un lugar más alto y más profundo que no la publicidad y la técnica de la persuasión. 'El cristianismo no es obra de la persuasión, sino algo verdaderamente grande', dijo una vez muy sugestivamente San Ignacio de Antioquía. La forma y el modo con el que Teresa de Lisieux es Patrona de las misiones nos puede ayudar a comprender cómo hay que intentarlo. Teresa nunca fue a un país de misión, no pudo ejercer nunca una actividad misionera inmediata, pero comprendió que la Iglesia tiene un corazón y comprendió que este corazón es el amor. Comprendió que los apóstoles no anuncian y los mártires no puede derramar su sangre si este corazón ya no arde"³². Y en otra ocasión añade el mismo cardenal: "La misión no es una actividad exterior que se añadiera a un cristianismo estático un poco como un accidente; sino el hecho de ser cristiano por sí mismo, como tal, es movimiento más allá de sí, porta la marca misionera y debe necesariamente en todo tiempo y en todo cristiano realmente viviente, exteriorizarse en una actividad que realiza su naturaleza profunda...". La Iglesia pierde su consistencia cuando se preocupa más de sí misma, de crecer como institución, que de Dios y de los hombres y mujeres a los que es enviada. La misión no busca primordialmente aumentar el número de fieles en la Iglesia, sino el crecimiento del Reino de Dios.

³¹ J. RATZINGER, *L' ecclesiologia della Costituzione 'Lumen gentium'*: L'OR [4.3.2000] 6.

³² J. RATZINGER, *La eucaristía como génesis de la misión*: *Communio* 6 (1997) 495-513 aquí 512-513

*"La comunión y la misión –afirmó certeramente Juan Pablo II- están profundamente unidas entre sí, se compenetran y se implican mutuamente, hasta tal punto que la comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión: la comunión es misionera y la misión es para la comunión"*³³. Porque la comunión sin misión no será más que pura introversión que convertirá a la Iglesia en ghetto y la misión sin comunión se convertirá en pura extroversión que resultará estéril y empobrecedora.

Observaba finamente Olegario González de Cardenal: "Cuando la fidelidad al origen y la preocupación por la identidad son desproporcionadas o se tornan obsesivas, la Iglesia se convierte en secta y sucumbe al fundamentalismo. Cuando la preocupación por su relevancia para la sociedad y su colaboración con las causas comunes de la humanidad es llevada al límite, en el que se olvidan los propios hontanares y recursos, entonces la Iglesia está en el borde de la disolución y finalmente de la insignificancia. Estos dos imperativos son normativos para todos, pero cada hombre o mujer en la Iglesia, cada grupo o minoría, se sentirá especialmente llamado a vivir una u otra de estas acentuaciones. Para ella ha recibido especial gracia de Dios, siente especial gozo en realizarla y logra especiales frutos. Diferenciar medios y conjugar fines se convierte entonces en primera responsabilidad"³⁴. Los mayores males que aquejan a nuestra Iglesia hoy derivan en muchos casos de una vivencia de la comunión que descuida la misión ahogándose en problemas intraeclesiales. La comunión entre los discípulos de Jesús, imprescindible para la misión, es un signo de la victoria de la gracia sobre el pecado, y hace creíble nuestro anuncio de Jesús. El signo de la palabra sin el signo de la unidad resulta poco digno de fe, "porque solo el amor es digno de fe" (H. U. Von Balthasar)

Hacer memoria de San Rosendo es sentirnos estimulados a vivir la comunión eclesial que él vivió y potenció ejerciendo el ministerio episcopal. Toda su vida es un ejemplo de amor afectivo y efectivo a la Iglesia, precisamente cuando atravesaba, más allá de nuestras fronteras, momentos muy duros. Por otra parte, el Patrono de nuestra diócesis nos lanza a la misión evangelizadora cuando le contemplamos predicando a Jesucristo, sembrando monasterios por doquier y ejerciendo de 'padre de los pobres'. El quería llevar la fe cristiana vivida con ansias de plenitud y de santidad a todos los rincones de Galicia en su tiempo. Y nosotros somos sus herederos.

³³. JUAN PABLO II, CL. 32.

³⁴. O. GONZALEZ DE CARDEDAL en ABC 2-5-2003

4. LA IGLESIA PARTICULAR ES LA IGLESIA ENTERA, PERO NO TODA LA IGLESIA³⁵.

“La Iglesia -comenta Mons. Ricardo Blázquez- no es simplemente una magnitud universal a la que se pueda pertenecer a distancia; la Iglesia existe en y a través de las Iglesias locales; la Iglesia es universal en la forma de comunión de Iglesias; y cada uno está en la única Iglesia de Jesucristo a través de su incardinación en la comunidad cercana”³⁶. Formamos parte de la única Iglesia de Jesucristo extendida por todo el mundo al ser insertados en la Iglesia particular. La pertenencia a la Iglesia universal y a la Iglesia particular no ocurre sucesivamente sino simultáneamente, en un solo momento. Son inseparables y simultáneas la universalidad y la particularidad de la Iglesia. La Iglesia universal es, pues, la ‘congregación de los fieles’ que se realiza en el ‘cuerpo de las Iglesias’³⁷ no otra cosa distinta y abstracta. Un teólogo ortodoxo, P. Evdokimov, lo expresa también con claridad y fuerza cuando escribe: “En el misterio de la Iglesia el principio cuantitativo no cuenta, no se pueden ‘sumar’ las Iglesias porque ‘uno más uno’ hará siempre uno. Si cada Iglesia es la Iglesia de Dios, nunca será una parte de un compuesto de unidades sumadas. Hay una pluralidad de manifestaciones y de testimonios de la única Iglesia de Dios, siempre idéntica a sí misma, porque está llena de la presencia de Cristo”³⁸.

La localización, es decir, que la Iglesia viva realmente en un lugar y en una cultura, no puede entenderse como casualidad o como pura limitación, como algo negativo, sino como algo enriquecedor para ella en su existencia terrestre. La Iglesia es local porque es concreta; la Iglesia es acontecimiento porque es vida que se siente, se manifiesta y se transmite. Sólo en un lugar determinado se escucha la palabra de Dios y se celebra la eucaristía; sólo entre personas de carne y hueso se hace real el amor. Con la Iglesia es posible encontrarse y en su seno es posible nacer, vivir y morir. La realidad que no acontece, que no se hace presente y que no se manifiesta se torna lánguida y mortecina, se aletarga y se extingue³⁹.

35. Han estudiado este tema, entre otros, B. ALVAREZ AFONSO, *La Iglesia diocesana. Reflexión teológica sobre la eclesialidad de la diócesis*, La Laguna-Tenerife 1996; R. BERZOSA, *Para descubrir y vivir la Iglesia diocesana*, Burgos 1998; J. R. VILLAR, *Teología de la Iglesia Particular. El tema en la literatura de lengua francesa hasta el Concilio Vaticano II*, Pamplona 1989. En estas publicaciones se puede encontrar bibliografía complementaria.

36. R. BLAZQUEZ, *La Iglesia local en: La Iglesia del Vaticano II*, Salamanca 1988, 103.

37. CONCILIO VATICANO II, LG 23.

38. P. EVDOKIMOV, *Le Christ dans la pensée Russe*, Paris 1970, 211.

39. Cf. R. BLÁZQUEZ, *La Iglesia del Vaticano II*, Salamanca 1988, 108.

La diócesis o Iglesia particular es la Iglesia entera porque en ella se encuentra el misterio de la salvación. Pero no es toda la Iglesia porque ninguna iglesia particular agota por sí sola ese mismo misterio. El Evangelio no es propiedad de cada Iglesia particular; el conjunto de los dones del Espíritu Santo sólo se encuentra en el cuerpo de las Iglesias; cuando una comunidad eclesial celebra la Eucaristía, se inserta en el cuerpo indivisible de Cristo; el ministerio episcopal, que es el vínculo por excelencia de la Iglesia, le recuerda que ella no se cierra sobre sí misma.

En la Constitución sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II (LG 13) se habla de la relación entre la Iglesia particular y la Iglesia universal, a través del primado de Pedro, a quien se le atribuye la misión de presidir “la asamblea universal de la caridad” y proteger “las diferencias legítimas” de las Iglesias particulares para que no perjudiquen la unidad, sino que la incrementen. “No hay nada tan contrario a la verdadera unidad cristiana -escribía Y. de Montcheuil- como el empeño de unificación, que consiste en querer hacer universal una forma particular, en encerrar la vida en una de sus expresiones”⁴⁰.

El Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia dedica a las Iglesias particulares todo el capítulo tercero que gira en torno a dos ejes que permiten superar las posibles tensiones: la comunión y el respeto a las particularidades⁴¹.

Pero el lugar en que la *Lumen Gentium* se ocupa con mayor relieve de las Iglesias particulares es su capítulo tercero, concretamente cuando habla del ministerio pastoral de los obispos:

“Esta Iglesia de Cristo está verdaderamente presente en todas las legítimas comunidades locales de fieles unidas a sus pastores. Estas, en el Nuevo Testamento, reciben el nombre de Iglesias, ya que son, en efecto en su lugar el nuevo Pueblo que Dios llamó en el Espíritu Santo y en todo tipo de plenitud (1Tes 1,5). En ellas se reúnen los fieles por el anuncio del Evangelio de Cristo y se celebra el misterio de la Cena del Señor, ‘para que por el alimento y la sangre del Señor quede unida toda la fraternidad del cuerpo’⁴². En toda comunidad en torno al altar, presidida por el ministerio sagrado del obispo, se manifiesta el símbolo de aquel gran amor y de ‘la unidad del cuerpo místico sin la que no puede uno salvarse’ ”⁴³. “En estas comunidades, aunque muchas veces sean

40_ Y. DE MONTCHEUIL, *L'Eglise est une. Hommage a Möhler*, Bloud et Gay, Paris 1939, 252.

41_ CONCILIO VATICANO II, AG. cap. III.

42_ *Oración mozárabe*: PL 96,759 B.

43_ SANTO TOMAS, *Summa Theol.* III, q. 73, a. 3.

pequeñas y pobres o vivan dispersas, está presente Cristo, quien con su poder constituye a la Iglesia una, santa, católica y apostólica”⁴⁴.

Vale la pena reproducir este texto del Vaticano II, aun siendo largo, pues en él encontramos los elementos teológicos constituyentes de las Iglesias particulares. La Iglesia universal no es la suma de Iglesias particulares, ni una confederación de las mismas. Tampoco son las diócesis secciones administrativas de una gran organización, sino que toda ella, la Iglesia una, santa, católica y apostólica, está presente y se congrega en cada una de las comunidades o Iglesias particulares. La Palabra de Dios y la Eucaristía (“la predicación del Evangelio y la celebración del misterio de la Cena del Señor”) son las que reúnen a los fieles. Otro elemento constituyente es el ministerio del obispo (“bajo el sagrado ministerio del obispo”). “El ministerio –no duda en afirmar J. M. R. Tillard- es esencial a la iglesia local, precisamente porque es servicio vicarial del testimonio apostólico que da fundamento a la fe. [...] Ministerio ordenado y fidelidad de la comunidad al depósito apostólico aseguran juntos, radicalmente la plena comunión apostólica de esta Iglesia local”⁴⁵. La figura del obispo como elemento central de la estructura eclesial por una parte encarna el carácter unitario y público de la Iglesia local a partir de la unidad del sacramento y de la palabra; por otra parte es el anillo de conjunción con las otras iglesias locales; también es responsable de la unidad de la Iglesia en su diócesis, y, finalmente, hace de intermediario entre la unidad de su Iglesia particular y la Iglesia entera y única de Jesucristo y la vivifica.

Estos mismos elementos aparecen también en la definición descriptiva de diócesis que encontramos en el Decreto sobre el ministerio de los Obispos:

“La diócesis es una porción del Pueblo de Dios cuyo cuidado pastoral se confía al obispo para que la apaciente con la cooperación de su presbiterio, de manera que, unida a su pastor y congregada por él en el Espíritu Santo mediante el Evangelio y la Eucaristía, constituye la iglesia particular, en la cual verdaderamente se encuentra y opera la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica”⁴⁶.

La Iglesia particular, pues, no es una parte, sino una ‘porción’ de la Iglesia universal, es decir, una especie de célula viviente en la que se concentra una totalidad de vida. En el corazón de toda Iglesia particular está presente germinalmente al menos la Iglesia universal. Entre ellas, Iglesia universal e Iglesias par-

44. CONCILIO VATICANO II, *LG* 26.

45. J. M. R. TILLARD, *Iglesia de Iglesias. Eclesiología de comunión*, Salamanca 1991, 204-205.

46. CONCILIO VATICANO II, *CD* 11.

ticulares, rige el principio que pudiéramos llamar de inclusión o mutua interioridad. No es del todo correcto, pues, afirmar que las Iglesias particulares deben estar insertas en la Iglesia universal ya que, si no lo están, no son Iglesias.

La Iglesia única se construye en la fraternidad y la comunión de las múltiples Iglesias entre sí y con la Iglesia de Roma, bajo la acción del Espíritu.

En resumen: la Iglesia particular es la Iglesia entera, pero no toda la Iglesia. Es decir, la Iglesia particular es la Iglesia entera porque tiene íntegra la Palabra de Dios, los sacramentos y el ministerio episcopal como principio de unidad. No es una parte de la Iglesia, sino su manifestación plena en un lugar concreto. Pero no es toda la Iglesia porque sólo es Iglesia en cuanto está en comunión con las demás Iglesias formando la Iglesia católica o universal que es la comunión de las Iglesias particulares, presidida por el sucesor de Pedro con autoridad peculiar y única como principio de unidad. Hay que saber conjugar, pues, el 'todo' y la 'porción', sin diluir el todo en la porción ni ahogar la porción en el todo.

5. RELACIÓN ENTRE LA IGLESIA UNIVERSAL Y LAS IGLESIAS PARTICULARES.

Esta relación ha sido y sigue siendo en muchas ocasiones fuente de conflictos. Y difícilmente se puede enfocar bien si se ignora o se quebranta la naturaleza de cada una de ellas. La Iglesia universal y las Iglesias particulares se articulan en un doble sentido: la Iglesia universal está presente *en* (in) las Iglesias particulares; y a su vez, aquélla se constituye *a base de* (ex) éstas. La fórmula eclesiológica "*in quibus et ex quibus*" muestra esa mutua relación. Ni la Iglesia universal existe al margen de las Iglesias particulares, ni éstas son meras partes, cuya suma formara la totalidad de la Iglesia, o simples 'mónadas' que sólo secundariamente pudieran constituir una mancomunidad⁴⁷.

Esto no lo ha tenido suficientemente en cuenta una "eclesiología universalista" que destaca tanto la Iglesia universal que no concede suficiente importancia ni a los aspectos culturales ni a los teológicos de la iglesia particular. Ni tampoco una "eclesiología eucarística" (Afanassieff y otros) que insiste tanto en las iglesias particulares que no valora convenientemente la iglesia universal. La 'eclesiología de comunión' pretende encontrar el justo equilibrio en las relaciones entre la Iglesia universal y las Iglesias particulares. Por eso habla de la Iglesia universal como el 'cuerpo de las iglesias particulares' y enfatiza el hecho de que en las iglesias particulares se encuentra de algún modo la Iglesia universal; en el ministerio del obispo destaca una dimensión *ad intra* (el cuidado de su iglesia particular) y una dimensión *ad extra* (la solicitud por todas las iglesias).

⁴⁷ R. BLAZQUEZ, *Eclesiología de comunión: Communio* 4 (1986) 367.

“Es la tensión entre estos dos polos (*in quibus et ex quibus*), afirma J. Rigal, lo que hace la comunión. Si sólo se considera el primero de estos miembros ‘en ellas’, la Iglesia universal pierde toda su consistencia en unas Iglesias particulares que se han hecho autónomas. Sí, por el contrario, sólo se retiene el segundo miembro ‘a partir de ellas’, son las Iglesias particulares las que se disgregan en provecho de la Iglesia universal que se convierte indebidamente en una especie de cima o de organismo supranacional. Se trata, por tanto, de pasar de una eclesiología que parta de la idea de comunión de todas las Iglesias locales: la Iglesia universal surge, por decirlo así, de la comunión de las Iglesias”⁴⁸.

La ‘colegialidad’, recordaba el cardenal Ratzinger, no se refiere sólo a la naturaleza del ministerio episcopal, sino sobre todo a la estructura global de la Iglesia. La Iglesia está constituida por la mutua comunión de las múltiples Iglesias locales y, por tanto, la unidad de la Iglesia incluye necesariamente el momento de la pluralidad y de la plenitud. Esto en teoría siempre se ha sabido, pero en la práctica no siempre se ha respetado suficientemente⁴⁹.

En consecuencia la relación entre las Iglesias particulares y la Iglesia universal debe ser de:

- *Apertura*: las iglesias particulares no pueden cerrarse en sí mismas considerándose autosuficientes. Una iglesia particular es Iglesia y no secta en la medida en que vive la comunión con las demás iglesias particulares, y especialmente con la de Roma. Por otra parte, la Iglesia universal no es una realidad meramente organizativa que existe a parte de las Iglesias particulares. La iglesia de Roma es una iglesia particular con unas funciones especiales. Tres son las razones que exigen una fraterna colaboración entre las iglesias particulares: 1) reforzar la común incorporación a Cristo (razón cristológica); 2) hacer más eficaz la acción misionera del nuevo pueblo de Dios (razón soteriológica); y 3) reforzar y visibilizar los lazos que unen a todos los creyentes en Cristo (razón eclesiológica). La diócesis no es autosuficiente ni puede encerrarse en sí misma. En primer lugar porque es la ‘comunión’ la forma de existencia de toda realización eclesial y de todo cristiano. “*Unus christianus, nullus christianus*”, dice el adagio eclesiológico inspirado en san Cipriano. La diócesis no es previa a la Iglesia universal, que es comunión de Iglesias particulares, ni es tampoco posterior; de esta manera se excluye que la

⁴⁸. J. RIGAL, *Descubrir la Iglesia. Iniciación a la Eclesiología*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2001, 146.

⁴⁹. Cf. J. RATZINGER, *Implicaciones pastorales de la doctrina de la colegialidad de los obispos*: Concilium 1 (1965) 59.

Iglesia universal sea como una federación de Iglesias particulares plenamente constituidas con anterioridad, e igualmente se excluye que la diócesis sea el resultado de una división de la Iglesia universal⁵⁰. Son inseparables y simultáneas la universalidad y la particularidad de la Iglesia, como implica el principio y la naturaleza de la comunión eclesial. Una Iglesia particular cerrada en sí misma se empobrece; la Iglesia universal desgajada de las iglesias particulares se convierte en una entidad de razón, en una hipótesis flotante.

- *Autonomía relativa*, no absoluta. Se ha de aplicar realmente el principio de subsidiaridad, es decir, el Papa y la Curia de Roma no deben realizar tareas que las iglesias particulares pueden realizar por sí mismas. Aunque igualmente queda claro, ya desde el Nuevo Testamento que la iglesia particular no puede ser ni siquiera pensada como algo totalmente aislado, sin referencia alguna a la Iglesia universal. El ministerio del sucesor de Pedro no alcanza a la Iglesia particular como 'desde fuera', sino que es parte integrante y constitutiva de cada diócesis, ya que preside la Iglesia universal, que es comunión de Iglesias particulares. El Papa preside como cabeza el colegio episcopal y por eso la comunión con él, no es un peso o una limitación, sino que es garantía y acreditación del ministerio de cada obispo en su diócesis. Ahora bien, "el sucesor de san Pedro debe ejercer su ministerio de modo que no sofoque los dones de las Iglesias particulares ni los fuerce a seguir una falsa uniformidad, sino que los deje ser eficaces en el intercambio vivificador de todos"⁵¹. La tarea de dejar espacio a la multiplicidad es muchas veces fatigosa, pero es imprescindible en la comunión eclesial.
- *Intercomunicación*. H. De Lubac⁵² recuerda a este propósito que, según la antigua liturgia romana, en la misa del Papa se separaban unas partículas de la hostia consagrada para llevarlas luego a los sacerdotes que celebraban la eucaristía en los diversos distritos de la ciudad. Era el rito del *fermentum*. Así se significaba que en todas las asambleas litúrgicas se realiza el mismo sacrificio, la misma eucaristía, la misma comunión. Puede que algún rito como éste no se pueda recuperar sin más, pero sería bueno sustituirle por otro que exprese la misma realidad.

⁵⁰. De todos modos, la Iglesia, considerada como misterio que Dios crea, tiene una precedencia ontológica y temporalmente previa con respecto a las Iglesias particulares, de las que es madre Cfr. CN 9

⁵¹. J. RATZINGER, *La Iglesia. Una comunidad siempre en camino*, Ed. Paulinas, Madrid 1991, 59.

⁵². Cf. H. DE LUBAC, *Las iglesias particulares...*, 55.

- *Pluralismo en la unidad*. Nada hay más contrario a la unidad que la uniformidad. Pero las impacencias por destacar lo original de cada iglesia particular puede contribuir a que se desprecie o se soporte más bien a disgusto el doble lazo de unidad: la fe y la eucaristía. Empeñarse en singularizarse lleva a empobrecerse. Decía el cardenal africano Zoungrana del “nacionalismo religioso, que es en verdad anticatólico. Mientras que el apóstol Pablo habla más bien de la Iglesia que está en Corinto o en Roma..., siempre y en todas partes la misma, hay hombres en nuestros días que, por el contrario, oponen la Iglesia de una nación a la de una región”. Compaginar la pluriformidad con la unidad sólo es posible viviendo intensamente la comunión eclesial.

“En el cuerpo eclesial, nadie está solo y nadie lo es todo (1 Cor 12), afirma J. Rigal. Una comunidad aislada de las otras no puede pretender tener un estatus eclesial, ya que la única Iglesia de Dios es la comunión de las Iglesias. Esta relación *inclusiva* ‘local-universal’ procede del Dios único en tres personas, implica la unidad y las diferencias. Si se concede la prioridad a la cristología, quedará sobrevalorada la Iglesia universal; si se propone una pneumatología que predomine sobre la cristología, se hará preponderante la Iglesia local. Todos conocen estos principios, pero ¡cuántas dificultades y bloqueos en su aplicación!”⁵³.

III. EL MINISTERIO DEL OBISPO EN LA DIÓCESIS.

Después del Vaticano I que definió los dogmas del primado y de la infalibilidad del Sucesor de Pedro, predominó en la Iglesia la figura del Papa. El Vaticano II ha restituido a los obispos un puesto más relevante en la Iglesia, otorgando un tratamiento más amplio y teológicamente más fundado al episcopado. La figura del obispo ha recuperado su antiguo vigor principalmente por dos caminos: el redescubrimiento de la colegialidad episcopal ha resaltado sus responsabilidades en relación con toda la Iglesia y la revalorización de la diócesis ha restaurado sus funciones como responsable de ella, juntamente con su presbiterio. El carisma del obispo no ha tenido nunca una forma puramente individual. El obispo es ministro en la *communio fidelium*, ministro que tiene necesidad de otros ministros. Incluso siendo el obispo de Roma.

“No hay que engañarse, afirma Y. Congar: la constitución de la Iglesia es fundamentalmente jerárquica, no democrática. La Iglesia es ante todo, en el sentido fuerte, una institución: uno se adhiere a ella por el bautismo y así se

⁵³ J. RIGAL, *Descubrir la Iglesia. Iniciación a la Eclesiología*, Secret. Trinitario, Salamanca 2001, 75-76.

goza en ella de ciertos derechos. Ella no es, ante todo, una asociación que, agrupándose, formarían los fieles y que, como tal, sería el sujeto de los derechos que otorgaría. Esta es la razón por la cual en las diversas formas jurídicas, en las que ha podido configurar su vida, la Iglesia siempre ha tenido cuidado de reservar celosamente el derecho fundamental del principio jerárquico”⁵⁴.

La estructura ministerial y jerárquica no es un lastre para la Iglesia local; es más bien un don que Dios le hace a toda ella. La función del obispo en la diócesis no es de dominio ni mira el provecho propio, sino que es ministerial, es un servicio. El ministerio es constitutivo de la Iglesia juntamente con el Espíritu Santo, el Evangelio y la Eucaristía, en diversos niveles.

La función del obispo en la Iglesia local es doble: por una parte, preside la diócesis que le ha sido confiada y, por otra, es vínculo de comunión ‘católica’ con las demás Iglesias locales, especialmente con la que preside el sucesor de Pedro.

De modo semejante a como la Iglesia particular sólo es Iglesia en la medida en que puede realizar los aspectos esenciales de la Iglesia universal, así el obispo sólo es su legítima cabeza en cuanto es miembro del colegio episcopal. La Carta ‘*Communio notio*’ lo expresa así: “El obispo es principio y fundamento visible de la unidad en la Iglesia particular confiada a su ministerio pastoral, pero para que cada Iglesia particular sea plenamente Iglesia, es decir, presencia particular de la Iglesia universal con todos sus elementos esenciales, y por lo tanto constituida a *imagen de la Iglesia universal*, debe hallarse presente en ella, como elemento propio, la suprema autoridad de la Iglesia: el Colegio episcopal “junto con su Cabeza, el Romano Pontífice, y jamás sin ella” (LG 22). El primado del Obispo de Roma y el Colegio episcopal son elementos propios de la Iglesia universal “no derivados de la particularidad de las Iglesias”, pero interiores a cada Iglesia particular”⁵⁵.

Para que el colegio episcopal esté realmente al servicio de la unidad de la Iglesia, es preciso que contenga dentro de sí mismo el principio de su unión. Y éste no puede ser solamente un principio objetivo. Como la esencia interna del ministerio episcopal consiste en el testimonio personal, también el principio de unidad en el episcopado se encarna en una persona: el obispo de Roma. “Para que el episcopado mismo –enseña la LG 18- fuese uno solo e indiviso... estableció (el Pastor eterno) al frente de los demás apóstoles al bienaventura-

⁵⁴ Y. CONGAR, *Jalons pour une théologie du laïcat*, Paris 1964, 353-354.

⁵⁵ Carta *Communio notio* n 13. En el n 17 vuelve a decir: “la comunión con la Iglesia universal, representada por el Sucesor de Pedro, no es un complemento externo de la Iglesia particular, sino uno de sus constitutivos internos”

do Pedro y puso en él el principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad de fe y de comunión”.

1. CLAVES PARA COMPRENDER EL MINISTERIO EPISCOPAL⁵⁶

El sacramento del Orden se concreta en tres ministerios: episcopal, presbiteral y diaconal. Es de notar que el presbiterado y el diaconado aparecen como de constitución colegial, mientras que el obispo encarna la unidad de la comunidad. Con este oficio trimembre -que culmina en el obispo como vértice unificador- se describe la estructura de las iglesias particulares. La Iglesia se realiza ante todo y sobre todo en cada iglesia particular, célula viva en la que está presente el misterio entero del cuerpo único de Cristo que es la Iglesia.

1.1. *El obispo y la comunidad eclesial*

No surge el ministerio episcopal del consenso de la comunidad, ni responde principalmente a necesidades organizativas; brota de la libérrima voluntad de quien un día eligió a sus Apóstoles y les hizo partícipes de manera especialísima de su sacerdocio para enviarlos por todo el mundo a predicar el evangelio. El llamamiento, la consagración y el envío se repiten constantemente en la vida secular de la Iglesia. Pero el obispo surge en la Iglesia: ella ha sido quien le ha engendrado a la fe, le ha hecho madurar y, junto con Cristo, le ha llamado a su servicio. Nunca podrá ejercer auténticamente su ‘paternidad’ espiritual sin tener en cuenta la ‘fraternidad’ previa⁵⁷. Les decía el obispo S. Agustín a sus fieles de Hipona: “mas, si por un lado me aterroriza lo que soy para vosotros, por otro me consuela lo que soy con vosotros. Soy obispo para vosotros, soy cristiano con vosotros. La condición de obispo connota una obligación, la del cristiano un don; la primera comporta un peligro, la segunda la salvación”⁵⁸. El obispo, pues, es ante todo un “hombre de Iglesia”: nacido en ella y por ella, llamado a edificarla, administrarla y servirla.

No existen diferencias en cuanto a la igualdad y dignidad dentro del Pueblo de Dios; todos tenemos la máxima dignidad: ser hijos de Dios. Los pastores y los fieles nos necesitamos mutuamente. “Aunque algunos por voluntad de Cristo sean maestros, administradores de los misterios y pastores de los demás, sin embargo existe entre todos una verdadera igualdad en cuanto a la dignidad y la actividad común para todos los fieles en la construcción del Cuer-

⁵⁶ En este apartado sigo de cerca a O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *El Obispo en la Iglesia...*, 80-104

⁵⁷ S. AGUSTÍN, *Sermón* 46,2: CCSL 41,573.

⁵⁸ S. AGUSTÍN, *Sermón* 340,1: PL 38, 1483.

po de Cristo. En efecto, la diferencia que estableció el Señor entre los ministros sagrados y el resto del Pueblo de Dios lleva consigo la unión, pues los Pastores y demás fieles están unidos entre sí porque se necesitan mutuamente. Los Pastores de la Iglesia, a ejemplo de su Señor, deben estar al servicio los unos de los otros y al servicio de los demás fieles. Éstos, por su parte, han de colaborar con entusiasmo con los maestros y los pastores” (LG 32).

El obispo es ante todo, como cualquier otro cristiano, hijo y miembro de la Iglesia. De ella ha recibido la vida divina en el sacramento del Bautismo y la primera enseñanza de la fe. El Obispo se convierte en ‘padre’ de la comunidad eclesial precisamente porque es plenamente ‘hijo’ de la Iglesia⁵⁹.

El ministerio episcopal se ejerce en la Iglesia, pero no se agota en las tareas dentro de la comunidad cristiana. “El ministerio del obispo –explicaba el cardenal Ratzinger- no puede agotarse nunca en el ámbito intraeclesial. El evangelio concierne a todos siempre, y por ello incumbe siempre al sucesor de los apóstoles la responsabilidad de llevarlo al mundo. Esto ha de entenderse en un doble sentido: hay que anunciar siempre la fe a los que todavía no han podido reconocer en Cristo al salvador del mundo; pero además de esto existe también la responsabilidad para con las cosas públicas de este mundo”⁶⁰.

1.2. El obispo, sucesor de los apóstoles

El obispo es vicario de Cristo, pero no inmediatamente como los Doce Apóstoles. Su palabra no es la palabra del testigo directo, sino la del que ha oído a los testigos y transmite la memoria de los que convivieron con El. La fe cristiana no es un sistema doctrinal que pueda desligarse de su transmisor humano. Son imprescindibles los testigos que transmiten la Palabra divina con la autoridad y la misión de Jesús. Es el caso de los apóstoles y sus sucesores, los obispos. En los primeros momentos de la vida de la Iglesia, la fuerza de las primeras experiencias y el recuerdo de Cristo por parte de los que lo habían conocido o de sus inmediatos testigos no hacía necesaria la pregunta por la perduración indefinida o por la conservación íntegra de su mensaje. Hasta san Ireneo no encontramos la fórmula explícita de la sucesión apostólica. Pero no olvidemos que sucesión y tradición se condicionan e implican mutuamente. Si los obispos suceden a los apóstoles es para entregarnos lo que no es su suyo, lo que no se inventa ni se rehace, lo que no se domestica en función de caprichos subjetivos. Aquí radica el fundamento de la autoridad espiritual del obispo: no es su especial capacidad para liderar la comunidad cristiana, sino la

⁵⁹ Cf. JUAN PABLO II, *Pastores gregis*, 10.

⁶⁰ J. RATZINGER, *La Iglesia...*, Paulinas, Madrid, 60.

autorización, es decir, su capacidad de ser autor, derivada de la imposición de las manos por la cual se le confiere el Espíritu Santo en la Iglesia.

“Con la connotación ‘sucesor de los apóstoles’ -precisaba el cardenal Ratzinger-, se hace salir al obispo del ámbito puramente local y se lo constituye en responsable de que las dos dimensiones de la ‘communio’: la vertical y la horizontal, permanezcan indivisas”⁶¹.

“El episcopado -escribe san Cipriano- es uno e indivisible. Una es la dignidad episcopal y cada obispo posee solidariamente una parte de la misma sin división del todo. Y no hay más que una Iglesia que, por su fecundidad siempre creciente, abarca una multitud cada vez más amplia”⁶². Y por eso él se interesa por los problemas de los obispos de las Galias. Los obispos, unos con otros, intercambian cartas para asegurar la unanimidad de su enseñanza y garantizar la comunión. Las Conferencias Episcopales de la Iglesia de Occidente, nacidas bajo el estímulo de Roma, son igualmente una forma de ejercer la solidaridad episcopal en la responsabilidad colegial. Todo esto, claro está, sin que la solidaridad episcopal sofoque las características propias de las iglesias particulares.

El obispo, como hemos dicho, fomenta la comunión de su Iglesia particular con las demás Iglesias particular y especialmente con la de Roma y su Pastor, el Papa. “El ministerio de la sucesión de Pedro -escribió el cardenal Ratzinger- rompe la estructura de la iglesia local; el sucesor de Pedro no es sólo el obispo local de Roma, sino obispo para toda la Iglesia y en toda la Iglesia. El personaliza con ello una parte esencial de la misión apostólica que nunca puede faltar en la Iglesia. Pero el mismo ministerio de Pedro no volvería a comprenderse y, por tanto, se distorsionaría en una figura excepcional monstruosa, si se responsabilizara sólo su portador de desarrollar la dimensión universal de la sucesión apostólica”⁶³.

1.3. El obispo, vicario de Cristo

A través de esta referencia y fidelidad al testimonio apostólico, los obispos son vicarios de Cristo, no del Papa, es decir, signos visibles de Cristo invisible gracias a la plenitud del sacramento del Orden que han recibido. El les ha dejado su palabra, su Espíritu, sus sacramentos. Por el Espíritu son los obispos

⁶¹ J. RATZINGER, *La Iglesia...*, Ed. Paulinas, Madrid 1991, 51.

⁶² S. CIPRIANO, *De unitate Ecclesiae*. 5: PL 4, 501.

⁶³ J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico en Convocados en el camino de la fe*, Ed. Cristiandad, Madrid 2004, 207.

palabra viva y actual del único Señor. La figura de Jesús 'pastor y obispo de nuestras almas' (1 Pe 2, 25), será el único paradigma del ministerio episcopal.

Recordaba el Papa Juan Pablo II a los obispos: "En cuanto personas confiuradas sacramentalmente con Cristo, Pastor y Esposo de la Iglesia, estamos llamados, queridos hermanos en el episcopado, a volver a vivir con nuestros pensamientos, con nuestros sentimientos, con nuestras decisiones, el amor y la entrega total de Jesucristo por su Iglesia"⁶⁴.

Esta tarea no la podrá realizar él solo, sino con toda su iglesia y, sobre todo, con sus 'colaboradores necesarios': los presbíteros y los diáconos. En el seno de la Iglesia, familia grande de los hijos de Dios, vive y se desarrolla la familia de los presbíteros diocesanos. "Dentro de la comunión eclesial, recordaba Juan Pablo II, el sacerdote está llamado de modo particular mediante su formación permanente, a crecer en y con el propio presbiterio unido al Obispo. El presbiterio en su verdad plena es un *mysterium*: es una realidad sobrenatural porque tiene su raíz en el sacramento del Orden. Es su fuente, su origen, es el 'lugar' de su nacimiento y de su crecimiento... La fisonomía del presbiterio es, por tanto, la de una verdadera familia, cuyos vínculos no provienen de carne y de sangre, sino de la gracia del Orden; una gracia que asume y eleva las relaciones humanas, psicológicas, afectivas, amistosas y espirituales entre los sacerdotes; una gracia que se extiende, penetra, se revela y se concreta en las formas más variadas de ayuda mutua, no sólo espirituales sino también materiales. La fraternidad presbiteral no excluye a nadie, pero puede y debe tener sus preferencias: las preferencias evangélicas reservadas a quienes tienen mayor necesidad de ayuda o de aliento"⁶⁵.

1.4. En obispo en su diócesis

Todo lo anterior lo es el obispo en medio de una iglesia particular, en una diócesis concreta. La Iglesia se hace realidad efectiva allí donde un obispo en comunión con los demás obispos y, sobre todo, con el sucesor de Pedro, anuncia el evangelio, celebra la Eucaristía y anima la caridad universal. Allí acontece la realidad de gracia que constituye la Iglesia, antes que los elementos institucionales o las dimensiones jurídicas. Es en su diócesis donde el obispo no es delegado del Papa, sino sucesor de los apóstoles y vicario de Cristo. "Donde aparece el obispo, allí está también su pueblo, lo mismo que donde está Cristo, allí está la Iglesia católica", afirma san Ignacio de Antioquía⁶⁶. San Cipriano usa

⁶⁴. JUAN PABLO II, *Hom en el Jubileo de los obispos* [8-10.00].

⁶⁵. JUAN PABLO II, *PDV* 74.

⁶⁶. S. IGNACIO DE ANTIOQUIA, *Smyrn.* 8, 2.

expresiones como éstas: “el obispo está en la Iglesia y la Iglesia en el obispo”⁶⁷; la Didascalia dice que la Iglesia está en el obispo como el río en la fuente, como el hijo en el padre, como el pueblo en el rey, como el efecto en la causa. Por aquí se llega al tema del obispo esposo de la Iglesia local, icono de Cristo esposo; el anillo episcopal es considerado como signo de esos desposorios incluso en el Pontifical. Por eso el obispo no puede cambiar por su cuenta a otra diócesis más digna, ni puede haber dos obispos presidiendo la misma diócesis.

Con una bellísima imagen exhorta S. Ignacio de Antioquia a la unidad perfecta que debe haber entre el obispo, los presbíteros y los fieles. Todos han de formar un único coro para poder cantar un solo himno a Jesucristo; en él debe reinar tal unión y concordia que suene como una melodía que el Padre pueda escuchar y reconocer como la de los miembros de su Hijo. “Por esto debéis estar acordes con el sentir de vuestro obispo, como ya lo hacéis. Y en cuanto a vuestro colegio presbiteral, digno de Dios y del nombre que lleva, está armonizado con vuestro obispo como las cuerdas de una lira. Este vuestro acuerdo y concordia en el amor es como un himno a Jesucristo. Procurad todos vosotros formar parte de ese coro, de modo que, por vuestra unión y concordia en el amor, seáis como una melodía que se eleva a una sola voz por Jesucristo al Padre, para que os escuche y os reconozca, por vuestra buenas obras, como miembros de su Hijo. Os conviene, por tanto, manteneros en una unidad perfecta, para que seáis siempre partícipes de Dios”⁶⁸.

El obispo no llega a la diócesis como un extraño, sino como un hermano mayor, como un padre y un amigo dentro de la familia eclesial. Y su obligación primera es asumir el recorrido espiritual de la Iglesia al frente de la cual ha sido puesto por el Señor, valorar su historia de fe, tratar de potenciar todo lo positivo que encuentra a su llegada, corregir pacientemente sus lagunas y deficiencias y no intentar imponer sus planes preestablecidos y sus gustos personales.

En el ministerio del obispo entra también la disponibilidad al sufrimiento. El obispo no puede considerar su ministerio como búsqueda de honores o como capacidad para influir dentro de la sociedad en la que vive. Más bien ha de estar dispuesto a asumir el sufrimiento que sin duda le llegará. Así justamente el obispo entra en comunión con su Señor crucificado y resucitado. “Que el autor de la carta de Pedro use la frase de Isaías ‘por sus heridas fuimos sanados’ con el término ‘pastor y obispo’ para designar a Cristo, es profundamente revelador de la experiencia cristiana primitiva. La acción y la pasión, la vigilancia y la paciencia, la compañía silenciosa y la intercesión oran-

67. S. CIPRIANO, *Epist.* 66,8.

68. S. IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los Efesios*, 2,2-5: LH vol III, 61.

te son igualmente esenciales al episcopado, ya que ellas fueron las características de Cristo, primer pastor y obispo de nuestras almas⁶⁹. El Papa Benedicto XVI aplicaba este principio en Valencia: “En momentos o situaciones difíciles, nos decía el Papa a los obispos españoles, recordad aquellas palabras de la Carta a los Hebreos: “corramos en la carrera que nos toca, sin retirarnos, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe: Jesús, que, renunciando al gozo inmediato, soportó la cruz, sin miedo a la ignominia [...], y no os canséis ni perdáis el ánimo” (12, 1-3). Proclamad que Jesús es “el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16, 16), “el que tiene palabras de vida eterna” (cf. Jn 6, 68), y no os canséis de dar razón de vuestra esperanza (cf. 1 P 3, 15)”⁷⁰.

El obispo, junto con sus fieles, escucha cada día de labios de Jesús: “No temáis, yo he vencido al mundo”. “La falta más grande del apóstol –decía el cardenal Wiziński hablando desde la situación que le tocó vivir– es el miedo. La falta de fe en el poder del Maestro despierta el miedo; y el miedo oprime el corazón y aprieta la garganta. El apóstol deja entonces de profesar su fe. ¿Sigue siendo apóstol? Los discípulos que abandonaron al Maestro aumentaron el coraje de los verdugos. Quien calla ante los enemigos de una causa los envalentona. El miedo del apóstol es el primer aliado de los enemigos de la causa. ‘Obligar a callar mediante el miedo’, eso es lo primero en la estrategia de los impíos. El terror que se utiliza en toda dictadura está calculado sobre el mismo miedo que tuvieron los Apóstoles. El silencio posee su propia elocuencia apostólica solamente cuando no se retira el rostro ante quien le golpea. Así calló Cristo. Y en esa actitud suya demostró su propia fortaleza. Cristo no se dejó aterrorizar por los hombres. Saliendo al encuentro de la turba dijo con valentía: ‘Soy yo’ ”⁷¹.

2. LAS FUNCIONES DEL OBISPO.

No se agotan, pero se pueden sintetizar en las tres que históricamente se han impuesto: el es maestro, sacerdote y pastor. Ahora bien estas tres funciones las ha de ejercer el obispo con los “rasgos propios del Buen Pastor: caridad, conocimiento de la grey, solicitud por todos, misericordia para con los pobres, peregrinos e indigentes, ir en busca de las ovejas extraviadas y devolverlas al único redil”⁷². Y no olvidemos que el obispo tiene que ejercer las tres de una manera armónica y equilibrada.

⁶⁹ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *El Obispo en la Iglesia...*, 74

⁷⁰ BENEDICTO XVI, *Mensaje a los obispos españoles*, Valencia, 8 de julio 2006

⁷¹ Citado por JUAN PABLO II, *¡Levantáos, vamos!*, Plaza Janés, Madrid 2004, 164.

⁷² JUAN PABLO II, *Pastores gregis*, 7.

2.1. Maestro

El obispo remite al ayer normativo de Jesús, predica el evangelio con la garantía apostólica, abre a la comunidad católica, liberando de los límites particulares. El es auténtico maestro en la fe, con un magisterio humilde y respetuoso, atento a las exigencias pedagógicas y a los carismas que el Espíritu suscita en sus comunidades. Sentarse en la sede como maestro es el signo más importante en la toma de posesión del obispo. "La sede -escribe Tillard- tiene una significación eclesiológica muy rica. De generación en generación sigue siendo la misma, simbólicamente portadora de la fe, de la tradición, de la historia, en una palabra de la memoria de esa Iglesia local"⁷³. La catedral es el 'santuario de la sede episcopal y, por tanto, de la memoria de la Iglesia local. Los que ejercen el ministerio episcopal en el cuerpo de Cristo no deben separarse de la 'sinfonía' de todo el pueblo de Dios, aun desempeñando su propia función. Y necesitan estar atentos al *sensus fidelium* del que participan.

Como heraldo y maestro de la Palabra de Dios, el obispo tendrá siempre presente aquella conocida exhortación de San Jerónimo, citada por el Concilio Vaticano II: "Desconocer la Escritura es desconocer a Cristo"⁷⁴. Con San Ignacio de Antioquía, el obispo puede decir: "me he refugiado en el Evangelio, como si en él estuviera corporalmente presente el mismo Cristo"⁷⁵.

Ante el relativismo y el subjetivismo que contaminan buena parte de la cultura contemporánea, los obispos estamos llamados a promover la unidad doctrinal de los fieles. Atentos a toda situación en que se pierde, se ignora, o se debilita la fe, trabajamos con todas nuestras fuerzas en la evangelización, animando igualmente a sacerdotes, religiosos y laicos. El obispo, en la era digital, no puede ser un manager o un mero administrador, debe ser un misionero. Benedicto XVI nos recomendaba en Valencia: "Seguid, pues, proclamando sin desánimo que prescindir de Dios, actuar como si no existiera o relegar la fe al ámbito meramente privado, socava la verdad del hombre e hipoteca el futuro de la cultura y de la sociedad. Por el contrario, dirigir la mirada al Dios vivo, garante de nuestra libertad y de la verdad, es una premisa para llegar a una humanidad nueva. El mundo necesita hoy de modo particular que se anuncie y se dé testimonio de Dios que es amor y, por tanto, la única luz que, en el fondo, ilumina la oscuridad del mundo y nos da la fuerza para vivir y actuar (cf. *Deus caritas est*, 39)".

⁷³. J. M. R. TILLARD, *La Iglesia local*, 244 con bibliografía en la nota 189

⁷⁴. S. JERÓNIMO, *Comm. in Is., Prol.*: PL 24, 17.

⁷⁵. S. IGNACIO DE ANTIOQUIA, *A los Filadelfios*, 5: PG 5, 700.

La condición de maestros no nos permite olvidar la condición de discípulos, más bien de condiscípulos junto con los fieles, del único Maestro. No debiéramos olvidar nunca la recomendación de S. Buenaventura: “No basta la lección, sin la unción, la especulación sin la devoción, la investigación sin la admiración, la circunspección sin la exultación, la industria sin la piedad, la ciencia sin la caridad, la inteligencia sin la humildad, el estudio sin la gracia”. Y con San Gregorio Magno también los obispos de hoy hemos de reconocer sincera y humildemente nuestras faltas y pecados: “Me refiero –dice él- a que nos vemos arrasados a vivir de una manera mundana, buscando el honor del ministerio episcopal y abandonando, en cambio, las obligaciones de este ministerio. Descuidamos, en efecto, fácilmente el ministerio de la predicación y, para vergüenza nuestra, nos continuamos llamando obispos; nos place el prestigio que da este nombre, pero en cambio no poseemos la virtud que este nombre exige. Así contemplamos plácidamente cómo los que están bajo nuestro cuidado abandonan a Dios, y nosotros no decimos nada; se hunden en el pecado, y nosotros nada hacemos para darles la mano y sacarlos del abismo”⁷⁶.

El ministerio de la Palabra requiere del obispo saber hablar y también saber callar: “El pastor debe saber guardar silencio con discreción y hablar cuando es útil, de tal modo que nunca diga lo que se debe callar ni deje de decir aquello que hay que manifestar”⁷⁷, recomendaba el mismo S. Gregorio. Las largas homilias y alocuciones de los obispos, cuando no han podido ser medianamente preparadas, lejos de edificar a los fieles, aburren y desaniman. Juan Pablo II hizo hincapié en la necesidad de formación permanente también para el obispo⁷⁸

2.2. Sacerdote

El obispo celebra los sacramentos de la fe, especialmente la Eucaristía. Las celebraciones sacramentales, y de manera especial la Eucaristía, son el centro al que converge y del que mana la acción pastoral del obispo. De tal manera la eucaristía es específica del episcopado que ya en el siglo II afirma S. Ignacio de Antioquía: “Sólo es válida la eucaristía celebrada por el obispo o por quien ha sido autorizado por él”⁷⁹.

Celebrar bien es un verdadero arte, comentaba el Papa Benedicto XVI a los sacerdotes de Albano (Italia). Es necesario comprender la estructura de la litur-

⁷⁶ S. GREGORIO MAGNO, *Homilias sobre los evangelios* 17, 14: PL 76, 1146.

⁷⁷ S. GREGORIO MAGNO, *Regla Pastoral* libro 2, 4: PL 77,30-31.

⁷⁸ JUAN PABLO II, *Pastores gregis* 24.

⁷⁹ S. IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *A los Esmirniotas* 8,1.

gia y su articulación que se ha desarrollado a lo largo de dos milenios. En la medida en que interioricemos esta estructura y las palabras que usamos en la liturgia, podremos entrar en el “nosotros” de la Iglesia que ora. Así nuestro celebrar es realmente celebrar “con” la Iglesia: nuestro corazón se ha ensanchado y no hacemos algo, sino que estamos “con” la Iglesia en coloquio con Dios. El elemento fundamental de la verdadera *ars celebrandi* es, por tanto, esta consonancia, esta concordia entre lo que decimos con los labios y lo que pensamos con el corazón. Celebrar bien no es una especie de teatro, de espectáculo sino una invitación a la interioridad, que se hace sentir y resulta aceptable y evidente para la gente que participa. Ha de haber una preparación adecuada de la celebración: los acólitos, los lectores, el coro... todos deben saber muy bien lo que tienen que hacer; el altar debe estar adornado adecuadamente según los tiempos litúrgicos.

Por otra parte, “la oración personal del Obispo ha de ser especialmente una plegaria típicamente «apostólica», es decir, elevada al Padre como intercesión por todas las necesidades del pueblo que le ha sido confiado. En el Pontifical Romano, éste es el último compromiso que asume el elegido al episcopado antes de la imposición de manos. El obispo que le ordena le pregunta: “¿Perseverarás en la oración a Dios Padre Todopoderoso y ejercerás el sumo sacerdocio con toda fidelidad?”. El Obispo ora muy en particular por la santidad de sus sacerdotes, por las vocaciones al ministerio ordenado y a la vida consagrada y para que en la Iglesia sea cada vez más ardiente la entrega misionera y apostólica” [...] Cada Obispo, pues, ora con su pueblo y por su pueblo. A su vez, es edificado y ayudado por la oración de sus fieles, sacerdotes, diáconos, personas de vida consagrada y laicos de toda edad. Para ellos es educador y promotor de la oración. No solamente transmite lo que ha contemplado, sino que abre a los cristianos el camino mismo de la contemplación. De este modo, el conocido lema *contemplata aliis tradere* se convierte así en *contemplationem aliis tradere*”⁸⁰

“Hay una figura bíblica que parece particularmente idónea para ilustrar la semblanza del Obispo como amigo de Dios, pastor y guía del pueblo. Se trata de Moisés. Fijándose en él, el Obispo puede encontrar inspiración para su ser y actuar como pastor, elegido y enviado por el Señor, valiente al conducir su pueblo hacia la tierra prometida, intérprete fiel de la palabra y de la ley del Dios vivo, mediador de la alianza, ferviente y confiado en la oración en favor de su gente. Como Moisés, que tras el coloquio con Dios en la montaña santa volvió a su pueblo con el rostro radiante (cf. Ex 34, 29-30), el Obispo podrá también llevar a sus hermanos los signos de su ser padre, hermano y amigo sólo si ha entrado en la nube oscura y luminosa del misterio del Padre, del Hijo

80. JUAN PABLO II, *Pastores gregis*, 17.

y del Espíritu Santo. Iluminado por la luz de la Trinidad, será signo de la bondad misericordiosa del Padre, imagen viva de la caridad del Hijo, transparente hombre del Espíritu, consagrado y enviado para conducir al Pueblo de Dios por las sendas del tiempo en la peregrinación hacia la eternidad”⁸¹.

2.3. *Pastor*

El obispo es quien, por el encargo y con la autoridad de Cristo, dándole rostro y presencia, ‘vela sobre’, ‘cuida’ del Evangelio y de la Iglesia. El representa y hace visible a Cristo, “pastor y obispo de nuestras almas” y puede ser llamado legítimamente testigo, vicario, legado suyo, heraldo del evangelio, economo de la iglesia de Dios, doctor, juez, intérprete de la Escritura santa, pastor, padre.

“La referencia a los cantos del Siervo –recuerda O. González de Cardedal-, como trasfondo del término ‘*episcopos*’, es un aspecto esencial. El ‘mirar por’ (*episkopein*) de Cristo no ha sido el propio de la autoridad exigente, del que ejerce justicia o reclama contribuciones de los otros, sino del que pone su vida por ellos, carga con su destino y lleva los pecados de ellos sobre el propio cuerpo al madero. Quien ha velado y se ha desvelado por los hombres, quien ha vivido con ellos y por ellos se ha desvivido, bien puede ser identificado como buen pastor y el real ‘*episkopos*’ de nuestras almas. La grandeza del pastor Jesús (*‘ton poimenan ton megan’*: Heb. 13,20) y la belleza de su servicio, acreditado hasta la cruz (*ego eimi o poimenen o kalós*: Jn 10,11) son la norma y el modelo de todo ejercicio del ministerio episcopal”⁸².

Por tanto, el obispo, como auténtico testigo y ministro del evangelio, ha de ser pobre y ha de vivir austeramente. Lo exige el testimonio que debe dar de Cristo pobre; lo exige también la solicitud de la Iglesia para con los pobres, por los cuales se debe hacer una opción preferencial. La opción del Obispo de vivir el propio ministerio en la pobreza contribuye decididamente a hacer de la Iglesia la ‘casa de los pobres’. ‘Padre de los pobres’ ha sido siempre un título de los pastores de la Iglesia y debe serlo también hoy⁸³.

El obispo ha de santificarse en el ejercicio de su ministerio sin presentarse como un superhombre, sino más bien asumiendo las debilidades propias y ajenas, en las tareas y en los imprevistos cotidianos, haciendo frente a problemas personales e institucionales. Ya San Gregorio Magno constataba con dolor: «Desde que he cargado sobre mis hombros la responsabilidad, me es imposi-

⁸¹ JUAN PABLO II, *Pastores gregis*, 12.

⁸² O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *El Obispo en la Iglesia....*, 73-74.

⁸³ Cf. JUAN PABLO II, *Pastores gregis*, 20.

ble guardar el recogimiento que yo querría, solicitado como estoy por tantos asuntos. Me veo, en efecto, obligado a dirimir las causas, ora de las diversas Iglesias, ora de los monasterios, y a juzgar con frecuencia de la vida y actuación de los individuos en particular [...]. Estando mi espíritu disperso y desgarrado con tan diversas preocupaciones, ¿cómo voy a poder concentrarme para dedicarme por entero a la predicación y al ministerio de la palabra? [...] ¿Qué soy yo, por tanto, o qué clase de atalaya soy, que no estoy situado, por mis obras, en lo alto de la montaña?”⁸⁴. Que los obispos hayamos perdido capacidad de influir en la marcha de la sociedad actual y la desconfianza de algunos fieles hacia su obispo, son realidades que hemos de asumir con serenidad, aunque no haya de darse todo por perdido.

San Isidoro de Sevilla retrata así al ‘obispo ideal’⁸⁵ desarrollando su ministerio pastoral: “Su conversación ha de ser pura, simple, abierta, llena de gravedad y honestidad, llena de suavidad y de gracia, tratando del misterio de la ley, de la doctrina de la fe, de la virtud de la continencia, de la disciplina de la justicia, amonestando a cada uno con una exhortación diversa según la cualidad de su profesión y de las costumbres, a saber que conozca previamente qué ha de decir, cuándo lo ha de decir o cómo lo ha de decir. Su especial oficio, antes de los demás, es leer las Escrituras, repasar los cánones, imitar los ejemplos de los santos, dedicarse a las vigiliass, ayunos y oraciones, tener paz con los hermanos, no despreciar a nadie de sus miembros, no condenar a nadie sin comprobación, no excomulgar a nadie sin discusión. El cual así tendrá en alto grado la humildad y la autoridad simultáneamente, para que ni por humildad excesiva haga fortalecerse a los vicios de su súbditos, ni por una autoridad inmoderada ejercite una potestad de severidad; sino que actúe con tanta mayor cautela con respecto a los que le han sido confiados, cuanto con mayor dureza teme ser juzgado por Cristo”⁸⁶.

Caridad, vigilancia, doctrina y santidad de vida son las cuatro virtudes que deben adornar al obispo, según Santo Tomás de Villanueva: “Cuatro son las condiciones que debe reunir el buen pastor. En primer lugar, el amor: fue precisamente la caridad la única virtud que el Señor exigió a Pedro para entregarle el cuidado de su rebaño. Luego, la vigilancia, para estar atento a las necesidades de las ovejas. En tercer lugar, la doctrina, con el fin de poder alimentar

84. SAN GREGORIO MAGNO, *Hom. in Ez.*, I, 11: PL 76, 908.

85. En diversos momentos históricos se han perfilado las cualidades ideales del Obispo. Así nacieron los “*espejos del ministerio y de la vida episcopal*” como los clásicos de Fray Luis de Granada, B. Carranza. T. Azcona publicó “*el tipo ideal de obispo en la iglesia española antes de la rebelión luterana*: Hispania Sacra 11 (1958) 21-64 y J. I. Tellechea, *El obispo ideal en el siglo de la Reforma*, Roma 1963.

86. SAN ISIDORO DE SEVILLA, *De ecclesiasticis officiis* 2, 5, 17: PL. 83, 785s.

a los hombres hasta llevarlos a la salvación. Y, finalmente, la santidad e integridad de vida. Esta es la principal de todas las virtudes. En efecto, un prelado, por su inocencia debe tratar con los justos y con los pecadores, aumentando con sus oraciones la santidad de unos y solicitando con lágrimas el perdón de los otros”⁸⁷. Ser al mismo tiempo firme y flexible, recabar sinceramente el parecer de sacerdotes, consagrados y fieles laicos, sin renunciar a la última responsabilidad propia, es algo nada fácil a la hora de ejercer la tarea de gobierno propia del ministerio episcopal.

Juan Pablo II advertía que el buen Pastor no es sólo el guía eficiente y organizado, sino que debe ser, sobre todo, pastor bueno. Cualquier programa pastoral, la catequesis en todos los niveles y la ‘*cura animarum*’ en general de todo el pueblo fiel, ha tener como referencia la santidad de Jesús⁸⁸.

El obispo realiza su misión de pastor de la comunidad no sólo enseñando, sino también exhortando, animando, consolando, alentando la esperanza y sosteniendo la alegría. Y también ha de ser pastor del pueblo santo de Dios aplicando la ley de la Iglesia, el Código de Derecho Canónico, que expresa el carácter sagrado e inviolable del bautizado. “Quien desprecia el derecho, niega el evangelio; y quien niega el evangelio, no tendrá capacidad para respetar el derecho del prójimo, que no es anulado por la gracia, sino acrecentado en la medida en que el santo es quien más respeto tiene por la libertad y por los derechos del prójimo”⁸⁹.

Un consuelo grande para el obispo, entre muchos otros, es contar con la oración asidua de sus sacerdotes, consagrados y fieles laicos. Saber que en cada Eucaristía que se celebra en su diócesis se pide por él, le anima y le conforta grandemente. También se siente apoyado por la oración y la ayuda solícita de sus hermanos en el episcopado. Las divisiones entre los obispos de las que frecuentemente hablan los medios de comunicación son más invención suya que auténtica realidad, en mi modesta opinión. Muy por encima de las diferencias de caracteres y opiniones resalta la fraternidad y la ayuda mutua entre los obispos. Leemos en la Exhortación Apostólica ‘*Pastores gregis*’: “También nuestra comunión en el cuerpo episcopal, del que formamos parte por la consagración, es una formidable riqueza, puesto que es una ayuda inapreciable para leer con atención los signos de los tiempos y discernir con claridad lo

87. Sto TOMAS DE VILLANUEVA (1468-1555), *De un sermón sobre el evangelio del buen Pastor*: Divi Thomae a Villanueva Opera Omnia, Manila 1822, 324-325.

88. Cf. JUAN PABLO II, *Discurso con motivo de la visita ad limina del primer grupo de obispos brasileños [31.8.2002]*: Ecclesia 3119 (21.9.02) 28.

89. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *El obispo en la Iglesia...*, 147.

que el Espíritu dice a las Iglesias". Y continúa expresando algo que uno experimenta nada más empezar a ejercer el ministerio episcopal: "En el corazón del Colegio de los Obispos está el apoyo y la solidaridad del Sucesor del apóstol Pedro, cuya potestad suprema y universal no anula, sino que afirma, refuerza y protege la potestad de los Obispos, sucesores de los Apóstoles"⁹⁰.

3. EL SERVICIO DEL OBISPO A LOS SACERDOTES, CONSAGRADOS Y SEGLARES.

3.1. El servicio del obispo a los sacerdotes.

Los sacerdotes, juntamente con el obispo, participan del ministerio apostólico por voluntad de Jesucristo en su triple función profética, sacerdotal y regia. Aunque la autoridad que poseen referida al anuncio autorizado del Evangelio, a la celebración de los sacramentos y a la guía del pueblo de Dios no es plena y última como la del obispo, sino parcial y referida a él.

La primera y primordial tarea del obispo es velar por sus sacerdotes y servirlos como verdadero padre, hermano y amigo, al mismo tiempo. Este servicio a los sacerdotes se traduce diariamente en acogerles, escucharles con el corazón, aun cuando no esté en su mano resolver todos sus problemas. "Frente al viejo modelo aristocrático del obispo que dictaba decretos o recordaba los dogmas al cura destinado a una parroquia y frente al nuevo modelo democrático de obispo, que intercambia noticias, comenta situaciones pero no entra en los problemas de fondo que la persona sufre anhelando luz en unos casos y ayuda en otros, ha de existir una forma de ministerio episcopal que, naciendo de una real paternidad y ejercitándose siempre desde la real amistad, sea a la vez palabra que ilumina, potencia que conforta y ejemplaridad que guía"⁹¹.

Como padres en Cristo, dice el Vaticano II (LG 28), tengan cuidado de sus fieles, a quienes por la doctrina y el bautismo engendraron espiritualmente. Cuando el nuevo obispo de la diócesis le preguntó al cura de Ars cuál debería ser su ocupación primordial y cómo debería cumplirla, le respondió: "Preocúpese de sus sacerdotes y ámelos como un padre ama a sus hijos". Ser padres dice generación, cuidado, desvelo, protección, preparación para el ejercicio de la libertad, facilitar en su momento la emancipación del hijo sin dejar por eso de quererle. Siempre se es padre a lo largo de la vida del hijo y nunca el hijo corta del todo los vínculos con el padre.

"Es muy antigua la tradición que presenta al Obispo como imagen del Padre, el cual, como escribió san Ignacio de Antioquía, es como el Obispo invi-

⁹⁰ JUAN PABLO II, *Pastores gregis*, 73.

⁹¹ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *El obispo en la Iglesia...*, 174.

sible, el Obispo de todos. Por consiguiente, cada Obispo ocupa el lugar del Padre de Jesucristo, de tal modo que, precisamente por esta representación, debe ser respetado por todos. Por esta estructura simbólica, la cátedra episcopal, que especialmente en la tradición de la Iglesia de Oriente recuerda la autoridad paterna de Dios, sólo puede ser ocupada por el Obispo. De esta misma estructura se deriva para cada Obispo el deber de cuidar con amor paternal al pueblo santo de Dios y conducirlo, junto con los presbíteros, colaboradores del Obispo en su ministerio, y con los diáconos, por la vía de la salvación. Viceversa, como exhorta un texto antiguo, los fieles deben amar a los Obispos, que son, después de Dios, padres y madres. Por eso, según una costumbre común en algunas culturas, se besa la mano al Obispo, como si fuera la del Padre amoroso, dador de vida"⁹².

Para que la paternidad no derive en paternalismo necesita complementarse con la amistad. Y es bien sabido que la amistad o encuentra iguales o los hace. Obispos y presbíteros participan en común del ministerio apostólico, de la responsabilidad por la Iglesia, de las exigencias del cuidado diario de los fieles. El sacerdote recibe el encargo pastoral por medio del obispo, pero una vez recibido por su mediación, lo acoge como don de Dios y directamente de Dios recibe la gracia y la exigencia.

Estoy plenamente convencido -os decía recién llegado a la diócesis- de que, como dijo el Papa Juan Pablo II de amada memoria, "una diócesis funciona bien sólo si su clero está unido jubilosamente, en fraterna caridad, alrededor de su obispo"⁹³. El apoyo recíproco, de los sacerdotes al obispo y del obispo a los sacerdotes, defiende a todos del desaliento y de la tendencia a la mediocridad.

"La nueva situación social del sacerdote, que ya no vive enclavado en un contexto familiar protector ni encuentra siempre una acogida parroquial confortadora, engendra una soledad institucional y un desamparo afectivo graves. Si antes era percibido y se vivía como un padre de familia, con un entorno de reverencia y protección, hoy se encuentra con un cerco de distancia en unos casos y de soledad en otros, cuando no de una peligrosa cercanía apropiativa por parte de grupos tentados a utilizarlo como instrumento para el propio servicio. Si la figura social anterior era la de un padre, la de ahora es la de un soltero o de un monje. Pero de hecho, él no es ninguna de las dos cosas. Por eso es necesario construir una conciencia de familia sacerdotal diocesana, dentro de la cual cada sacerdote se sepa siendo alguien, acogido en un sentido y valorado en otro. No se trata de restaurar un corporativismo clerical, pero sí de revivir una fraternidad sacerdotal que ayude al sacerdote a existir con

⁹². JUAN PABLO II, *Pastores gregis*, 7.

⁹³. JUAN PABLO II, *Homilía en la clausura del Sínodo de Obispos 27.10.2001*

aquella confianza, dignidad espiritual y garbo intelectual que son siempre necesarios para la misión evangelizadora”⁹⁴.

Los sacerdotes por su parte, lejos de constituir un cerco clerical que impide el contacto directo del obispo con los seglares, deben ayudarle a insertarse en la realidad por medio del contacto directo con las personas, grupos y movimientos que realmente influyen en la marcha de la sociedad.

Hoy, dada la escasez de nuestros seminaristas y la avanzada edad de algunos de nuestros sacerdotes, necesitamos que el Señor nos bendiga con nuevas vocaciones al ministerio sacerdotal. Así lo hemos de pedir y en esta tarea nos hemos de empeñar con fuerza y con perseverancia. No nos quedemos en considerar si ha disminuido la natalidad o si ha crecido el ambiente secularista. Preguntémonos más bien: ¿No habrá alguien llamado por Dios que no es capaz de escuchar su llamada porque nosotros no le ayudamos a quitarse los cascos que le están distrayendo con músicas diversas?

3.2. El servicio del obispo a los consagrados.

“El Obispo –recordaba Juan Pablo II- es padre y pastor de toda la Iglesia particular. A él compete reconocer y respetar cada uno de los carismas, promoverlos y coordinarlos. En su caridad pastoral debe acoger, por tanto, el carisma de la vida consagrada como una gracia que no concierne sólo a un Instituto, sino que incumbe y beneficia a toda la Iglesia. Procurará, pues, sustentar y prestar ayuda a las personas consagradas, a fin de que, en comunión con la Iglesia y fieles a la inspiración fundacional, se abran a perspectivas espirituales y pastorales en armonía con las exigencias de nuestro tiempo. Las personas consagradas, por su parte, no dejarán de ofrecer su generosa colaboración a la Iglesia particular según las propias fuerzas y respetando el propio carisma, actuando en plena comunión con el Obispo en el ámbito de la evangelización, de la catequesis y de la vida de las parroquias”⁹⁵

3.2.1. Un tiempo de dificultades para los consagrados

La vida religiosa se ve afectada e interpelada hoy por cambios sociales y culturales radicales. Asistimos al nacimiento de una cultura y unas subculturas nuevas con símbolos y estilos de vida muy diversos de los que nosotros conocimos.

Más concretamente, las dificultades que hoy deben afrontar las personas consagradas son muy variadas y profundas:

⁹⁴ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *El obispo en la Iglesia...*, 179-180

⁹⁵ JUAN PABLO II, VC 49.

- En muchas de vuestras comunidades vivís con mucha intensidad cada día que sois menos y os vais haciendo mayores
- Por otra parte, si el tercer milenio trae consigo el protagonismo de los laicos, de las asociaciones y de los movimientos eclesiales, os preguntáis sinceramente: ¿cuál será el puesto reservado a las formas tradicionales de vida consagrada?
- Tampoco podemos ignorar que, a veces, dentro de la misma Iglesia no se tiene en la debida consideración a los consagrados y consagradas. E incluso se da una cierta desconfianza hacia ellos.
- Es indudable, a mayor abundamiento, que ante la progresiva crisis religiosa que asalta a gran parte de nuestra sociedad, las personas consagradas, hoy de manera particular, se ven obligadas a buscar nuevas formas de presencia y a plantearse no pocos interrogantes sobre el sentido de su identidad y de su futuro.
- Con cierta frecuencia saltan a los titulares de la prensa consagrados, sobre todo en terrenos de misión, capaces de dar un testimonio heroico y de entregarse hasta el martirio. Pero los consagrados –como los demás seguidores de Jesucristo- conocen también la insidia de la mediocridad en la vida espiritual, del aburguesamiento progresivo y de la mentalidad consumista. Y, junto a todo esto, la tentación del activismo y buscar la eficacia por encima de todo, corren el riesgo de ofuscar la originalidad evangélica y de debilitar las motivaciones espirituales.

3.2.2. *Las dificultades, un tiempo de gracia*⁹⁶

Las dificultades del momento actual pueden llevar al pesimismo, al encogimiento, buscando refugio en la nostalgia de tiempos pasados y maldiciendo, de algún modo, los tiempos presentes. Por el camino de la añoranza pronto llegaremos inevitablemente a la decadencia, a la esterilidad y a la amargura.

Pero también se pueden vivir las dificultades del momento tratando de ver en ellas mismas una auténtica llamada del Espíritu Santo. Al fin y al cabo la vida consagrada no la inventamos nosotros. Es el Espíritu el que la crea, la recrea y la transforma; es El quien la impulsa constantemente a la fidelidad creativa.

⁹⁶. Para todo lo que sigue Cfr. CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, *Caminar desde Cristo: un renovado compromiso de la vida consagrada en el Tercer Milenio*, 12ss.

- Convivir, por ejemplo, en una sociedad donde con frecuencia reina la cultura de muerte, puede convertirse en un reto a ser con más fuerza testigos y portadores de vida y esperanza para nuestros contemporáneos. Nuestro mundo y nuestra Iglesia necesitan personas integradas, maduras, disponibles y gozosas, sin apegos y sin miedos ni represiones tontas.
- Los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, vividos por Cristo en la plenitud de su humanidad de Hijo de Dios y abrazados por su amor, aparecen como un camino para la plena realización de la persona en oposición a la deshumanización, representan un potente antídoto a la contaminación del espíritu, de la vida, de la cultura; y una proclamación de la libertad de los hijos de Dios, de la alegría de vivir según las bienaventuranzas evangélicas. La pobreza vivida en clave de solidaridad y comunión, desde una vida modesta y sencilla que la haga creíble, es algo que desconcierta, sorprende y admira. Dependiendo únicamente de Dios estáis llamados a vivir una libertad que os impide ser esclavos de nada ni de nadie en este mundo. Habréis de prestar un poco más de atención a vuestro ser en vez de vivir atenazados por los excesivos quehaceres de cada día.
- La pérdida de estima por parte de algún sector de la Iglesia por la vida consagrada, puede vivirse como una invitación a una purificación liberadora. La vida consagrada no debe buscar las alabanzas y las consideraciones humanas; su recompensa consiste en el gozo de trabajar activamente al servicio del Reino de Dios, para ser germen de vida que crece en el silencio más discreto, sin esperar otra recompensa que la que el Padre dará al final (cf. Mt 6, 6). En la llamada del Señor, en su seguimiento, amor y servicio incondicionales, encuentra su identidad que le colma de vida y le confiere plenitud de sentido. No podemos vivir para conservar estructuras, a veces tan pesadas, que nos convierten en pequeños empresarios o gestores, sino para aligerarlas y ponerlas al servicio del Espíritu, que es al que en definitiva tienen que servir. En nuestra sociedad y nuestra Iglesia, los consagrados verificarán su experiencia de Dios viviendo en servicio, la misericordia, la acogida del extranjero
- Si en algunos lugares las personas consagradas son *pequeño rebaño porque son pocas y mayores*, este hecho puede interpretarse como un signo providencial que invita a recuperar la propia tarea esencial de levadura, de fermento, de signo y de profecía. Cuanto más grande es la masa que hay que fermentar, tanto más rico de calidad deberá ser el fermento evangélico, y tanto más excelente el testimonio de vida y el servicio carismático de las personas consagradas. Utilizando el símil del automóvil se ha dicho que el problema de la vida religiosa hoy no es de carrocería, ni

de equipamiento o diseño aerodinámico..., sino de motor, de responsabilidad personal, de revisión de sistemas internos de formación para la madurez humana, cristiana y de vida consagrada.

- La universalidad de la vocación a la santidad por parte de todos los cristianos, lejos de considerar superfluo el pertenecer a un estado particularmente apto para conseguir la perfección evangélica, puede ser un ulterior motivo de gozo para las personas consagradas porque están ahora más cercanas a los otros miembros del pueblo de Dios con los que comparten un camino común de seguimiento de Cristo, en una comunión más auténtica, en la emulación y en la reciprocidad, en la ayuda mutua de la comunión eclesial, sin superioridades o inferioridades enfermizas. Al mismo tiempo, esta toma de conciencia es un llamamiento a comprender el valor del signo de la vida consagrada en relación con la santidad de todos los miembros de la Iglesia.

En definitiva estos retos pueden constituir un fuerte llamamiento a profundizar la vivencia propia de la vida consagrada, cuyo testimonio es hoy más necesario que nunca. Es oportuno recordar cómo los santos fundadores y fundadoras han sabido responder con una genuina creatividad carismática a los retos y a las dificultades del propio tiempo, que seguramente no fue ni mejor ni peor que el nuestro.

El futuro de la Vida Consagrada está en manos de Dios, que son las mejores manos, pero también depende de la respuesta lúcida, creativa y coherente a las llamadas que el Espíritu hace en nuestros días. Los consagrados han de lograr articular bien tres elementos: 1. Una relación personal, intensa y gozosa con Dios, convertido en la única razón de vivir, junto con la capacidad de iniciar a los demás en el encuentro con el Señor que sobrecoge, cautiva y entusiasma. 2. Una vida que, firmemente asentada en Dios, no sea ajena a los dolores del mundo, sino que, en medio de ellos y sin desentenderse de ellos, descubra la presencia del Dios de la esperanza y del consuelo. 3. Un estilo de vida sencillo y fraternal, que sea una alternativa al consumismo y la competitividad que genera la economía de mercado en la que nos vemos envueltos.

3.3. El servicio del obispo a los seglares.

El obispo ha de estimular la vocación y misión de los seglares en la Iglesia como 'luz del mundo'. 'sal de la tierra, 'fermento'... mediante la vivencia de su propia espiritualidad: 'Iglesia en el mundo', llamados a la santidad gestionando según Dios las realidades temporales. Lo que define a los fieles laicos no es la pertenencia a una clase social, ni una calidad intelectual, ni un estatus económico, ni la calidad de ciudadanos. Tampoco les define una coherencia ética, pues

son pecadores. Sí les define, sin embargo, su pertenencia Cristo. Él es el Señor, por él y para él vale la pena la vida: nacer, crecer, amar, sufrir, trabajar, casarse, engendrar hijos... y también morir, pues su gracia vale más que la vida. La dignidad del cristiano no reside en ser sano, sin defectos, ni en vivir pendientes de la última moda, ni en ser eficientes, etc. Nuestra dignidad, de todos los bautizados, reside en ser Hijos de Dios, y formar así, como natural consecuencia, un pueblo de hombres libres, no esclavos de los poderes de este mundo, sino siervos de Dios, y por eso, libres. Y, ¿qué ha realizado en nosotros el encuentro con Cristo? El encuentro con Él ha despertado nuestra humanidad. En efecto, Cristo es la respuesta a las exigencias constitutivas del corazón humano; a la sed de verdad, de justicia, de amor, de belleza, en una palabra, de felicidad.

Por otra parte, la participación de los seglares en el ministerio profético, sacerdotal y regio de Cristo, sobre la que descansa su vocación y su misión, no deriva de una delegación del ministerio apostólico (obispos, sacerdotes...), sino que tiene base sacramental: deriva de su bautismo y confirmación.

El Pastor de la diócesis, junto con sus sacerdotes y consagrados, procurará animarles para que realicen su vocación mediante una buena formación en la fe y para la misión. Abrirles campos de acción, encomendarles tareas concretas, integrarles, junto a los presbíteros y consagrados, en la misión evangelizadora de la Iglesia. Cuando los seglares vayan asumiendo responsabilidades dentro de la vida eclesial, esta será más rica, aunque también más compleja y más expuesta a tensiones que se habrán de encauzar para que resulten positivas.

“La Iglesia -enseña el Vaticano II- no está verdaderamente formada, no vive plenamente, no es señal perfecta de Cristo entre los hombres en tanto no exista y trabaje con la Jerarquía un laicado propiamente dicho. Porque el Evangelio no puede penetrar profundamente en las conciencias, en la vida y en el trabajo de un pueblo sin la presencia activa de los seglares. Por ello ya en el tiempo de fundar la Iglesia, hay que atender sobre todo a la constitución de un maduro laicado cristiano” (AG. 21).

El mensaje de Cristo, del que la Iglesia es portadora, es prioritariamente de carácter religioso, es decir, pretende dar a conocer a todo hombre que Dios le quiere personalmente y que siempre puede aspirar a obtener el perdón de Dios, anuncia una nueva forma de vida aquí en la tierra, basada en la filiación divina y en la fraternidad humana que se prolongará en una vida mejor (la eterna). Ahora bien, de este mensaje deriva unos criterios y unas actitudes para transformar este mundo. La presencia del evangelio en los campos nuevos de la investigación, cultura, información, ética, política... la realiza la Iglesia principalmente por medio de los seglares. Para ello cuenta con su competencia profesional y, sobre todo, con la ayuda espiritual del Espíritu.

Los fieles laicos ejercitan su ministerio dentro de la comunidad eclesial y en la transformación del mundo, dada la naturaleza secular de su propia vocación. Hay campos en los que es absolutamente necesario e imprescindible el compromiso de los laicos: la familia, la enseñanza, el mundo del trabajo, de la salud, de la política, del diálogo fe-cultura contemporánea.... En nuestra diócesis no partimos de cero, gracias a Dios, ya hay laicos cristianos que están llevando adelante un trabajo de primera magnitud en muchos ámbitos eclesiales. Los laicos en este momento histórico tienen ante sí el desafío de transformar las estructuras sociales para que sean más acordes con la dignidad de la persona humana y la práctica de la solidaridad. Aquí debe aterrizar el compromiso de la fe. El divorcio entre la fe y la vida cotidiana es uno de los hechos que más perjuicios acarrearán a la Iglesia en nuestro tiempo. Estamos viviendo una profunda crisis debida a la pérdida del sentido de Dios y a la ausencia de los principios morales. Pero todo esto tiene un precio, porque "sin una referencia moral –como ha enseñado el Papa Benedicto XVI- se cae en un afán ilimitado de riqueza y de poder, que ofusca toda visión evangélica de la realidad social" ⁹⁷

El obispo ha de confiar en los seglares otorgando autoridad y peso a sus opiniones. Los seglares, a su vez, aceptarán la autoridad del obispo, no por razones de mero funcionamiento de la comunidad eclesial, sino por motivaciones religiosas y espirituales, conscientes de que no se trata de un obsequio rendido a los obispos en cuanto personas concretas, sino en cuanto son 'testigos de la verdad divina y católica' (LG 25)

Es necesario estimular y sostener la presencia de los católicos en la vida pública donde han de hacer una aportación significativa y relevante desde su condición de creyentes. No se trata de reclamar privilegios del pasado, sino de hacerse presentes en nuestra sociedad democrática con una presencia cualificada por su misión, rigor y dignidad. La Iglesia no se hunde tanto por las agresiones de fuera de ella, cuanto por la desobediencia al evangelio y la ruptura de la comunión eclesial. Las generaciones actuales tienen derecho a una proposición positiva superando el encerramiento de la Iglesia en sí misma adoptando posturas agresivas.

Los carismas y los ministerios son dones que el Espíritu de Dios otorga de manera diferenciada a obispos, sacerdotes, consagrados y laicos. La tarea del obispo respecto a los ministerios y carismas es reconocerlos, fomentarlos, discernirlos y regularlos para que se ejerzan de manera orgánica en bien del entero cuerpo eclesial, pero no es su dueño.

97. BENEDICTO XVI, *A los obispos mejicanos en visita ad limina* 15.09.05.

No podemos quedarnos satisfechos en una situación como la nuestra en que muchos afirman ser cristianos y viven como verdaderos agnósticos. Nuestras comunidades deben tender a ser comunidades de fe madura, pero nunca deben resultar 'elitistas'. La Iglesia por su misma naturaleza debe estar abierta para acoger a los que están aún en camino, a los que buscan, a los que son todavía débiles en la fe, a los pecadores. Aunque, en cuanto pecadores, estamos llamados a la conversión. Precisamente en la Iglesia de Jesucristo encontramos el perdón para nuestros pecados y los medios necesarios para cambiar nuestras vidas. La Iglesia no puede, en ninguno de sus miembros, renunciar a su vocación a la santidad y conformarse con la mediocridad.

La fuerza apostólica del cristiano descansa –no lo olvidemos- en la *conversión personal*. No pretendemos cambiar el mundo de fuera hacia dentro, sino de dentro hacia fuera. El amor del Padre, la gracia de Jesucristo, la fuerza del Espíritu actúan de dentro hacia fuera, respetando la libertad, motivaciones, deseos de la persona. Embarcados en una seria conversión, tendremos más cristianos bautizados y al mismo tiempo convertidos, que son los que realmente necesitamos.

4. LA CORRESPONSABILIDAD EN UNA IGLESIA SINODAL.

En la eclesiología de comunión característica del Vaticano II, la corresponsabilidad afecta a todo el Pueblo de Dios y no sólo a la jerarquía.

“Si se me preguntase –dijo en cierta ocasión el cardenal Suenens- cuál es el ‘germen de vida’ más rico en consecuencias pastorales que se debe al Concilio, respondería sin dudar: el haber vuelto a descubrir al Pueblo de Dios como un todo, como una totalidad y, en consecuencia, la corresponsabilidad que de aquí se deriva para cada uno de los miembros”⁹⁸.

Ahora bien, del hecho de que en la Iglesia todos somos iguales en dignidad y responsabilidad por el bautismo, no se deriva que todos seamos responsables de la misma manera, con el mismo título y en los mismos campos. La corresponsabilidad es orgánica y diferenciada porque se ejerce en un organismo vivo que es la Iglesia. Vivir rectamente la corresponsabilidad exige, por una parte, dejar a un lado la pasividad, la indiferencia, el acaparamiento, la imposición... y, por otra, cultivar el interés por colaborar, el empeño en la actividad comunitaria y solidaria, la capacidad de diálogo, el entusiasmo por la unidad. Para todo esto es necesario convertirse y practicar una adecuada pedagogía de la participación.

⁹⁸. Cardenal SUENENS, *La corresponsabilidad en la Iglesia de hoy*, Bilbao 1969, 27.

Para ser una Iglesia más corresponsable hemos de ser una Iglesia más convertida pasando

- del culto del yo a la devoción por la fraternidad y la comunidad;
- del miedo al compromiso, a la ascética de aceptar el compromiso y mantenerlo fielmente;
- de la incomunicación, a la apertura y receptividad;
- de la obsesión por la eficacia (hacer cosas) a la preocupación por la pedagogía (educar personas);
- del egoísmo de conservar lo que es mío, a la generosidad de compartirlo todo;
- de la envidia, el recelo y la confrontación, a la aproximación, la estima y la confianza hacia los hermanos;
- de la amargura de la crítica sistemática, a la corrección fraterna ponderada y amable;
- del miedo por la suerte de la Iglesia, a la confianza en el Espíritu;
- del protagonismo personal, al servicio callado y desapercibido; de la prisa por el éxito, a la paciencia del sembrador y a la gratuidad en el servicio.

Hoy se profundiza en la corresponsabilidad eclesial reflexionando sobre la sinodalidad en la Iglesia⁹⁹ y tratando de practicarla.

“Sinodalidad significa ‘caminar juntos’. El caminar evoca el movimiento de Abrahán, quien se pone en marcha con su grupo, teniendo por único fundamento la palabra de Dios. Echa a andar, no sólo ‘se traslada’: purificado y liberado, abierto a un futuro impreciso en sus contenidos, pero garantizado por una presencia segura, la de Dios que precede y camina con él.

⁹⁹ E. CORECCO, artículo *Sinodalidad* en: NDT (Madrid 1982) 1644-1673; VII CONGRESO INTERNACIONAL DE DERECHO CANONICO, *La Synodalité I-II* (Paris 1992) S. PIE NINOT, *La sinodalitat eclesial*, Barcelona 1993; J. M. ROVIRA BELLOSO, en: *Vaticano II: Un concilio para el tercer milenio* (Madrid 1997) 79-84. Y. CONGAR, *Quod omnes tangit, ab omnibus tractari et approbari debet*: Revue Historique de Droit François et Étranger 36 (1958) 210-259. E. BUENO-R. CALVO, *Una Iglesia sinodal: memoria y profecía*, Madrid 2000; S. MADRIGAL, ‘*Sinodo es nombre de Iglesia*’ (S. Juan Crisóstomo). *Corresponsabilidad y participación*: Sal Terrae 1043 (2001) 197-212.

El obispo con sus fieles está en camino hacia esta 'tierra de Dios'. Esta espiritualidad del camino, del vivir en tiendas, es importante como actitud de todo creyente frente a la lógica del mundo, que prefiere la seguridad y la instalación. Lo que vale para cualquier creyente es particularmente válido para el presbítero.

Una de las primeras exigencias del anuncio es la de una cierta movilidad que permite acudir a todos los lugares donde el Evangelio aún no ha sido anunciado, y trasladarse de un sitio a otro según sean las necesidades. La situación actual demuestra lo valioso que es para la Iglesia el poder disponer de sacerdotes y obispos que, aún después de un prolongado ministerio u oficio en un servicio determinado, estén dispuestos a nuevas iniciativas.

Entre otras cosas, tal disponibilidad defiende a la comunidad del peligro de esclerosis, y pone de manifiesto la 'norma suprema' que el obispo debe respetar en los nombramientos y los traslados, es decir, el bien de las almas ¹⁰⁰.

Así pues, cada uno de nosotros, empezando por el obispo, debe sentirse llamado a un servicio que implica la entrega incondicional a la Iglesia entera, y, por ende, un firme propósito de perseverar en el cargo que se le ha confiado, aun a costa de graves sacrificios, y a la vez libertad de corazón y disponibilidad para asumir otro servicio para bien de la propia Iglesia" (Cardenal Martini)

El sínodo diocesano es una forma extraordinaria de hacer visible lo que la Iglesia es permanentemente en lo más profundo y en lo más real de sí misma: misterio de comunión. El sínodo –ha recordado no hace mucho el cardenal arzobispo de Madrid- "no es simplemente una reunión de expertos, en la que los que más saben expongan a los que saben menos sus ideas sobre cómo hay que anunciar hoy el Evangelio. Ni tampoco una asamblea sin más, según los modelos sociológicos y políticos vigentes, en la que, al final de los debates, lo único que importa sea la correlación de fuerzas a la hora de las votaciones, como si la verdad de las propuestas dependiese principalmente de nosotros y de nuestra capacidad de imponerlas. El sínodo es una asamblea en la que queremos ayudarnos unos a otros a ser más fieles a lo que Dios quiere para su Iglesia en el momento actual del mundo". Aquí es decisivo el papel y la responsabilidad del obispo diocesano, que garantiza que todo el trabajo evangelizador se haga en comunión con la Iglesia universal y con su pastor, el Papa.

¹⁰⁰ Cf. CONCILIO VATICANO II, CD 31 y "*Ecclesiae imago*", *Directorio para el ministerio pastoral de los Obispos*, 2, 6.

IV. LA PARROQUIA, UNA CASA DE FAMILIA FRATERNA Y ACOGEDORA.

1. LA PARROQUIA, FAMILIA DE FAMILIAS CRISTIANAS.

“La comunión eclesial, aun conservando siempre su dimensión universal, encuentra su expresión más visible e inmediata en la parroquia. Ella es la última localización de la Iglesia; es, en cierto sentido, la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas.

Es necesario que todos volvamos a descubrir, por la fe, el verdadero rostro de la parroquia; o sea, el misterio mismo de la Iglesia presente y operante en ella. (...). La parroquia no es principalmente una estructura, un territorio, un edificio; ella es “la familia de Dios, como una fraternidad animada por el Espíritu de unidad” (LG. 28), es “una casa de familia, fraterna y acogedora” (CT. 67), es la “comunidad de los fieles” (can. 515). En definitiva, la parroquia está fundada sobre una realidad teológica, porque ella es una comunidad eucarística. Esto significa que es una comunidad idónea para celebrar la Eucaristía, en la que se encuentran la raíz viva de su edificación y el vínculo sacramental de su existir en plena comunión con toda la Iglesia. Tal idoneidad radica en el hecho de ser la parroquia una comunidad de fe y una comunidad orgánica, es decir, constituida por los miembros ordenados y los demás cristianos, en la que el párroco -que representa al obispo diocesano- es el vínculo jerárquico con toda la iglesia particular”¹⁰¹.

Dice el Concilio Vaticano II: “Ya que en su Iglesia el obispo no puede presidir siempre y en todas partes personalmente a toda su grey, debe constituir necesariamente asambleas de fieles, entre las cuales tienen un lugar preeminente las parroquias constituidas localmente bajo la guía de un pastor que hace las veces del obispo: ellas, en efecto, representan en cierto modo la Iglesia visible establecida en toda la tierra” (SC. 42).

El Código de Derecho Canónico define así la parroquia: “es una determinada comunidad de fieles constituida de modo estable en la Iglesia particular, cuya cura pastoral, bajo la autoridad del obispo diocesano, se encomienda a un párroco, como su pastor propio” (c. 515, 1). Por lo tanto, también desde el punto de vista jurídico-canónico, se pone el acento no en el territorio, sino en la comunidad de fieles y se subraya la responsabilidad del párroco como pastor propio de la misma.

La parroquia no es un elemento más del equipamiento de un barrio, un lugar para prestar los servicios de tipo religioso que pueden legítimamente solicitar los

¹⁰¹ JUAN PABLO II, CL 26.

ciudadanos. El que una parroquia funcione bien no se mide, como en los grandes almacenes, por la cantidad de clientela que consigue reunir. La parroquia es comunidad de fe y lugar de reconciliación. "A ella corresponde crear la primera comunidad del pueblo cristiano; iniciar y congregar al pueblo en la normal expresión de la vida litúrgica; conservar y reavivar la fe en la gente de hoy; suministrarle la doctrina salvadora de Cristo; practicar en el sentimiento y en las obras la caridad sencilla de las obras buenas y fraternas" (PABLO VI, 1963).

En la descripción teológica de la parroquia se indica la semejanza que tiene con la diócesis, pero también su diferencia: la diócesis es la realización total de la Iglesia de Jesucristo; la parroquia, en cambio, es parcial e incompleta localización de la misma. No son las parroquias las que hacen la diócesis, sino al revés. Pero la parroquia es la Iglesia que se hace presente junto a nuestros hogares como comunión de fe, esperanza y amor y "reduce a unidad las diversidades humanas que en ella se encuentran y las inserta en la universalidad de la Iglesia" (AA 10). Juan Pablo II la llama "la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos e hijas", y advierte que "no es principalmente una estructura, un territorio, un edificio", sino -tomando la expresión del Vaticano II- "la familia de Dios, como una fraternidad animada por el Espíritu de unidad"¹⁰², es "una casa de familia, fraterna y acogedora"¹⁰³ y señala que está fundada sobre una realidad teológica porque es una comunidad eucarística y en consecuencia una comunidad de fe orgánica.

Basándonos en este magisterio conciliar y pontificio creemos poder denominar a la parroquia 'familia de familias' aludiendo a que debe asumir un estilo de relaciones más humano y fraternal, más familiar¹⁰⁴.

En la actualidad hay gente que ve la parroquia como algo cargado de nobleza y tradición, pero poco apto para ser renovado. Se preguntan si la parroquia tiene todavía sentido o es más bien una estructura envejecida, propia de una sociedad estática y rural. Otros la ven como una institución empo-

¹⁰²_ CONCILIO VATICANO II, LG 28.

¹⁰³_ JUAN PABLO II, CT 67. "También la parroquia es una familia. Su casa es este templo "la morada de Dios con los hombres" (Apoc 21,3) (...). Amad la casa de vuestra familia. (...). La vida humana que se desarrolla en tantas casas, encuentra aquí su punto central. Encontraos aquí en la oración! Encontraos en la mesa de la Palabra de Dios y de la Eucaristía. Encontraos ante la Madre que con su mirada os habla del gran amor con que el Padre os ha amado en Cristo" (JUAN PABLO II, *La parroquia morada de Dios con los hombres. A la parroquia Nuestra Señora de Czestochowa*, Roma 25.02.79).

¹⁰⁴_ "Gracias a la caridad de la familia, la Iglesia puede y debe asumir una dimensión más doméstica, es decir, más familiar, adoptando un estilo de relaciones más humano y fraterno" (JUAN PABLO II, Exhort. Apost. *Familiaris Consortio* 64 : AAS 74 (1982) 157).

brecida que sólo vale para los que forman parte de comunidades eclesiales más selectas o movimientos más modernos y formados. Por fin no falta quien la ve -y la rehuye- como algo rígido, absorbente, incapaz de asimilar un cristianismo renovado.

Puede ser que no falten razones para pensar así. Pero conviene no olvidar lo que Pablo VI decía en 1963: “Creemos simplemente que la antigua y venerada estructura de la parroquia tiene una misión indispensable y de gran actualidad; a ella corresponde crear la primera comunidad del pueblo cristiano; iniciar y congrega al pueblo en la normal expresión de la vida litúrgica; conservar y reavivar la fe en la gente de hoy; suministrarle la doctrina salvadora de Cristo; practicar en el sentimiento y en las obras la caridad sencilla de las obras buenas y fraternas”.

“La anhelada renovación de la parroquia –enseña Benedicto XVI- no puede ser resultado sólo de oportunas iniciativas pastorales, por más útiles que sean, ni de programas elaborados en despachos. Inspirándose en el modelo apostólico, tal y como aparece en los Hechos de los Apóstoles, la parroquia se redescubre en el encuentro con Cristo, especialmente en la Eucaristía. Alimentada con el pan eucarístico, crece en la comunión católica, camina en plena fidelidad al Magisterio y siempre está atenta a acoger y discernir los diferentes carismas que el Señor suscita en el Pueblo de Dios. De la unión constante con Cristo, la parroquia saca vigor para comprometerse sin cesar al servicio de los hermanos, especialmente de los pobres, para quienes representa de hecho el primer punto de referencia”¹⁰⁵.

2. RASGOS CARACTERÍSTICOS DE LA PARROQUIA.

Mons. Fernando Sebastián ha señalado como rasgos esenciales de la comunidad parroquial:

la *territorialidad*: La parroquia no selecciona; ella congrega a los cristianos de cualquier edad, situación económica o nivel cultural. Por eso es tan variada, tan abierta y tan estable como la sociedad misma. Es la comunidad más real y más básica que puede haber. La territorialidad de la parroquia conserva todavía hoy una gran importancia, aunque la gran movilidad que caracteriza nuestro tiempo exige flexibilidad. Porque es necesario que el anuncio del Evangelio y la respuesta de la fe, tomen cuerpo y se encarnen en unos hombres concretos y en una cultura determinada. En este sentido la parroquia, constituida por los creyentes y bautizados, es capaz también de mostrar el rostro encarnado de la Iglesia de Cristo en cada lugar, porque su vocación es

¹⁰⁵ BENEDICTO XVI, *Discurso al Consejo Pontificio para los laicos*, 22. 9. 2006.

hacerse presente en todos los pueblos para predicar el Evangelio y hacer discípulos a todas las gentes (cf. Mt 28,19; Mc 16,15-16).

Ahora bien, la territorialidad no puede olvidar a los grupos de personas que no se integran fácilmente en un lugar, como por ejemplo los gitanos y los emigrantes en general. Las dificultades de idiosincrasia, de lengua o de adaptación a las costumbres se pueden acrecentar si la parroquia no es lo suficientemente abierta y acogedora para estas personas.

Las exigencias de la evangelización piden hoy a las parroquias y los que trabajan en ellas una sensibilidad especial ante estos hechos y la búsqueda de fórmulas y de soluciones para que la parroquia sea centro y plataforma del anuncio de Jesucristo y de la presencia de la Iglesia en la sociedad.

la *universalidad*: No son únicamente miembros de la parroquia exclusivamente los que frecuentan el templo parroquial. Lo son todos los creyentes y las instituciones religiosas y eclesiales enclavadas en ese territorio. El núcleo esencial de la parroquia no son los grupos selectos ni las pequeñas comunidades, sino el 'común pueblo cristiano'. La aparente 'pobreza' de la parroquia, su 'elementalidad', es su riqueza más preciosa: "La Iglesia muestra verdaderamente en la parroquia la maternidad dirigida a todos, sin criterios exclusivos de élite, y comprometiéndose a ser una convencida y confiada educadora de cristianos cada vez más abiertos al Espíritu: acontece así que la parroquia, con su misión, ejerce un influjo fundamental al suscitar en la Iglesia formas de esa 'santidad popular' que constituye uno de los tesoros más apreciables de nuestras comunidades cristianas"¹⁰⁶.

su carácter de *comunidad sacramental*: Esta es la nota más esencial. La parroquia no es una comunidad cristiana especializada que responda a una devoción particular o a un estilo determinado de entender y practicar la vida cristiana. La parroquia es la Iglesia misma, sin aditamentos, en su estructura básica y por eso se constituye por el anuncio de la Palabra de Dios, la celebración de los sacramentos y la presidencia del legítimo pastor.

Su eclesialidad: La parroquia está abierta al entero pueblo de Dios, no puede, por tanto, identificarse con ningún movimiento eclesial ni cerrarse en una línea pastoral determinada. Pero por eso mismo caben en ella las diversas espiritualidades, asociaciones, movimientos, etc... Ella favorece en todos los bautizados la conciencia de formar parte viva de la Iglesia y de su camino de fe.

¹⁰⁶ JUAN PABLO II, *Disc. a los obispos de Lombardía en la visita ad limina* [18.12.86] : AAS 79 (1987) 1072.

3. PARROQUIA Y DIÓCESIS.

Naturalmente estamos hablando de una parroquia abierta a las demás parroquias y a la diócesis:

“Cultiven constantemente –enseña el decreto *Apostolicam actuositatem*, n.10 del Concilio Vaticano II- el sentido de la diócesis, de la cual es la parroquia como una célula, siempre dispuestos, cuando sean invitados por su Pastor, a unir sus propias fuerzas a las iniciativas diocesanas. Es más, para responder a las necesidades de la ciudad y de las zonas rurales, no deben limitar su cooperación a los confines de la parroquia o de la diócesis, sino que han de procurar ampliarla al ámbito interparroquial, interdiocesano, nacional o internacional; tanto más cuando los crecientes desplazamientos demográficos, el desarrollo de las mutuas relaciones y la facilidad de las comunicaciones no consienten ya a ningún sector de la sociedad permanecer cerrado en sí mismo. Tengan así presente las necesidades del Pueblo de Dios esparcido por toda la tierra”.

Y todo esto sin caer en el parroquianismo, es decir, creer que toda la evangelización ha de pasar por la estructura parroquial, aunque en muchas ocasiones bien pudiera significar el centro de confluencia de otras formas de presencia y acción eclesial, tales como pequeñas comunidades eclesiales de base, movimientos apostólicos, etc...

“La parroquia -dice el Vaticano II en AA. 10- ofrece un ejemplo luminoso de apostolado comunitario, fundiendo en la unidad todas las diferencias humanas que allí se dan e insertándolas en la universalidad de la Iglesia. Los laicos han de habituarse a trabajar en la parroquia en íntima unión con sus sacerdotes, a exponer a la comunidad eclesial sus problemas y los del mundo y las cuestiones que se refieren a la salvación de los hombres, para que sean examinados y resueltos con la colaboración de todos; a dar, según sus propias posibilidades, su personal contribución en las iniciativas apostólicas y misioneras de su propia familia eclesiástica”. Posteriormente, el Papa Juan Pablo II recomienda el cauce idóneo para examinar y resolver con la colaboración de todos en la parroquia: “El examen y la solución de los problemas pastorales ‘con la colaboración de todos’ debe encontrar un desarrollo adecuado y estructurado en la valoración más convencida, amplia y decidida de los Consejos pastorales parroquiales”¹⁰⁷.

Más que comunidad de comunidades, la parroquia debe ser comunión de comunidades. En ella encuentran las pequeñas comunidades de religiosos/as, los movimientos apostólicos, las asociaciones eclesiales... la plataforma ade-

¹⁰⁷ - JUAN PABLO II, CL. 27.

cuada para vigorizar la comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu y para vivir y sentir con la Iglesia. Y en ella pueden aportar su vitalidad para renovarla y hacerle más evangelizadora y misionera. No se trata de restar, sino de sumar y aun de multiplicar.

“La parroquia sigue siendo el lugar, enseñaba Juan Pablo II, donde los fieles se reúnen normalmente como una familia para escuchar la palabra salvífica de Dios, para celebrar los sacramentos con dignidad y reverencia, y para recibir la inspiración y la fuerza para su misión de consagrar el mundo en santidad, justicia y paz. La parroquia hace presente el misterio de la Iglesia en cuanto comunidad orgánica, en la cual “el párroco -que representa al obispo diocesano- es el vínculo jerárquico con toda la Iglesia particular” (CL 26). Otras instituciones, organizaciones y asociaciones son signos de vitalidad, instrumentos de evangelización y levadura de la vida cristiana en la medida en que contribuyen a edificar la comunidad local en la unidad de fe y de vida eclesial. Toda comunidad en la que los fieles se reúnen para el alimento espiritual y las obras de servicio eclesial, debe estar completamente abierta a la “unidad que es fruto del Espíritu, mediante el vínculo de la paz” (Ef 4,3), unidad que implica un nexo orgánico con la Iglesia particular, en la que se garantiza el carácter eclesial comunitario y se realizan sus carismas”¹⁰⁸.

4. EL CURA PÁRROCO.

Comentaba el Papa actual a los sacerdotes de la diócesis de Albano (Italia) que en las parroquias hay tres compromisos fundamentales, que pueden dar ocasión a un compromiso misionero: el servicio sacramental, el anuncio de la Palabra y la diakonía. Y añadía: “El párroco no puede hacerlo todo. Es imposible. No puede ser un “solista”; no puede hacerlo todo; necesita la ayuda de otros agentes pastorales. Me parece que hoy, tanto en los Movimientos como en la Acción católica, en las nuevas comunidades que existen, contamos con agentes que deben ser colaboradores en la parroquia para una pastoral “integrada”. Para esta pastoral “integrada” hoy es importante que los otros agentes que hay no sólo sean activos, sino que además se integren en el trabajo de la parroquia”.

“El párroco, por tanto, recordó alguna vez el actual obispo de León Mons. Julián López, no es un ejecutivo o un representante territorial de una empresa de amplia implantación, en este caso la diócesis. Tampoco es un mero delegado del obispo al que se le confía una función subsidiaria. La relación del párroco con el obispo, aunque tiene una dimensión jurídica y un puesto en el

¹⁰⁸ JUAN PABLO II, *Discurso a la Conferencia Episcopal de Inglaterra y Gales con ocasión de su visita ‘ad limina Apostolorum’*: Ecclesia 2.911 (19.9.98) 23-26 aquí 25.

ordenamiento canónico de la Iglesia -de nuevo encontramos la huella de la configuración histórica del servicio al pueblo de Dios-, se basa en la naturaleza sacramental de los vínculos que unen a todo presbítero con el obispo diocesano. El párroco, como 'pastor propio' de la comunidad que le ha sido confiada, ejerce su misión en cuanto participante con el obispo diocesano y bajo su autoridad del ministerio de Cristo. Esta participación la recibe el presbítero en el sacramento del Orden, que le confiere también las funciones de enseñar, santificar y regir (cf. LG 28; CD 30; PO 4-6). Como ocurría ya en los primeros siglos de la Iglesia, la relación del párroco con el obispo y con los demás presbíteros es una relación de corresponsabilidad colegial y de comunión ministerial que debe ponerse de manifiesto a todos los niveles. Aquí radica la colaboración de los presbíteros en las tareas de ámbito arciprestal o de zona y de ámbito diocesano"

En resumen: la parroquia se nos revela hoy como institución eclesial insustituible y, al mismo tiempo, insuficiente. "Insustituible porque es a través de ella como la inmensa mayoría de la gente entra en contacto con la Iglesia. Para muchos, la dimensión ordinaria de la Iglesia es la parroquia. Pero resulta insuficiente porque no es capaz por sí sola de realizar toda la misión evangelizadora. Debe vivir en comunión con la Iglesia particular y articularse adecuadamente en el arciprestazgo y la zona pastoral, a la vez que puede revitalizarse y potenciarse con los movimientos apostólicos y las pequeñas comunidades"¹⁰⁹

La parroquia, con ser plenamente válida hoy, se revela también insuficiente para realizar, por sí sola, toda la misión evangelizadora. De ahí que deba vivir en comunión profunda con la Iglesia particular, o lo que es lo mismo, con la totalidad de las parroquias y comunidades confiadas al ministerio del obispo y del presbiterio diocesano. Nótese, como señala la definición de parroquia ofrecida por el Código de Derecho Canónico, que la parroquia ha sido constituida de modo estable en la Iglesia particular. Esto quiere decir que, para comprender mejor la parroquia y trabajar más eficazmente en favor de la edificación de la comunidad parroquial, es indispensable conocer y vivir la vinculación de la parroquia con la Iglesia particular o diócesis.

V. A MODO DE CONCLUSIÓN. SUGERENCIAS PARA LA RENOVACIÓN DE NUESTRA DIÓCESIS Y DE NUESTRAS PARROQUIAS.

Aunque en la exposición de los capítulos anteriores han aparecido ya algunas ideas prácticas u operativas, es conveniente completar esta reflexión con algunas sugerencias si bien de tipo general. Porque también en nuestra prác-

¹⁰⁹ CONGRESO PARROQUIA EVANGELIZADORA, Edice, Madrid 1989, 299.

tica pastoral ocurre también que “cuando creíamos que teníamos todas las respuestas, de pronto, cambiaron todas las preguntas” (Mario Benedetti)

1. MARCO GENERAL: UNA PASTORAL EVANGELIZADORA.

Dos acontecimientos actuales, sobre todo, nos obligan a plantear con toda la fuerza una pastoral evangelizadora: *el fenómeno generalizado del debilitamiento de la fe y la difusión de la increencia*. La fe cristiana ya no es pacíficamente transmitida de unas generaciones a otras dentro de las familias cristianas. El ambiente cultural y las influencias sociales no favorecen la continuidad de la fe ni la práctica de la vida cristiana. En nuestra sociedad se ha establecido poco a poco como cosa normal la *indiferencia religiosa y la inseguridad moral*. Las nuevas generaciones, fuertemente influenciadas por el ambiente cultural y moral, se ven impulsadas hacia unos estilos de vida más paganos que cristianos. Los cristianos tienen que profesar su fe y practicar la vida cristiana sobreponiéndose a la gran fuerza envolvente de una cultura ambiental y dominante con fuerte impregnación laicista y neopagana

*Características de la Pastoral evangelizadora*¹¹⁰

1. 1. La pastoral de evangelización se dirige a suscitar la fe en ambientes dominados por la increencia y consolidar la fe del pueblo cristiano debilitada. Por eso mismo *no todas las actividades pastorales, aunque sean necesarias, pueden llamarse igualmente evangelizadoras*. Lo serían con un sentido más estricto aquellas actividades pastorales expresamente dirigidas, bajo la acción del Espíritu Santo, a favorecer la fe en el Dios de Jesucristo, la conversión personal y comunitaria al Evangelio y a una vida cristiana auténtica y comprometida.

En este sentido tendríamos que *revisar muchas de nuestras actividades pastorales ordinarias*, que, a pesar de los esfuerzos hechos, no consiguen suscitar el vigor religioso y cristiano que las nuevas generaciones necesitan para vivir su fe a pesar de las presiones ambientales a las que se ven sometidas.

1. 2. Cuando hablamos de la necesidad de suscitar la fe o de consolidarla *no estamos pensando en una visión empobrecida de fe* casi exclusivamente intelectualista y poco relacionada con la vida personal. Pensamos más bien en la fe cristiana como *reconocimiento y aceptación personal y libre de la presencia y de la intervención de Dios en nuestra vida, personal y colectiva*, manifestada y consumada en Jesucristo, con el consiguiente cambio real de vida, promovido por la fuerza de la gracia de Dios y los dones del Espíritu Santo. Esto ha de manifestarse y hacerse efectivo en todos los órdenes de la vida real del cristia-

¹¹⁰ Cf. CEE, *Plan Pastoral para el trienio 1994-1997*.

no, en su vida interior de adoración y obediencia liberadora a la voluntad de Dios, en la vida matrimonial y familiar, en el ejercicio de la vida profesional y social, en las actividades económicas y políticas, en todo lo que es el tejido real y social en el que de hecho vivimos inmersos y nos realizamos como personas.

1. 3. Por eso es perfectamente claro que «la evangelización no debe limitarse al anuncio de un mensaje, sino que pretende alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios y con su designio de salvación» (*Evangelii nuntiandi*, 19).

Una pastoral de evangelización *no puede conformarse con ser una pastoral de mínimos*, sino que ha de presentar la vida y la vocación del cristiano en toda su riqueza y amplitud, como llamada a la conversión personal, al seguimiento de Cristo, a la perfección y a la santidad, al apostolado y a la colaboración con el Señor en el anuncio y la realización del Reino. Sólo en este planteamiento ambicioso, pero lleno de humildad y confianza en el poder de Dios podrá desarrollarse una pastoral vocacional exigente, verdaderamente fecunda y renovadora.

En la catequesis, hemos de revisar los contenidos y los métodos y procedimientos. En una sociedad supuestamente cristiana es normal que la catequesis de los niños polarice fuertemente la atención de la parroquia, pues son ellos los únicos que entendemos que no conocen la fe. En una sociedad como la actual, sin descuidar la atención a los niños, en muchos de los cuales hay que despertar la fe y la experiencia religiosa que no han conocido en su hogar, es necesario ampliar el horizonte. Cuidemos especialmente *la iniciación cristiana*: si no termina bien en el sentido de que celebrar la Confirmación no lleva a la incorporación activa en la vida en la comunidad cristiana, sino que más bien los confirmados no vuelven a aparecer en las celebraciones litúrgicas, seguramente es que tampoco hemos empezado bien. Prestemos mayor atención a la formación de los catequistas. La situación actual de nuestras comunidades plantea el problema de la coordinación de la acción catequética con la acción propiamente evangelizadora que le debe preceder, y con la acción pastoral que ha de continuarla puesto que, a veces, se pretende impartir una catequesis ordinaria a jóvenes y adultos que necesitan, antes, un tiempo de anuncio en orden a despertar su adhesión a Jesucristo. Potenciamos *la catequesis de adultos*. Por una parte, nuestros cristianos adultos adolecen de fuertes carencias en su formación en la fe de manera que necesitan una verdadera catequesis de iniciación y, por otra, cada vez con más frecuencia serán adultos los que se acerquen a pedir el bautismo. Hemos de tener preparados y a disposición procesos de catequesis para estas personas.

1. 4. Por esto mismo, la pastoral evangelizadora *no corresponde sólo a los sacerdotes o a los religiosos, ni puede reducirse a un mero anuncio del Evangelio*. La evangelización, tal como la entiende la Iglesia, es una acción comunitaria, en ella tienen su lugar propio los fieles seglares, y abarca desde las actividades estrictamente anunciadoras hasta las iniciativas más audaces en el tejido social para transformar las instituciones y las características de la vida social de acuerdo con los modelos y los valores operativos de la moral cristiana, de la doctrina social de la Iglesia y en definitiva del Reino de Dios.

El Papa Juan Pablo II en la Homilía pronunciada en Huelva (n 8; *La hora de Dios*, "BAC", 125), aludía a la doctrina de *Evangelii nuntiandi* y de *Christifideles laici* sobre los aspectos efectivos y de transformación de la realidad social, situando en ellos la misión específica de los fieles seglares auténticamente convertidos a la vida cristiana y bien preparados doctrinal y profesionalmente para las difíciles exigencias de este apostolado (cf n.8). *Preparar a los laicos cristianos y ayudarles en su formación* tiene que ser la tarea que ocupe más tiempo y esfuerzo en la vida apostólica de los sacerdotes diocesanos o religiosos.

1. 5. En cuanto a sus contenidos y métodos, la pastoral evangelizadora tiene también sus especiales características bien definidas:

- Requiere en primer lugar un anuncio de la Palabra de Dios de manera que se produzca un verdadero encuentro personal con Jesucristo y que se le otorgue el lugar central en la propia vida
- Tiene también unas exigencias de método que se pueden resumir en la necesidad de una acción pastoral fuertemente personalizada, en la relación entre el que anuncia y quien recibe la palabra de salvación, la incorporación de intensas experiencias religiosas, personales y comunitarias, la necesidad de favorecer experiencias de conversión, de comunicación interior con Cristo con los consiguientes cambios en los proyectos de vida, en la oración, en las celebraciones litúrgicas, en el servicio humilde, desinteresado y sacrificado a los hermanos necesitados, pobres, enfermos, ancianos y marginados.

Todo esto plantea una *revisión de los criterios a la hora de celebrar los sacramentos*: Los cristianos, herederos de costumbres de épocas pasadas, siguen interesados en recibir los sacramentos de mayor relieve social. Pero no siempre acuden con la suficiente preparación ni con unas disposiciones personales claras y sinceras para vivir el sacramento como una verdadera celebración de la gracia de Dios, acogida con fe como principio de una nueva vida. Por eso, hoy la urgencia primera es intensificar el anuncio de la salvación de Dios, despertar y fortalecer la fe, aumentar la estima de la vida sobrenatural

y de los bienes del Reino, despertar los deseos de vivir cristianamente en los fieles que se acercan a la celebración de los sacramentos. No es raro que pidan caprichos y pongan el máximo interés en detalles que a nosotros nos parecen totalmente secundarios. Cuando no se respetan las normas vigentes en la Iglesia universal y en nuestra diócesis, podemos hacernos sufrir unos a otros sin pretenderlo.

— Requiere también una fuerte renovación espiritual, eclesial y apostólica de los agentes de pastoral, especialmente sacerdotes, religiosos y seglares. Estos últimos han de ser quienes, formados y enviados desde la comunidad cristiana, vivan y actúen en las realidades sociales demostrando con claridad profética y eficacia profesional que se pueden transformar progresivamente los modelos de sociedad y aquellos condicionantes sociales que influyen en la configuración de la conciencia y de los modelos colectivos de vida: familia, formas laborales y económicas, instituciones, opinión pública, expresiones artísticas, actividades de ocio, modelos sociales de producción y distribución de los bienes, leyes y actuaciones políticas, servicios de promoción y asistencia, etc.

1. 6. Si se quiere impulsar de verdad una pastoral evangelizadora, hay que tener en cuenta que la difusión y el crecimiento de la fe requieren en los agentes pastorales *una vivencia espiritual y testimonial fuerte*, sin dudas ni ambigüedades, con una actuación decidida fuertemente animada por el Espíritu de Dios y la misión eclesial, vivida en comunión clara y efectiva.

Por esta razón la llamada a la pastoral evangelizadora lleva dentro *una llamada a la conversión personal y eclesial*, a la claridad doctrinal y al vigor apostólico, con un claro testimonio de santidad de vida.

1. 7. La pastoral evangelizadora requiere una conciencia viva de que la *fe es un don de Dios* que nosotros no podemos promover sino colaborando humildemente con la acción sobrenatural del Espíritu Santo en los corazones de los hombres. *Evangelizar es antes que nada orar*, pedir a Dios que intervenga poderosamente con su gracia iluminando las mentes y moviendo los corazones para acoger con humildad y gratitud la buena semilla de su Palabra de salvación. Para ser evangelizadora, la Iglesia entera tiene que vivir en una conciencia viva de su debilidad y en una vigilia de ardiente oración. Los contemplativos y contemplativas han de ser en estos momentos apoyo fuerte de la acción pastoral de toda la Iglesia y primeros protagonistas de la evangelización. La fuerza del anuncio misionero viene de la Palabra de Dios y de la fuerza testimoniante y convincente de la cruz de Cristo, presente también en la pobreza de los evangelizadores, de la comunidad que los envía y de su testimonio martirial (Cfr 1 Cor 1,17-18; 2,1-5; 2 Cor. 4,7-12).

1. 8. Es importante tener en cuenta que *la evangelización en una cultura postcristiana y neopagana, ha de tener permanentemente una dimensión apologética*, no como actitud polémica, sino más bien como un deshacer malentendidos. La más propia de nuestra época, y quizá la más extendida es una visión de la religión algo anticuado, infundado y pernicioso para el desarrollo de la persona y de la sociedad, enemiga de la razón, de la libertad, del progreso, de la vida democrática. Esta preocupación apologética ha de tener en cuenta las diversas ideas y actitudes dominantes en cada ambiente respecto de la Iglesia, de los sacerdotes, de la religión y de Dios mismo.

Todo ello tiene que desarrollarse en unas *actitudes de diálogo y de servicio*, que ofrezcan claramente, de manera directa y humilde, el don de la salvación que Dios ofrece en Jesucristo.

1. 9. La pastoral de evangelización en una sociedad poscristiana requiere que *las palabras del anuncio del mensaje estén fortalecidas por el testimonio de la vida renovada*, por un amor servicial a los pobres y marginados. Es el signo evangelizador por excelencia. El testimonio de vida y el amor gratuito a los necesitados forman parte esencial de la presencia del Reino de Dios y de la evangelización que lo anuncia.

La variedad y complejidad de las formas de pobreza que genera la vida moderna es grande. Por otra parte, la crisis económica está provocando nuevas situaciones de desamparo y necesidad. Los rostros concretos de los 'nuevos pobres' completan una lista larga y creciente: parados hundidos en el empobrecimiento progresivo, ancianos desatendidos, jóvenes drogadictos y desarraigados, extranjeros rechazados, transeúntes inadaptados, enfermos mal atendidos, personas solas y depresivas, parejas rotas, mujeres maltratadas... Por eso, hemos de potenciar en las parroquias Cáritas, Pastoral de la Salud, Pastoral Obrera, diferentes formas de voluntariado y otros servicios humanitarios, que ayudarán a potenciar el signo más evangelizador de los cristianos: el amor efectivo al pobre y al necesitado.

2. INTENSIFICAR LA TRANSMISIÓN DE LA FE.

A todos los niveles. Pero tengamos en cuenta que las nuevas generaciones se han acercado a la realidad a través de los diversos medios de comunicación: su aprendizaje ha sido a través de todos los sentidos, de forma diversa y múltiple. Utilizan ordenadores como parte de su experiencia básica y son más interactivos que pasivos en su aprendizaje. Para el hombre de hoy es tan importante el envoltorio como el contenido del mensaje que le queremos comunicar. Después de años de radio, walkman, TV, Internet... la gente no escucha de la misma manera. Hablan más los gestos y la fuerza de las expresiones que el

mismo contenido de las palabras. Jesús sigue siendo actual y creíble. *La fuerza transformadora del mensaje de Jesús*, sin perder nada de su propia identidad, *ha de llegar al hombre de nuestro tiempo por cauces nuevos*. El cristianismo no está exclusivamente ligado a una cultura, las sobrepasa a todas, pero ha de estar siempre inculturado en un contexto. La sociedad tiene una gran necesidad de agentes creativos del Evangelio, de agentes capaces de aportar nuevos modelos y usar nuevas técnicas y tecnologías como instrumentos evangelizadores para captar la imaginación religiosa de la cultura¹¹¹.

3. POTENCIAR LA ATENCIÓN PASTORAL A LAS FAMILIAS.

La familia actual se ha ido vaciando en pocos años del contenido religioso y cristiano que ha tenido entre nosotros. Hoy, por lo general, la familia no es una «escuela de fe», sino un lugar donde se transmite de padres a hijos indiferencia religiosa y consumismo. Y, sin embargo, la familia de padres cristianos puede y debe ser «un espacio donde el Evangelio es transmitido y desde donde éste se irradia». Con todo, a pesar del cambio profundo del clima familiar, *la familia sigue siendo un lugar privilegiado para la comunicación entre las generaciones, para la expansión y desarrollo de la persona y también, por tanto, para la transmisión de la fe*. La colaboración de la familia es indispensable en el proceso evangelizador. Por eso mismo en nuestra acción evangelizadora hemos de atender especialmente a la vida cristiana de las familias. Y esto en las dos vertientes de acompañamiento a los cristianos que comienzan su vida matrimonial y familiar y como célula de Iglesia primera transmisora de la fe y de las experiencias fundamentales de la vida cristiana.

Es indispensable tratar de mejorar la *preparación para el matrimonio* y la vida familiar en todos sus aspectos religiosos y morales y hay que contar con las familias como colaboradoras insustituibles de la evangelización de los niños y jóvenes. Los *grupos parroquiales de matrimonios* y los *movimientos familiares* pueden ser una ayuda importante en esta pastoral familiar y en el crecimiento y consistencia interior y apostólica de las comunidades parroquiales.

4. LOS JÓVENES.

En cualquier reunión de sacerdotes o de fieles cristianos comprometidos en la vida y misión de la Iglesia, surge siempre el mismo malestar y la misma pregunta. *¿Por qué los jóvenes se alejan de la Iglesia al terminar el proceso de iniciación cristiana?*, ¿qué podemos hacer para que niños y jóvenes descubran, estimen y vivan con seriedad y alegría la vida cristiana?

¹¹¹ Cf. Mons. R. BERZOSA, *La parroquia en la cibercultura. Retos y posibilidades* en Signo 11(2006)

Es necesario centrar el problema de los jóvenes ante la fe, pergeñar una pastoral juvenil renovada donde los personalismos cedan su lugar a un diálogo abierto y también a intercambios de las experiencias que se están desarrollando en otras diócesis y grupos de animación juvenil. Practiquemos una pastoral juvenil más acogedora y profética. Propongámosles la plena vigencia del Evangelio como “una propuesta extraordinaria” para ellos, donde se destaque la *centralidad del anuncio del Dios de Jesús de Nazaret*, dejando para más adelante cuestiones secundarias que hoy son objeto de polémica.

Es muy importante que a los jóvenes no sólo les quede la opción de las discotecas; hay que *ofrecerles compromisos* en los que vean que son necesarios, que pueden hacer algo bueno. Al sentir este impulso de hacer algo bueno por la humanidad, por alguien, por un grupo, los jóvenes sienten un estímulo a comprometerse y encuentran también la “pista” positiva de un compromiso, de una ética cristiana.

Otra experiencia son los *grupos de oración*, donde aprenden a escuchar la palabra de Dios, a comprender la palabra de Dios, precisamente en su contexto juvenil, a entrar en contacto con Dios.

Los jóvenes piden a la Iglesia que ponga el acento en el anuncio del Dios de Jesucristo más que en el cumplimiento de normas que no entienden. Buscan una Iglesia que avance, sin perder su identidad y sin prepotencia, hacia el diálogo con otras religiones; una Iglesia que invite a las mujeres a participar en ella con el mismo rango que los hombres; una Iglesia que participe en el diálogo con la cultura; una Iglesia más de los ‘sies’ que de los ‘noes’, como reclama Benedicto XVI.

Los jóvenes de hoy ya no se limitan a reproducir los modelos religiosos de sus padres y profesores, por lo que no podemos pensar en una transmisión de la fe en forma de herencia y seguramente hemos de trabajar en ofrecer y presentar el cristianismo como forma de vida centrada en la experiencia de la fe.

No insistamos en el mantenimiento de las prácticas, la obediencia a las normas y la pertenencia pasiva a la institución; *suscitemos el encuentro personal con Jesucristo* que oriente hacia comunidades vivas de auténticos testigos de la fe. Aprovechemos el momento propicio que estamos viviendo. Los jóvenes comienzan a darse cuenta de que ni en el botellón ni en la fiesta permanente pueden dar un sentido a sus vidas. La Iglesia puede facilitarles, sin actitudes paternalistas, el acceso al Evangelio para que los jóvenes se encuentren con Dios y con ellos mismos. Olvidemos una pastoral centrada en que no se marchen de la Iglesia y favorezcamos una experiencia real de encuentro con Jesús. Dejemos de transitar caminos atascados que no llevan a ninguna parte. Inten-

temos, juntamente con ellos, descubrir nuevos caminos, desde nuevas mentalidades, nuevos enfoques, nuevos valores... porque nos encontramos con nuevos jóvenes. Hoy día, nuestro lenguaje eclesial no se entiende, muchos gestos y tradiciones hay que redescubrirlas y traducirlas, y eso implica adaptarnos a un nuevo lenguaje y a una nueva mentalidad.

Hay más dificultad en nuestra casa, en la Iglesia, que en los jóvenes, que andan buscando siempre un proyecto de realización de su vida y nosotros no acabamos de dárselo porque no les ofrecemos de una forma más clara, más nítida y más transparente el Evangelio de Jesús.

Os propongo tres objetivos precisos para impulsar la evangelización de los jóvenes: 1) Concentrar los esfuerzos en *una llamada clara y explícita a la conversión a Jesucristo*: en algún momento han de tomar los jóvenes la decisión fundamental que oriente su vida en una dirección cristiana o no. 2) Introducir de manera más efectiva la *experiencia religiosa* (oración, escucha de la Palabra, testimonio de otros creyentes, Eucaristía, interiorización del Padre nuestro): al joven posmoderno no se le evangeliza sólo con una proposición de verdades cristianas. 3) *Iniciarlos en la Eucaristía* de la comunidad y facilitarles su participación en la celebración cristiana del domingo: sin una vinculación a la comunidad cristiana, su fe no logrará enraizarse.

5. LAS UNIDADES DE ATENCIÓN PASTORAL.

Afrontemos los tiempos que se nos echan encima. Preparémonos y preparemos a nuestros fieles. No podemos atenderles como hasta ahora, pero nadie ha dicho que no podamos atenderles mejor. Seguramente habremos de constituir nuevas *Unidades de atención pastoral* con pequeños Equipos apostólicos integrados por sacerdotes, seglares y religiosos/as si fuera posible. Que oren juntos. Que traten de poner en práctica un pequeño proyecto pastoral donde se repartan las actividades, las responsabilidades y las especialidades. Quizá hemos de descargar un poquito el trabajo de sábados y domingos para repartirlo mejor los restantes días de la semana. ¿No sería posible pasar sin prisas por aquellas parroquias donde no residimos para visitar a los enfermos y personas mayores, para dar catequesis a los adultos y a los niños si los hay?

Termino con esta oración que me presta S. Hipólito: "Te damos gracias a ti, Dios, por medio de tu siervo amado Jesucristo a quien has enviado en los últimos tiempos como salvador y redentor y mensajero de tu voluntad, el Logos divino inseparable de ti, por el que lo has hecho todo y en quien has encontrado tus complacencias.

Tú le has enviado desde el cielo al seno de una virgen, y llevado en el vientre tomó carne y mostró ser Hijo tuyo por su nacimiento del Espíritu Santo y de la Virgen. Cumpliendo tu voluntad y preparándote un pueblo santo, extendió las manos, pues él padeció para liberar de sufrimientos a los que confían en ti. Asumió voluntariamente la pasión para suprimir la muerte... y anunciar la resurrección....

Recordando, pues, su muerte y resurrección, te ofrecemos el pan y el cáliz, te damos gracias porque nos ha hecho signos de estar en tu presencia y servirte sacerdotalmente. Te rogamos que envíes tu santo Espíritu sobre estas ofrendas de la santa Iglesia”¹¹²

+Manuel Sánchez Monge,

Obispo de Mondoñedo-Ferrol

1 de marzo de 2006, Fiesta de San Rosendo

¹¹² S. HIPÓLITO, *Traditio apostolica*, 4.

ÍNDICE

I. MIL CEN ANOS DO NACEMENTO DE SAN ROSENDO	77
II. A IGREXA PARTICULAR OU DIOCESE	82
1. A dimensión eclesial da fe	82
2. A Igrexa, gran familia dos fillos de Deus	84
3. A Igrexa diocesana, fogar de comunión e misión	87
3.1.A Igrexa misterio	87
3.2. A Igrexa, fogar de comunión.....	89
3.3. A Igrexa, fogar de misión.....	92
4. A Igrexa particular é a Igrexa enteira, pero non toda a Igrexa	93
5. Relación entre Igrexa universal e as igrexas particulares	97
III. O MINISTERIO DO BISPO NA DIOCESE	100
1. Claves para comprender o ministerio episcopal.....	101
1.1. O bispo e a comunidade eclesial.....	101
1.2. O bispo, sucesor dos Apóstolos	103
1.3. O bispo, vicario de Cristo	104
1.4. O bispo na súa diocese	105
2. As funcións do bispo	106
2.1. Mestre	107
2.2. Sacerdote	108
2.3. Pastor	110

3. O servizo do bispo aos sacerdotes, consagrados e segrares.....	113
3.1. O servizo do bispo aos sacerdotes	113
3.2. O servizo do bispo aos consagrados.....	115
3.2.1. Un tempo de dificultades para os consagrados.....	115
3.2.2. As dificultades, un tempo de graza	116
3.3. O servizo do bispo aos segrares.....	118
4. A corresponsabilidade nunha Igrexa sinodal.....	121
IV. A PARROQUIA, UNHA CASA DE FAMILIA FRATERNA E ACOLLEDORA	123
1. A parroquia, familia de familias cristiás	123
2. Trazos característicos da parroquia	126
3. Parroquia e diocese	127
4. O cura párroco.....	129
V. A MODO DE CONCLUSIÓN. SUXESTIÓNS PARA A RENOVACIÓN DA NOSA DIOCESE E DAS NOSAS PARROQUIAS	130
1. Marco xeral: unha pastoral evanxelizadora.....	130
2. Intensificar a transmisión da fe.....	135
3. Potenciar a atención pastoral ás familias.....	136
4. Os mozos	136
5. As unidades de atención pastoral.....	138

A DIOCESE, FAMILIA GRANDE E ACOLLEDORA

CARTA PASTORAL DO BISPO DE MONDOÑEDO-FERROL

CO GALLO DO ANO XUBILAR DE SAN ROSENDO

“Alegreime tamén -escribe o Bispo mártir S. Policarpo aos filipenses- ao ver como a raíz vigorosa da vosa fe, celebrada desde tempos antigos, persevera ata o día de hoxe e produce abundantes froitos no noso Señor Xesucristo [...] Non o vedes, e credes nel cun gozo inefable e transfigurado”¹.

Desde o gozo de contemplar como a fe cristiá sementada copiosamente por San Rosendo nas nosas terras perdura ata o día de hoxe chea de froitos, escribo esta Carta Pastoral, a segunda do meu ministerio episcopal entre vós. Miremos de novo as raíces da nosa fe e procuremos que estean vigorosas precisamente nestes momentos en que non podemos conformarnos cunha fe débil e vacilante. O Bispo patrono da nosa diocese mindoniense-ferrolá botaranos unha man. Estamos seguros.

I. MIL CEN ANOS DO NACEMENTO DE SAN ROSENDO

O 26 de novembro do ano 2007 conmemoraránse os 1100 anos do nacemento do bispo San Rosendo, patrono da nosa Diocese. A nosa fe ten fondas raíces, como vemos. Agora ben, cando pasaron once séculos, nos comezos do Terceiro Milenio, esta conmemoración pode e debe ser unha preciosa oportunidade para renovar e vigorizar a fe que se afianzou nestas terras do noroeste ibérico, grazas ao traballo apostólico de San Rosendo e, máis tarde, coa súa especial protección.

A Diocese mindoniense remóntase aos primeiros séculos alto-medievais, probablemente ao século VI. Menciónase o seu nome nas actas dun concilio celebrado en Lugo no ano 569, aínda que entón os seus bispos residían en Bretoña. “*La invasión de los sarracenos en España pasó tan adelante por Galicia, que llegó hasta Britonia y la destruyó*”, segundo escribiu o P. Flórez no tomo XVIII de “*España Sagrada*”. Os fuxidos refuxiáronse en Asturias ata que, cara ao 870, o rei Alfonso III decidiu o seu establecemento en “*vila Mindoniense*”, onde lles doa un territorio xurisdiccional. Trátase de San Martiño de Mondoñedo que foi a capital diocesana ata 1112 en que se trasladou ao val de Brea ou Vallibria, hoxe a cidade de Mondoñedo, onde, con breves inte-

¹- S. POLICARPO, Comezo da carta de San Policarpo, bispo e mártir, ós filipenses, Liturgia de las Horas vol. III páxina 240

rrupcións, permaneceu ata que o nove de marzo de 1959 o Papa Xoán XXIII decidiu que a capitalidade da antiga sé fose compartida coa cidade departamental de Ferrol.

Entre os bispos que rexeron a diocese mindoniense con anterioridade ao ano 1000 destaca san Rosendo, que estivo á fronte dela entre os anos 925 e 948, data na que renunciou á mitra para retirarse ao mosteiro que fundara en Celanova, diocese de Ourense.

Naceu Rosendo o 26 de novembro do 907 preto de de Santo Tirso, nas inmediacións da cidade portuguesa de Porto. Foi bispo de San Martiño de Mondoñedo (Foz) e Iria (orixe da actual Santiago de Compostela) e promotor da fundación de numerosos mosteiros por todo o territorio do Noroeste peninsular, sendo a súa fundación emblemática o mosteiro de Celanova onde finaría o 1 de marzo do 977. Esta abadía foi centro de referencia para máis de cincuenta mosteiros e prioratos de toda España.

A familia de San Rosendo pertencía á nobreza do seu tempo e estivo emparentada cos Reis de León. A beata Ilduara, súa nai, influíu poderosamente na vida do seu fillo. O seu pai foi o conde Gutierre Menéndez, un dos máis acreditados nobres da corte de Alfonso o Magnánimo, guerreiro intrépido, acertado político e benfeitor da Igrexa por moitos motivos. Rosendo foi o segundo fillo deste matrimonio.

Logo duns anos na casa dos seus pais, foi enviado a Mondoñedo, onde era bispo o seu tío avó Sabarico II, para ser educado no mosteiro de San Martiño de Mondoñedo, famoso centro de cultura e espiritualidade naquel momento que recollera a tradición monástico-cultural de Dumio, próximo a Braga. Aprendeu latín e relixión. E tratou con clérigos e cortesáns. Alí apareceu a súa vocación monacal.

¿Como era San Rosendo? ¿Cal era a súa personalidade humana? Chamoume poderosamente a atención que os seus biógrafos, sen poñerse de acordo, destacan o equilibrio nas súas virtudes humanas e cristiás: “Era grave sin dureza, alegre y risueño sin liviandad, modesto y casto, pudoroso y recogido. Era, además, para con los pobres dadivoso, para con los amigos magnífico, para con Dios generoso, para con todos caritativo... Díóse con afán y gula a la lectura de vidas de los primeros Padres y obras ascéticas y contemplativas y así logró ir poco a poco alimentando y robusteciendo su gigante espíritu...”² Pola súa banda o P. Flórez descríbelle así: “Sus palabras eran dulces y eficaces. La modestia, llena de gravedad sin displicencia; alegre, sin liviandad; agradable

². A. LÓPEZ Y CARBALLEIRA, *Biografía de San Rosendo*, Mondoñedo 1907, 87

en el rostro; mediano en la estatura... Sobresalió tanto en las virtudes desde a súa adolescencia, que corría su fama por toda España”³.

A súa verdadeira inclinación era o claustro e Deus permitiu que algunhas tempadas da súa vida gozase del, pero dispuxo que servise á causa de Deus como bispo e tamén como encargado dos asuntos temporais, ata políticos, dunha ampla zona de Galicia. Tal era a condición dos bispos de entón. No mosteiro a súa inclinación era a vivir como simple monxe, dedicado ao cumprimento da Regra no traballo e a oración. Pero Deus quíxoo abade do mosteiro que el mesmo fundara para que resplandecese como verdadeiro pai dos monxes e da xente que vivía ao redor do mosteiro.

Foi elixido polo clero e polo pobo bispo-abade do que hoxe coñecemos por San Martiño de Mondoñedo aos 18 anos (a. 924). Velaquí a referencia histórica: “Entre tanto la sede de Dumio quedó privada de pastor. En ella con aplauso del pueblo y entonando todo el clero las alabanzas de Dios, por cuya voluntad y revelación sucedía, con la anuencia de Ordoño, hijo del rey Ramiro, y de todos los caballeros, fue ordenado obispo Rosendo a los 18 años de edad, no por sú voluntad sino obligado”⁴.

Da súa acción pastoral como bispo de Mondoñedo dise: “En el tiempo en que ocupó esta sede (Mondoñedo) nadie podría describir suficientemente, en razón de lo mucho que hizo, cuanto engrandeció a su Iglesia, cuan honestamente trató al clero, con tanta diligencia restauró los lugares de culto, con cuanta preocupación ayudó con los beneficios de su propia herencia a viudas y huérfanos, a los que venían instalarse en aquella comarca y a los extraños que pasaban por allí. Era su rostro angelical, y su palabra como la miel por la dulzura da súa pronunciación”⁵.

Entre os mosteiros que reconstruíu ou axudou a reconstruír están o de Santa Mariña, preto de Porto Marín; o de Santa María de Loio; o de Caaveiro; o de Carboeiro; o de Samos; o de Louredo, xunto ao Miño; o de Sorga e outros.

Foi tamén celebrada a súa tarefa de compoñer discordias tan frecuentes daquela entre as familias da nobreza, aparecendo sempre como un anxo de paz. Como o seu corazón estaba no claustro, alí escapábase cando podía. Foi nun deses momentos onde tivo a inspiración de crear un novo mosteiro no

³. P. FLÓREZ, *España Sagrada*, tomo XVIII, 78

⁴. M. DÍAZ Y DÍAZ, *Ordoño de Celanova: Vida y Milagros de S. Rosendo*, Fundación Pedro Barrié de la Maza, A Coruña 1990, 1227-129.

⁵. M. DÍAZ Y DÍAZ, Op. cit., 129

lugar de Villar, o mosteiro hoxe coñecido por San Salvador de Celanova e nel puxo como abade a todo un santo: o abade Franquila. O 26 de setembro do 942 foi consagrado e no ano 944 retirouse ao mosteiro que el fundara. Celanova, superando as formas do monacato de San Frutuoso e dos mosteiros familiares e dúplices que empobrecían o panorama espiritual de Galicia, representa unha concepción nova e aristocrática da vida monástica en sentido litúrxico, espiritual e social do monacato.

San Rosendo foi un crente que non se centrou na teoría e nas normas, senón nunha profunda experiencia de Deus que o capacitou e sensibilizou para atopar a Deus, para captar a súa linguaxe, para sentir a súa presenza nos acontecementos de cada día: nas igrexas e mosteiros que restaurou, na atención pastoral aos seus sacerdotes, no coidado material dos pobres, na liberación dos escravos, na pacificación dos nobres do seu tempo, etc...

Hoxe en día é preciso que cada cristián teña unha experiencia persoal de Deus. Experiencia que desborde a pura teoría sobre Deus e que lle outorgue á fe unha forza vital capaz de vencer a increencia ambiental, a sensación de 'tolemia' ao apostar polos pobres e débiles do mundo, que son a mellor e a maior gloria de Deus.

Se desvinculamos a Deus da nosa vida cotiá, quedarémonos sen Deus, e só se o descubrimos, se lle falamos, se o amamos nos feitos cotiáns, podemos ser verdadeiros crentes. Trátase, pois, dunha mística que desde o corazón de Deus nos devolva ao mundo, para que percibamos nel o latexo do corazón misericordioso do Pai.

O ano 955 chégalle unha tarefa totalmente allea aos seus desexos e expectativas: o rei Ordoño III encárgalle o goberno da provincia con plena autoridade para decidir nos asuntos públicos. O encargo non lle veu en forma de rogo, senón de real orde tallante, á que non se podía negar. Con sacrificio acepta e pon mans á obra. Mandou con xustiza, refreou os abusos e trouxo paz á comunidade que gobernou. Pero non puido evitar a guerra aberta primeiro contra os mouros e logo contra os normandos.

Morto San Franquila, cara ao 960, os monxes de Celanova elixírono abade por unanimidade, tarefa que tratou de cumprir con total entrega para proveito dos monxes que lle foron encomendados.

Foi chamado a administrar a diocese de Compostela durante a prisión do seu prelado. En efecto, Sisnando, o bispo compostelano, foi encadeado por orde real. Rosendo aceptou desempeñar as funcións do que hoxe chamariamos Administrador Apostólico da diocese durante a prisión do bispo para que

a sé non estivese vacante. Pero cando se arranxou a situación, San Rosendo retirouse mansamente ao seu amado mosteiro de Celanova. Isto sucedeu o ano 967 aproximadamente.

A súa madurez espiritual brillou dun xeito especial á hora da súa morte. Previuna e o 17 de xaneiro do ano 977 vestiuse con hábito de penitencia para preparar o seu tránsito deste mundo ao Pai. Coñecida a enfermidade acudiron a visitalo bispos e abades, en cuxa presenza recibiu os auxilios espirituais, edificando a todos co seu fervor e paciencia ante a enfermidade. Deu sabios consellos aos monxes, aos que confiou á providencia de Deus e deixou un testamento que reflicte a pureza da súa alma, o seu amor á Igrexa e á orde, así como os máis nobres sentimentos de quen confía que coa morte pasa ao encontro do Señor. Finou o 1 de marzo do 977, á hora de completas, sen cumprir os 70 anos de idade. O seu corpo foi enterrado na capela de San Pedro en Celanova, que posteriormente foi dedicada a San Xoán.

Douscentos anos despois da morte de San Rosendo, o cardeal Xacinto Bobo, legado pontificio en España (1195), para compoñer as desavenencias entre Afonso VIII de Castela e o seu tío Fernando II de León, visitou o mosteiro de Celanova, atraído pola sonda de milagres de San Rosendo. Determinou exhumar o corpo do santo e colocalo solemnemente noutra capela, permitindo expresamente en nome do Papa que se lle tributasen os honores de santo: "Cremos que debe ser inscrito indubidablemente no catálogo dos santos e que contempla o rostro de Xesús xunto aos demais elixidos". Posteriormente cando chegou a Papa co nome de Celestino III (1191-1198), procedeu a canoizar formalmente a San Rosendo mediante unha bula apostólica expedida o ano 1195.⁶

Desde fai aproximadamente 1500 anos, a fe cristiá véñse sementando nas terras que configuran a nosa Igrexa de Mondoñedo-Ferrol. Se queremos unha fe madura e con froitos abundantes temos que asegurar a vitalidade das nosas raíces cristiás. En tempos de fe debilitada como os nosos temos que ir ás raíces en busca de novo zume e novo vigor. Pero non podemos conformarnos con acoller o agasallo da fe que nos vén de moi lonxe, a adhesión persoal e entusiasta a Xesucristo ten que suscitar en nós o desexo de impulsar coas nosas vidas a "nova evanxelización", á que nos invitou o noso querido Papa Xoán Paulo II, de feliz recordo para todos, e en cuxa andadura está empeñado con

⁶- Ambas Bulas atopounas o P. Antonio García e García OFM, Profesor de Historia do Dereito na Universidade Pontificia de Salamanca, na Biblioteca da Spanyol Society of América. Para todo este tema pode verse S.L. PÉREZ LÓPEZ, *San Rosendo e Mondoñedo. Razóns dun centenario (907-2007)*; R. YZQUIERDO PERRÍN, *San Martín de Mondoñedo: historia, arte y devoción popular*; Mons. M. A. ARAUJO IGLESIAS, *San Rosendo ,bispo e fundador, Celanova (Ourense) 2002*.

novo impulso Benedicto XVI, Servo dos servos de Deus. Descoñecemos a data exacta en que S. Rosendo foi declarado patrono da nosa diocese, pero xa desde a baixa Idade Media temos constancia de tal patronazgo e do oficio litúrxico propio celebrado na Catedral mindoniense.

Contemplan a persoa de San Rosendo é contemplar a figura dun Bispo que promove a santidad e desempeña o ministerio evanxelizador superando as dificultades e inconvenientes que atopou no seu camiño. Preocupado pola vida do pobo, desempeñou un papel relevante como Pastor da nosa Igrexa, que lle gañou merecidamente títulos como pai dos pobres, defensor de Galicia, bo organizador das estruturas eclesiásticas, promotor de vocacións e do apostolado, anxo da paz.

A contemplación da vida e do ministerio de San Rosendo, obra grande e marabillosa de Deus, impúlsanos a responder coa maior fidelidade posible ao amor de Deus comprometidos na tarefa evanxelizadora. Co salmista preguntémonos: “Como pagarei ao Señor todo o ben que me fixo” (Sal. 114, 2). Sen dúbida, o mellor modo será animarnos a medrar en santidad e compromiso cristián e social.

II. A IGREXA PARTICULAR OU DIOCESE

1. A DIMENSIÓN ECLESIAL DA FE

“O que cre non está só” repetiu o Papa Benedicto XVI na viaxe á súa terra natal. A fe cristiá non é algo puramente espiritual e interior, e a nosa relación con Cristo non é só subxectiva e privada. O cristián non vive a súa fe illado, senón formando parte dunha comunidade de discípulos de Xesús. Así nacen as parroquias, así xorden as diocese e así se configura a Igrexa universal. Xunto cos seus irmáns profesa a mesma fe, celebra os mesmos sacramentos, recoñece a Xesucristo como único Señor, permanece á escoita do mesmo Espírito, exercita a fe que actúa no amor coa súa proximidade aos pequenos e aos débiles e acepta ao Papa, aos bispos e aos presbíteros como os seus lexítimos pastores... Unha comunidade eclesial pechada en si mesma –non o esquezamos– axiña se convertería en seita.

A fe cristiá ten necesariamente unha dimensión eclesial. A comunidade cristiá non é un medio externo á fe, senón que colabora con Deus no nacer e madurar dos crentes. É a primeira destinataria desa vida de fe. A comunidade cristiá esperta a fe dos seus membros porque ela mesma foi gañada para a fe. Ela é non só *obxecto* da nosa fe senón *suxeito* desta fe. A fe de cada un é unha chama que se acende na fogueira da fe da comunidade. Crer é un acto perso-

al e libre, pero non individualista. En cada crente a mesma fe común ten acentos e resonancias particulares, pero non é algo totalmente autónomo e subxectivo. Cando creemos, unímonos a unha comunidade que profesa a fe que precede á de cada un. Por iso podemos dicir lexitimamente: 'creo' e 'cremos'. Aceptamos a fe da comunidade de tal xeito que, por esta aceptación, a nosa fe non expresa só convicións individuais, senón compartidas; non recolle opinións persoais, senón persuasións comúns. A fe eclesial é anterior, máis grande e máis rica que a propia de cada un. Ninguén vive toda a fe nin todo o Evanxeo. Na comunidade da Igrexa cada un aporta a súa propia vivencia e enriquecese coa dos demais. A fe da Igrexa, enriquecida por aqueles acentos que en cada un suscita o Espírito baixo a guía do Magisterio, é a norma da fe persoal. A miña fe, necesariamente fragmentaria e tentada de deformación, complétase, contrástase e reequilibrase na fe da comunidade cristiá.

“Creer desde aa Iglesia y con Iglesia -recorda W. Kasper- no significa adoptar una posición ideológica fija ni un triunfalismo eclesial; significa más bien, recorrer desde la Iglesia y con la Iglesia el camino de una incesante conversión y de una escucha siempre nueva de la palabra de Dios. No sólo la fe del individuo es camino; también la fe de la Iglesia es un camino y un proceso, que frecuentemente pasa por interrogantes, crisis y sacudidas”⁷

Ao longo deste camiño persoal e eclesial é necesario ter moi en conta a recomendación de San Xoán Crisóstomo: “Non te separes da Igrexa. Ningunha potencia ten a súa forza. A túa esperanza é a Igrexa. A túa salvación é a Igrexa. O teu refuxio é a Igrexa. É máis alta que o ceo e máis grande que a terra. Non envellece xamais: a súa mocidade é eterna”.⁸

Amar á Igrexa e sentir coa Igrexa convértese en signo de que nos tomamos a fe en serio. E, por outra banda, ambas actitudes resultan a mellor autenticación dela. Non só pertencemos á Igrexa, senón que temos que saber ser Igrexa, sendo capaces de amar afectiva e efectivamente á Esposa de Cristo (Cf. Ef. 5,21-33). Recordo unhas fermosas palabras de Pablo VI a este propósito: “Cada uno debe sentirse feliz de pertenecer a la propia diócesis, cada uno puede decir de la Iglesia propia local: aquí Cristo me ha esperado y me ha amado, aquí lo he encontrado y aquí pertenezco a su Cuerpo Místico. Aquí me encuentro dentro de la unidad”.⁹ A Igrexa diocesana é o punto efectivo onde o home atopa a Cristo e onde se lle abren as portas ao plan concreto de salvación.

⁷- W. KASPER, *La fe que excede todo conocimiento*, Sal Terrae 1988, 118

⁸- S. JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía De capto Eutripio* c. 6: PG 52, 402

⁹- PABLO VI, *La Eucaristía, vínculo de unión y centro d la Iglesia local y universal: Ecclesia* 32 (1972/2) 1401.

O camiño da nosa inserción na Igrexa universal percórrese na Igrexa particular, que é o espazo histórico no que unha vocación se expresa realmente e realiza a súa tarefa apostólica: "La Iglesia universal se realiza de hecho en todas y cada una de las iglesias particulares que viven en la comunidad apostólica e católica".¹⁰ "Toda comunidade local -engadía Xoán Paulo II- reunida en torno ao seu bispo, é verdadeira e plenamente Igrexa. Esta conciencia fíxose tan forte despois do Concilio Vaticano II, que hoxe podemos dicir, cunha formulación grávida de consecuencias, que é nas igrexas particulares e das igrexas particulares, é dicir, nas e das dióceses, que subsiste a soa e única Igrexa católica"¹¹.

Fai non moitos anos ao falar de diocese apuntábase fundamentalmente a unha organización e a un entramado institucional e burocrático. Por iso a diocese parecía algo distinto dos suxeitos que a formaban. A diocese era vista como unha parte da Igrexa Católica, non como un suxeito colectivo portador de eclesialidade e protagonista do seu destino. Temos que superar a inercia e a rutina para comprender a diocese sobre todo como comunidade eclesial.

Íntimamente vencellada con esta sensación atópase a tendencia a abdicar da propia responsabilidade confiándoa a unha 'Igrexa universal' nalgúns casos identificada coa igrexa de Roma, que sería a autenticamente responsable do destino da misión e do misterio de Deus. Cada diocese concreta non faría outra cousa que acoller sen máis as suxestións e indicacións da Igrexa universal. Isto supón que non se descubriu -nin moito menos se fixo vida- a experiencia de que a Igrexa de Cristo existe en e desde as igrexas particulares. En cada comunidade de fieis, por pobre e humilde que sexa, está presente e maniféstase, actúa e realízase a única Igrexa de Cristo, e a Igrexa universal non é senón o corpo ou a comuñón das igrexas locais.

2. A IGREXA, GRAN FAMILIA DOS FILLOS DE DEUS.

Ao crer atravesamos o limiar que nos introduce na familia de Deus podendo comunicarnos con El como fillos e, ao mesmo tempo, vivindo na fraternidade dos cristiáns. Crer en Deus Pai do noso Señor Xesucristo e formar parte da Igrexa, presente en cada diocese, coinciden. Ser cristián equivale a ser fillo e irmán.

Por todo isto non é estrano que se comparase á Igrexa coa familia, desde o principio do cristianismo¹². A comunidade eclesial -repite- é a familia dos

¹⁰- CEE, *Testigos del Dios vivo*, 41

¹¹- XOAN PAULO II, *La Chiesa nella dimensione universale e locale*. Homilía en Lugano (Suiza), 21.06.1984.

¹²- Sobre as diferentes imaxes da Igrexa, a partir do Concilio Vaticano II, Cfr. E. BUENO DE LA FUENTE, *Panorama de la eclesiología actual*: Burguense 47/1 (2006) 35-69

fillos de Deus Pai reunida en Xesucristo (cf. Xn 11,52), o noso irmán maior (Cf. Rom 8,29; Heb 3,6; 10, 21) pola forza do Espírito. A Igrexa é a nosa Nai (cf. Gál 4,26; 1 Tes 2,7). Dentro desta familia todos somos irmáns (cf. Mt 23,8-12, 1-21; 1 Cor 12-13) e a lei que rexe nela é o amor e a unidade (cf. Gál 6,10). San Paulo recórdanos permanentemente “xa non sodes estranos nin forasteros, senón cidadáns do pobo de Deus e membros da súa familia” (cf. Ef 2,19).

A Igrexa non é só nin principalmente unha institución á que se pertence, senón un fogar no que se vive. E seguramente teremos que introducir algúns cambios importantes para que se perciba como unha fraternidade en Cristo. Cando se describe a comunidade cristiá como unha nova familia non se trata simplemente dunha metáfora; en ocasións vólvese literalmente certo cando os membros da Igrexa se preocupan daqueles que romperon coas súas familias naturais precisamente por converterse ao cristianismo.

Cando se fala da Igrexa como familia quérese destacar que nela vívense a fraternidade, a solidariedade, a gratuidade, a comunión, a paz, ter un destino común. A fraternidade eclesial é unha fraternidade que non se funda nos lazos do clan e da tribo, senón que é froito da invitación dirixida á humanidade cando se lle anuncia o evanxeo para que participe da vida mesma da Trindade. Utilízanse ás veces expresións como *gran familia* para indicar que a familia eclesial rompe os horizontes estreitos da familia humana. O concepto de familia expresa por medio dunha imaxe concreta, a profunda noción eclesiolóxica de comunión: unha comunidade diversificada en funcións e persoas.

Á Igrexa chámasele *familia de Deus* entre os homes porque ten as súas raíces e a súa meta na familia trinitaria. Por iso tamén se di que Deus constrúe a súa familia sobre a terra. Cristo veu para facer do mundo enteiro unha familia á imaxe da Trindade. A Boa Noticia é que somos a familia de Deus. Un mesmo sangue, o de Cristo, circula polas nosas arterias e un mesmo espírito anímanos, o Espírito Santo, suprema fecundidade do amor de Deus.

A familia recórdalle á Igrexa que pode e debe asumir unha dimensión máis familiar, é dicir, adoptar un estilo de relacións máis humano e fraterno¹³, onde cada un conte por si mesmo, polo que é e non polo que ten ou a utilidade que reporta¹⁴.

¹³- Cf. XOÁN PAULO II, FC. 64

¹⁴- Noutra ocasión usou Xoán Paulo II esta fórmula máis condensada: “A Igrexa, familia de familias” (JUAN PABLO II, Audiencia a las familias del Camino Neocatecumenal: Ecclesia 2.724 (18.02.1995) 32

A familia que Xesús instaurou na terra é unha familia inclusiva, onde se fai posible a mesa compartida. Xa non separan as barreiras como a raza, a relixión, a ética, a clase social ou a situación económica. Os roles familiares tradicionais suprímense ou relativízanse. A familia cristiá é unha familia onde os nenos son importantes (Lc 18,15-17) e onde Deus, o Pai de Xesús, non se parece ao paterfamilias xudeu, senón que sente, preocúpase e emociónase porque ten entrañas de misericordia.

A nosa sociedade é actualmente con moita frecuencia inhóspita para os cristiáns; achámonos como nun ambiente estraño e case hostil. Nesta situación comprendemos e apreciamos mellor o don da fraternidade cristiá e a familia da fe. Viñemos á fe por medio doutros, vivimos a fe en familia, estamos chamados a transmitir a outros a fe e acompañalos no seu crecemento e maduración. Pablo VI dixo o 4 de maio de 1970 ante os Equipos da Nosa Señora comentando ese número 11 da *Lumen Gentium*: "En nuestros tiempos, tan duros para muchos, realmente es una gracia ser acogido en esta 'pequeña iglesia', según la expresión de San Juan Crisóstomo, que es la familia, entrar en su ternura, descubrir su maternidad, experimentar su misericordia, pues es evidente realidad que *un hogar cristiano es el rostro sonriente y dulce de la Iglesia*"¹⁵. Os cristiáns debemos estar atentos para achegarnos ás persoas cando sofren, non só enfermidades e outros problemas de tipo social, senón tamén porque padecen crise, incertezas e escuridade na fe.

Facer da diocese unha familia significa favorecer a participación de todos. Entre todos como pedras vivas (cf. 1 Ped 2,4 ss.), coa forza do Espírito Santo, o único arquitecto, imos construíndo a casa de Deus (cf. 1 Tim 3,15; Heb 3,6). Nesta edificación todos somos necesarios e ninguén é imprescindible. Colaboramos para facer da nosa diocese unha Igrexa vigorosa na fe, cando escoitamos verdadeiramente a Palabra de Deus, cando oramos e, sobre todo, cando participamos na Eucaristía dominical. Igualmente cando colaboramos para que a nosa Igrexa transmita a fe aos nenos, adolescentes e novos; cando somos unha Igrexa acollidora dos inmigrantes, hospitalaria cos que non teñen fogar, próxima aos pobres e marxinados; unha Igrexa pacificada e socialmente pacificadora, unha Igrexa con abundantes vocacións ao sacerdocio e á vida consagrada. Pidamos a Deus que robusteza a nosa unidade interior e a nosa comunión coa Igrexa universal presidida polo Papa, bispo de Roma e sucesor de Pedro. ¡Que o Señor Xesús acrecente a nosa vitalidade cristiá para que aumente a nosa capacidade evanxelizadora!

¹⁵- PABLO VI, *La familia, escuela de santidad*: inseq. di Paolo VI VIII (1970) 424-435 aquí 431

3. A IGREXA DIOCESANA, FOGAR DE COMUNIÓN E MISIÓN.

3.1 A Igrexa misterio

O designio de Deus sobre os homes non é de condenación, senón de salvación. Ao longo da historia da humanidade, Deus saíu ao encontro do ser humano para mostrarlle o seu rostro e para facelo partícipe da súa vida divina (DV 1). Esta vontade salvífica de Deus manifestouse plenamente no seu Fillo e exerce o seu dinamismo coa forza do Espírito ordinariamente por medio da Igrexa (LG 2-5). A comunidade eclesial non fai senón perpetuar ao longo do tempo os tres mandatos fundamentais que recibiu de Jesús: "Ide e evangelizade", "Face de isto en memoria miña" e "Amádevos os uns aos outros".

A Igrexa non pode ser comprendida en profundidade máis que dentro do misterio trinitario que ela anuncia, celebra e testemuña no medio do mundo. Nos Pais da Igrexa atopamos expresións como estas: a Igrexa é 'sagrario da Trindade', segundo San Ambrosio¹⁶. "Onde están os tres, o Pai, o Fillo e o Espírito Santo, alí está a Igrexa, que é o corpo dos tres", afirma Tertuliano¹⁷. A clave para comprender a mensaxe sobre a Igrexa do Concilio Vaticano II e que permite superar comprensións reducidas de diverso tipo, consiste nunha lectura trinitaria do misterio da Igrexa, "pobo reunido pola unidade do Pai, do Fillo e do Espírito Santo"¹⁸.

Para quen a contempla con ollos puramente humanos a Igrexa -explicou no seu momento Henri de Lubac- non pasa de ser un paradoxo; para quen a contempla con ollos de fe, a Igrexa é un misterio que se pode saborear: "La Iglesia es humana y divina; se nos da desde arriba y procede de abajo... La Iglesia se vuelve hacia el pasado reconociéndose en el recuerdo de todo aquello que ella misma sabe que contiene y que jamás podrá pasar, pero al mismo tiempo abre sus brazos al porvenir, exaltándose en la esperanza de una consumación inefable que ningún signo sensible es capaz de dejar entrever. Destinada, en su forma presente, a desaparecer por completo, como 'la figura de este mundo', también está destinada a permanecer para sempre en la medida de su propia esencia, a partir del día en que ella se manifieste tal cual es. Múltiple y multiforme, es, sin embargo, una con la unidad más activa y esigente. Es un pueblo, es una inmensa turba anónima, y sin embargo... es el ser más personal. Católica, esto es universal, quiere que sus miembros se abran a todos, y

¹⁶- S. AMBROSIO, *Exameron* 3,5: PL 14,162-165: Noutra ocasión di que a Igrexa "non pode naufragar, porque do seu mástil pende Cristo, a popa está o Pai e a proa vixila o Espírito Santo (*Sermón* 46: Pl 17,697)

¹⁷- TERTULIANO, De bautismo, 6: Pl 1,1206

¹⁸- S. CIPRIANO, De oratione dominica, 23: PL. 4,554 citada en LG 4.

no obstante no es plenamente Iglesia más que cuando se recoge en la intimidad de su vida interior y en el silencio de la adoración. Es humilde y magestuosa. Asegura que integra toda cultura y que eleva en sí todos los valores y al mismo tiempo quere ser el hogar de los pequeños, de los pobres, de la muchedumbre simple e miserable”¹⁹.

Ás veces identificamos o misterio con algo impenetrable, escuro, que produce medo a quen quixese profundar nel. Hai que desterrar esta concepción sobre todo cando falamos do misterio da Igrexa: “A Igrexa -diciá Pablo VI- é un misterio, é unha realidade imbuída coa misteriosa presenza de Deus. Por iso, na natureza mesma da Igrexa está o permanecer aberta a novas e máis profundas exploracións”²⁰. A Igrexa é misterio porque Deus habítaa e, en consecuencia, sempre poderemos coñecela con máis profundidade e vivir con máis plenitude o seu misterio. Noutra ocasión advertía o Papa Montini que “o misterio da Igrexa non é mero obxecto de coñecemento teolóxico, é algo que debe vivirse, algo do que a alma do crente debe ter unha especie de connatural experiencia ata sen que logre ter unha clara noción diso”²¹.

Alguén comparou o misterio da Igrexa coas vidrieiras das nosas magníficas catedrais: só poden ser contempladas na súa infinita fermosura desde dentro e iluminadas polo sol, como o magnífico rosetón da nosa Catedral de Mondoñedo.

Pero, ¿como se pode crer na Igrexa se a fe como adhesión e entrega incondicional do home só pode ter a Deus como destinatario? A Igrexa non é Deus; é unha realidade creatural que en ningún caso pode ser absolutizada nin divinizada. Esta absolutización é ata unha tentación permanente da Igrexa. Non se cre propiamente na Igrexa, pero si dentro dela e con ela (H. de Lubac)²²

Por outra banda, centrarnos no misterio da Igrexa puidese parecer como evadirnos do mundo, pero non é así. “El que la Iglesia arraigue en el misterio de Dios -recordou Mons. Ricardo Blázquez- non significa indiferencia y distancia hacia los hombres y su caminar por la historia entre luces y sombras. Hablar del misterio de la Iglesia no quiere decir replegarse a una zona comfortable ni

¹⁹- H. DE LUBAC, *Paradoja y misterio de la Iglesia*, Sigueme, Salamanca 1967, 15.

²⁰- PABLO VI, *Mensaxe de apertura da 2ª sesión do Vaticano II*.

²¹- PAULO VI, *Ecclesiam súam* 39

²²- O Catecismo do Concilio de Trento formulábao así: “hai que crer que existe a Igrexa, pero non crer na Igrexa. Pois nas persoas da Trindade cremos de tal xeito que poñemos nelas toda a nosa fe. E logo cambiamos e dicimos -que existe- a santa Igrexa e non ‘na santa Igrexa’ para con estas linguaxes diversas, distinguir ó Deus Creador, das creaturas” (Parte I, cap. 10, nº 23)

evadirse del mundo por encima de las nubes, sino tomar conciencia de las dimensiones reales dentro de las que está enclavada. Medir la hondura de la Iglesia desde un discurso sociológico non es indicio de realismo, sino de superficialidad. Si la Iglesia no echa sus raíces en el misterio de Dios, está desfondada y deviene estéril”²³.

Crer na Igrexa consiste, xa que logo, en recoñecer con gratitude e con asombro que este espazo iluminado e escuro onde se desenvolve a nosa vida é, ao mesmo tempo, o lugar onde se realiza a nosa salvación. Se as súas limitacións e manchas retraen momentáneamente a nosa adhesión á Igrexa, a súa condición de esposa de Cristo e sacramento de salvación, xustificana e reclámana.

3.2. A Igrexa, fogar de comunión.

A eclesiología da comunión -sinalou no seu día o cardeal Ratzinger- converteuse no verdadeiro e propio corazón da doutrina sobre a Igrexa do Vaticano II²⁴. O Sínodo Extraordinario de 1985 non dubidou en afirmar: “A eclesiología de comunión é unha idea central e fundamental nos documentos do Concilio”²⁵

A comunión é o eixe de toda a vida eclesial, e os atentados contra a comunión constitúen un dos seus maiores dramas.

O noso gran desafío -díxonos Juan Pablo II- é facer da Igrexa fogar e escola de comunión (NMI 43). Pero tendo en conta que a comunión eclesial non descansa en afinidades ideolóxicas ou sentimentais. Nin se confunde cun grupo de ‘amigos’ ou de camaradas. Tampouco é mera organización de estruturas de participación. A nosa vida comunitaria non se constrúe a partir do ideal de comunidade froito dos nosos soños individualistas; é Deus quen constrúe a comunidade. Por iso vivir en comunión dentro dun mundo de pecado é unha graza que hai que recibir humildemente e un don cara ao que hai que ter as mans abertas e en espera.

A comunión eclesial afunde as súas raíces na comunión trinitaria e acha nela o seu berce e a súa patria. “O noso Deus no seu misterio máis íntimo, non é soidade, senón familia..., e a esencia da familia que é o amor”, afirmou o Papa Juan Pablo II²⁶. Deus é comunión de persoas, compañía amable e amante. Deus

²³- R. BLÁZQUEZ, *Eclesiología de comunión*: *Conmmunio* 4 (1986) 359

²⁴- J. RATZINGER, *L’eclesiologia del Vaticano II*, en: *La Chiesa*, Milano 1979, 13

²⁵- SÍNODO EXTRAORDINARIO 1985, Rel. Final II, c. 1: Ev 9,1800

²⁶- JUAN PABLO II, *Homilía no Seminario Palafoxiano de Puebla*, (28.01.1989): AAS 71 (1979) 184

é comunidade, vida compartida, entrega e doación mutua, comunión gozosa de vida. Deus é á vez o que ama, o amado e o amor...

Vivir o misterio trinitario é vivir en amor comunicado e entregado, é vivir en comunión. É vivir sen reservarse nada, sen encerrarse en nada, sen illarse de ninguén. Non vivir para si, senón poñelo todo en común, estar abertos a todos e a todo. É vivir eternamente para os demais.

“La comunidad es como un gran mosaico, escribe H. Nouwmen. Cada pequeña pieza aparece insignificante. Una pieza es de un rojo brillante, otra de un azul pálido ou de un verde apagado, otra de un morado cálido, otra de un amarillo fuerte, otra de un dorado brillante. Algunas parecen preciosas, otras ordinarias: algunas valiosas, otras vulgares; algunas llamativas, otras delicadas. Como piedras individuales podemos hacer poco con ellas, sólo compararlas entre sí y emitir un xuízo sobre su valor y belleza. Pero cuando todas estas pequeñas piezas son reunidas armónica e sabiamente en un gran mosaico, componiendo con ellas la figura de Cristo, ¿quién se preguntará nunca la importancia de cada una de ellas? Si una de ellas, hasta la más pequeña, falta, la cara está incompleta. Juntas en un mosaico, cada piedra pequeña es indispensable y contribuye de una forma única, indispensable, a la gloria de Dios. Eso es la comunidad. La asociación de personas sin importancia que juntas hacen a Dios visible en el mundo”²⁷

O Concilio Vaticano II proporcionounos un rico ensino sobre a Igrexa relacionándoa coa vocación do home en Cristo, ata tal punto que o Papa Xoán Paulo II atreveuse a afirmar que “o home é o camiño da Igrexa”²⁸. A fidelidade á Igrexa, xa que logo, é ao mesmo tempo fidelidade á humanidade porque “a gloria de Deus -como concisa e bellamente expresou San Ireneo- é o home dotado de vida e a vida do home é a visión de Deus”²⁹.

Vivir a comunión eclesial é o que fai crible a mensaxe que transmitimos: “Pai, que sexan un, para que o mundo crea” (Xn 17,21).

Na Escritura a comunión é, sobre todo, con Xesucristo, Señor glorioso, que polo seu Espírito ponnos en comunión co Pai. A comunión con Deus é anterior á comunión cos irmáns. A comunión eclesial afunde as súas raíces na comunión trinitaria; é o seu icono, é dicir: imaxe e participación. Todo nela é reflexo da Trindade e acha na comunión trinitaria o seu referente e o seu modelo. Con todo, a Trindade non é -como moitos puídesen crer- un teorema complicado

²⁷- H. NOUWEN, “¿Puedes beber este cáliz”?, PPC, Madrid 1998², 56

²⁸- XOAN PAULO II, Homilía na apertura do Sínodo de 1985, par 5

²⁹- S. IRENEO, ADVERSUS HAERESIS IV, 20,7: SChr.100**, 648

de aritmética teolóxica, senón o rostro relucinte e o fogar cálido que cobiza o noso corazón.

Vivir o misterio trinitario é vivir en amor comunicado e entregado, é vivir a comunión. O mundo necesita sementes de vida trinitaria, que é 'vida compartida' libre e gratuitamente. Se vivimos os cristiáns nesta clave trinitaria haberá máis familia e menos prexuizos. Máis colaboración e menos rivalidade. Máis amizade e menos indiferenza. Máis perdón e menos condena. Máis igualdade e menos diferenzas. Máis tenrura e menos dureza. Confesar a Trindade non é só recoñecela como verdade teolóxica, senón, sobre todo, aceptar a vida trinitaria como modelo a reproducir, dentro da nosa fragilidade, na nosa vida. Pódese vivir en comunión con ela e traducir esa comunión nos nosos comportamentos cotiáns. Cando afirmamos e respectamos as diferenzas e o pluralismo entre os homes, confesamos practicamente a distinción trinitaria de persoas. Cando eliminamos as distancias e traballamos pola igualdade real entre home e muller, afortunado ou desgraciado, próximo ou afastado, afirmamos coas nosas obras a igualdade das persoas da Trindade. Cando nos esforzamos por ter 'un só corazón e unha soa alma' e sabemos poñelo todo en común, para que ninguén padeza necesidade, estamos confesando ao único Deus e acollendo en nós a súa vida trinitaria ³⁰

Se os cristiáns poden vivir unidos non é simplemente por ter as mesmas ideas ou por compartir parecidos sentimentos, senón porque participan na unidade do Pai, do Fillo e do Espírito Santo (Cf. Xn. 17,21-24), porque están unidos a Cristo e comparten os seus sufrimentos (Cf. 1 Pe 4,13). O autor primeiro da comunión non é Cristo senón o Pai e igualmente ao Pai tende en definitiva, cando adquira a súa plenitude máis aló da morte. Mentres peregrinamos polo mundo, o Espírito Santo é o consumidor da comunión e coa súa axuda, a xerarquía da Igrexa discerne a súa autenticidade.

Finalmente non podemos esquecer que "a eclesiología de comunión -escribiu no seu día o cardeal Ratzinger- é desde o seu ser máis íntimo unha eclesiología eucarística. Ela colócase bastante preto da eclesiología eucarística que os teólogos ortodoxos desenvolveron no noso século. Nesta eclesiología resulta máis concreta e permanece non menos ao mesmo tempo totalmente espiritual, trascendente e escatolóxica. Na Eucaristía Cristo presente no pan e o viño entregándose sempre de novo, edifica a Igrexa como o seu corpo e por medio do seu corpo de resurrección únenos ao Deus un e trino e entre nós. A Eucaristía celébrase nos diversos lugares e, con todo, é ao mesmo tempo sempre universal, porque existe un só Cristo e un só corpo de Cristo. A Eucaristía inclúe o servizo sacerdotal da *'repraesentatio Christi'* e por conseguinte a rede

³⁰. Cf. OBISPOS DEL PAÍS VASCO Y NAVARRA, *Creer hoy en el Dios de Jesucristo*. Carta Pastoral de Cuaresma 1987, 47.49

de servizo, a síntese de unidade e multiplicidade que se manifesta xa na palabra '*Communio*'. Pódese dicir sen dúbida que este concepto leva en si mesmo unha síntese eclesiolóxica, que une o discurso sobre a Igrexa ao discurso sobre Deus e á vida de Deus e con Deus, unha síntese que retoma todas as intencións esenciais da eclesioloxía do Vaticano II e úneos entre si no modo xusto"³¹

3.3. A Igrexa, fogar de misión.

A misión para os cristiáns é algo máis que propaganda, publicidade ou puras técnicas e estratexias humanas de persuasión. Escoitemos ao cardeal Ratzinger: "Para que a misión sexa algo máis que propaganda dunha certa idea ou publicidade para unha determinada comunidade, para que veña de Deus e a El conduza, ten que ter a súa orixe nunha profundidade maior que a dos planos de acción e as estratexias inspiradas por elas. Ten que ter unha orixe que se atopa nun lugar máis alto e máis profundo que non a publicidade e a técnica da persuasión. 'O cristianismo non é obra da persuasión, senón algo verdaderamente grande', dixo unha vez moi sugestivamente San Ignacio de Antioquía. A forma e o modo co que Teresa de Lisieux é Patroa das misións pódenos axudar a comprender como hai que intentalo. Teresa nunca foi a un país de misión, non puido exercer nunca unha actividade misioneira inmediata, pero comprendeu que a Igrexa ten un corazón e comprendeu que este corazón é o amor. Comprende que os apóstolos non anuncian e os mártires non poden derramar o seu sangue se este corazón xa non arde"³². E noutra ocasión engade o mesmo cardeal: "A misión non é unha actividade exterior que se engadise a un cristianismo estático un pouco como un accidente; senón o feito de ser cristián por si mesmo, como tal, é movemento máis aló de si, porta a marca misionera e debe necesariamente en todo tempo e en todo cristián realmente viviente, exteriorizarse nunha actividade que realiza a súa natureza profunda...". A Igrexa perde a súa consistencia cando se preocupa máis de si mesma, de crecer como institución, que de Deus e dos homes e mulleres aos que é enviada. A misión non busca primordialmente aumentar o número de fieis na Igrexa, senón o crecemento do Reino de Deus.

*"A comunión e a misión -afirmou certamente Xoán Paulo II- están profundamente unidas entre si, compenétanse e implicanse mutuamente, ata tal punto que a comunión representa á vez a fonte e o froito da misión: a comunión é misionera e a misión é para a comunión"*³³. Porque a comunión sen misión non será máis

³¹- J. RATZINGER, *L'ecclésiologia della Costituzione 'Lumen gentium'*: L'OR (04.03.2000) 6

³²- J. RATZINGER, *La eucaristía como génesis de la misión*: *Communio* 6 (1997) 495-513 aquí 512-513

³³- XOÁN PAULO II, CL. 32

que pura introversión que converterá á Igrexa en ghetto e a misión sen comunión converterase en pura extroversión que resultará estéril e empobrecedora.

Observaba finamente Olegario González de Cardeal: “Quando la fidelidad al origen y la preocupación por la identidad son desproporcionadas o se tornan obsesivas, la Iglesia se convierte en secta y sucumbe al fundamentalismo. Cuando la preocupación por su relevancia para la sociedad y su colaboración con las causas comunes de la humanidad es llevada al límite, en el que se olvidan los propios hontanares y recursos, entonces la Iglesia está al borde de la disolución y finalmente de la insignificancia. Estos dos imperativos son normativos para todos, pero cada hombre o mujer en la Iglesia, cada grupo o minoría, se sentirá especialmente llamado a vivir una u outra de estas acentuaciones. Para ella ha recibido especial gracia de Dios, siente especial gozo en realizarla y logra especiales frutos. Diferenciar medios y conjugar fines se convierte entnces en primera responsabilidad”³⁴. Os maiores males que afectan á nosa Igrexa hoxe derivan en moitos casos dunha vivencia da comunión que descoida a misión afogándose en problemas intraeclesiales. A comunión entre os discípulos de Jesús, imprescindible para a misión, é un signo da vitoria da graza sobre o pecado, e fai crible o noso anuncio de Xesús. O signo da palabra sen o signo da unidade resulta pouco digno de fe, “porque só o amor é digno de fe” (H. Ou. Von Balthasar)

Facer memoria de San Rosendo é sentirnos estimulados a vivir a comunión eclesial que el viviu e potenciou exercendo o ministerio episcopal. Toda a súa vida é un exemplo de amor afectivo e efectivo á Igrexa, precisamente cando atravesaba, máis aló das nosas fronteiras, momentos moi duros. Por outra banda, o Patrono da nosa diocese lánzanos á misión evanxelizadora cando o contemplamos predicando a Xesucristo, sementando mosteiros por todas as partes e exercendo de ‘pai dos pobres’. El quería levar a fe cristiá vivida con ansias de plenitude e de santidad a todos os recunchos de Galicia no seu tempo. E nós somos os seus herdeiros.

4. A IGREXA PARTICULAR É A IGREXA ENTEIRA, PERO NON TODA A IGREXA³⁵

“La Iglesia -comenta Mons. Ricardo Blázquez- non es simplemente una magnitud universal a la que se pueda pertenecer a distancia; la Iglesia existe

³⁴- O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, en ABC 02-05-2003

³⁵- Estudiaron este tema, entre outros, B. ALVAREZ AFONSO, *La Iglesia diocesana. Reflexión teológica sobre la eclesialidad de la diócesis*, La Laguna-Tenerife 1996; R. BERZOSA, *Para descubrir y vivir la Iglesia diocesana*, Burgos 1988; J. R. VILLAR, *Teología de la Iglesia Particular. El tema en la literatura francesa hasta el Concilio Vaticano II*, Pampolona 1989. Nestas publicación pódese atopar bibliografía complementaria.

en y a través de las Iglesias locales; la Iglesia es universal en la forma de comunión de Iglesias; y cada uno está en la única Iglesia de Jesucristo a través de su incardinación en la comunidad cercana”³⁶. Formamos parte da única Igrexa de Xesucristo estendida por todo o mundo ao ser inseridos na Igrexa particular. A pertencencia á Igrexa universal e á Igrexa particular non ocorre sucesivamente senón simultaneamente, nun só momento. Son inseparables e simultáneas a universalidade e a particularidade da Igrexa. A Igrexa universal é, pois, a ‘congregación dos fieis’ que se realiza no ‘corpo das Igrexas’³⁷ non outra cousa distinta e abstracta. Un teólogo ortodoxo, P. Evdokimov, exprésao tamén con claridade e forza cando escribe: “No misterio da Igrexa o principio cuantitativo non conta, non se poden ‘sumar’ as Igrexas porque ‘un máis un’ fará sempre un. Se cada Igrexa é a Igrexa de Deus, nunca será unha parte dun composto de unidades sumadas. Hai unha pluralidade de manifestacións e de testemuños da única Igrexa de Deus, sempre idéntica a si mesma, porque está chea da presenza de Cristo”³⁸.

A localización, é dicir, que a Igrexa viva realmente nun lugar e nunha cultura, non pode entenderse como casualidade ou como pura limitación, como algo negativo, senón como algo enriquecedor para ela na súa existencia terrestre. A Igrexa é local porque é concreta; a Igrexa é acontecemento porque é vida que se sente, maniféstase e transmítase. Só nun lugar determinado escóitase a palabra de Deus e celébrase a eucaristía; só entre persoas de carne e óso faise real o amor. Coa Igrexa é posible atoparse e no seu seo é posible nacer, vivir e morrer. A realidade que non acontece, que non se fai presente e que non se manifesta tórnase lánguida e mortecina, se aletarga e extínguese³⁹

A diocese ou Igrexa particular é a Igrexa enteira porque nela atópase o misterio da salvación. Pero non é toda a Igrexa porque ningunha igrexa particular esgota por si soa ese mesmo misterio. O Evanxeo non é propiedade de cada Igrexa particular; o conxunto dos dons do Espírito Santo só se atopa no corpo das Igrexas; cando unha comunidade eclesial celebra a Eucaristía, insérese no corpo indivisible de Cristo; o ministerio episcopal, que é o vínculo por excelencia da Igrexa, recórdalle que ela non se pecha sobre si mesma.

Na Constitución sobre a Igrexa do Concilio Vaticano II (LG 13) fálase da relación entre a Igrexa particular e a Igrexa universal, a través do primado de Pedro, a quen se lle atribúe a misión de presidir “a asemblea universal da cari-

³⁶- R. BLÁZQUEZ, *La Iglesia local en: La Iglesia del Vaticano II*, Salamanca 1988, 103

³⁷- CONCILIO VATICANO II, LG 23

³⁸- P. EVDOKIMOV, *Le Christ dans la pensée Russe*, París 1970, 211

³⁹- Cf. R. BLÁZQUEZ, *La Iglesia del Vaticano II*, Salamanca 1988, 108

dade" e protexer "as diferenzas lexítimas" das Igrexas particulares para que non prexudiquen a unidade, senón que a incrementen. "Non hai nada tan contrario á verdadeira unidade cristiá -escribía E. de Montcheuil- como o empeño de unificación, que consiste en querer facer universal unha forma particular, en encerrar a vida nunha das súas expresións"⁴⁰.

O Decreto sobre a actividade misioneira da Igrexa dedica ás Igrexas particulares todo o capítulo terceiro que xira en torno a dous eixes que permiten superar as posibles tensións: a comunión e o respecto ás particularidades⁴¹.

Pero o lugar en que a Lumen Gentium se ocupa con maior relevo das Igrexas particulares é o seu capítulo terceiro, concretamente cando fala do ministerio pastoral dos bispos:

"Esta Igrexa de Cristo está verdadeiramente presente en todas as lexítimas comunidades locais de fieis unidas aos seus pastores. Estas, no Novo Testamento, reciben o nome de Igrexas, xa que son, en efecto no seu lugar o novo Pobo que Deus chamou no Espírito Santo e en todo tipo de plenitude (1Tes 1,5). Nelas reúnen os fieis polo anuncio do Evanxeo de Cristo e celébrase o misterio da Cea do Señor, 'para que polo alimento e o sangue do Señor quede unida toda a fraternidade do corpo'⁴². En toda comunidade en torno ao altar, presidida polo ministerio sagrado do bispo, maniféstase o símbolo daquel gran amor e de 'a unidade do corpo místico sen a que non pode un salvarse'"⁴³. "Nestas comunidades, aínda que moitas veces sexan pequenas e pobres ou vivan dispersas, está presente Cristo, quen co seu poder constitúe á Igrexa unha, santa, católica e apostólica"⁴⁴.

Vale a pena reproducir este texto do Vaticano II, aínda sendo longo, pois nel atopamos os elementos teolóxicos constituíntes das Igrexas particulares. A Igrexa universal non é a suma de Igrexas particulares, nin unha confederación das mesmas. Tampouco son as dioceses seccións administrativas dunha gran organización, senón que toda ela, a Igrexa unha, santa, católica e apostólica, está presente e congrégase en cada unha das comunidades ou Igrexas particulares. A Palavra de Deus e a Eucaristía ("a predicación do Evangelio e a celebración do misterio da Cea do Señor") son as que reúnen aos fieis. Outro elemento constituínte é o ministerio do bispo ("baixo o sagrado ministerio do bispo"). "El

⁴⁰- Y. DE MONCHEUIL, *L'Eglise este une. Hommage a Möhler*, Bloud et Gay, París 1939, 252

⁴¹- CONCILIO VATICANO II, AG. cap. III

⁴²- *Oración mozárabe*: PL 96,759 B.

⁴³- SANTO TOMÁS, *Summa Theol.* III, q. 73, a.3

⁴⁴- CONCILIO VATICANO II, LG 26.

ministerio -non dubida en afirmar J. M. R. Tillard- es esencial a la iglesia local, precisamente porque es servicio vicarial del testimonio apostólico que da fundamento a la fe. [...] Ministerio ordenado y fidelidad de la comunidad al depósito apostólico aseguran juntos, radicalmente la plena comunión apostólica de esta Iglesia local”⁴⁵. A figura do bispo como elemento central da estrutura eclesial por unha banda encarna o carácter unitario e público da Igrexa local a partir da unidade do sacramento e da palabra; por outra banda é o anel de conxunción coas outras igrexas locais; tamén é responsable da unidade da Igrexa na súa diocese, e, finalmente, fai de intermediario entre a unidade da súa Igrexa particular e a Igrexa enteira e única de Xesucristo e a vivifica.

Estes mesmos elementos aparecen tamén na definición descritiva de diocese que atopamos no Decreto sobre o ministerio dos Bispos:

“A diocese é unha porción do Pobo de Deus cuxo coidado pastoral confíase ao bispo para que a apaciente coa cooperación do seu presbiterio, de maneira que, unida ao seu pastor e congregada por el no Espírito Santo mediante o Evanxeo e a Eucaristía, constitúe a igrexa particular, na cal verdadeiramente se atopa e opera a Igrexa de Cristo, unha, santa, católica e apostólica”⁴⁶.

A Igrexa particular, pois, non é unha parte, senón unha ‘porción’ da Igrexa universal, é dicir, unha especie de célula vivente na que se concentra unha totalidade de vida. No corazón de toda Igrexa particular está presente en xerme polo menos a Igrexa universal. Entre elas, Igrexa universal e Igrexas particulares, rexe o principio que puidésemos chamar de inclusión ou mutua interioridade. Non é do todo correcto, pois, afirmar que as Igrexas particulares deben estar inseridas na Igrexa universal xa que, se non o están, non son Igrexas.

A Igrexa única constrúese na fraternidade e a comunión das múltiples Igrexas entre si e coa Igrexa de Roma, baixo a acción do Espírito.

En resumo: a Igrexa particular é a Igrexa enteira, pero non toda a Igrexa. É dicir, a Igrexa particular é a Igrexa enteira porque ten íntegra a Palabra de Deus, os sacramentos e o ministerio episcopal como principio de unidade. Non é unha parte da Igrexa, senón a súa manifestación plena nun lugar concreto. Pero non é toda a Igrexa porque só é Igrexa en canto está en comunión coas demais Igrexas formando a Igrexa católica ou universal que é a comunión das Igrexas particulares, presidida polo sucesor de Pedro con autoridade peculiar e única como principio de unidade. Hai que saber conxugar, pois, o ‘todo’ e a ‘porción’, sen diluír o todo na porción nin afogar a porción no todo.

⁴⁵- J. M. R. TILARD, *Iglesia de Iglesias. Eclesiología de comunión*, Salamanca 1991, 204-205

⁴⁶- CONCILIO VATICANO II, CD 11

5. RELACIÓN ENTRE A IGREXA UNIVERSAL E AS IGREXAS PARTICULARES.

Esta relación foi e segue sendo en moitas ocasións fonte de conflitos. E dificilmente se pode enfocar ben se se ignora ou se quebranta a natureza de cada unha delas. A Igrexa universal e as Igrexas particulares artículanse nun dobre sentido: a Igrexa universal está presente en (in) as Igrexas particulares; e á súa vez, aquela constitúese a base de (ex) estas. A fórmula eclesiolóxica "*in quibus et ex quibus*" mostra esa mutua relación. Nin a Igrexa universal existe á marxe das Igrexas particulares, nin estas son meras partes, cuxa suma formase a totalidade da Igrexa, ou simples 'mónadas' que só secundariamente puídesen constituír unha mancomunidade⁴⁷.

Isto non o tivo suficientemente en conta unha "eclesiología universalista" que destaca tanto a Igrexa universal que non concede suficiente importancia nin aos aspectos culturais nin aos teolóxicos da igrexa particular. Nin tampouco unha "eclesiología eucarística" (Afanassieff e outros) que insiste tanto nas igrejas particulares que non valora convenientemente a igrexa universal. A 'eclesiología de comunión' pretende atopar o xusto equilibrio nas relacións entre a Igrexa universal e as Igrexas particulares. Por iso fala da Igrexa universal como o 'corpo das igrejas particulares' e enfatiza o feito de que nas igrejas particulares atópase dalgún modo a Igrexa universal; no ministerio do bispo destaca unha dimensión *ad intra* (o coidado da súa igrexa particular) e unha dimensión *ad extra* (a solicitude por todas as igrejas).

"É a tensión entre estes dous polos (in quibus et ex quibus), afirma J. Rigal, o que fai a comunión. Se só se considera o primeiro destes membros 'nelas', a Igrexa universal perde toda a súa consistencia nunhas Igrexas particulares que se fixeron autónomas. Si, pola contra, só se retén o segundo membro 'a partir delas', son as Igrexas particulares as que se disgregan en proveito da Igrexa universal que se converte indebidamente nunha especie de cima ou de organismo supranacional. Trátase, xa que logo, de pasar dunha eclesiología que parta da idea de comunión de todas as Igrexas locais: a Igrexa universal xorde, por dicilo así, da comunión das Igrexas"⁴⁸.

A 'colexialidade', recordaba o cardeal Ratzinger, non se refire só á natureza do ministerio episcopal, senón sobre todo á estrutura global da Igrexa. A Igrexa está constituída pola mutua comunión das múltiples Igrexas locais e, xa que logo, a unidade da Igrexa inclúe necesariamente o momento da plurali-

⁴⁷- R. BLÁZQUEZ, *Eclesiología de comunión: Communio* 4 (1986) 367

⁴⁸- J. RIGAL, *Descubir la Iglesia. Iniciación a la Eclesiología*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2001, 146

dade e da plenitude. Isto en teoría sempre se soubo, pero na práctica non sempre se respectou suficientemente⁴⁹

En consecuencia a relación entre as Igrexas particulares e a Igrexa universal debe ser de:

* *Apertura*: as igrexas particulares non poden pecharse en si mesmas considerándose autosuficientes. Unha igrexa particular é Igrexa e non seita na medida en que vive a comunión con las demais igrexas particulares, e especialmente coa de Roma. Por outra banda, a Igrexa universal non é unha realidade meramente organizativa que existe a parte das Igrexas particulares. A igrexa de Roma é unha igrexa particular cunhas funcións especiais. Tres son as razóns que esixen unha fraterna colaboración entre as igrexas particulares: 1) reforzar a común incorporación a Cristo (razón cristolóxica); 2) facer máis eficaz a acción misioneira do novo pobo de Deus (razón soteriolóxica); e 3) reforzar e visibilizar os lazos que unen a todos os crentes en Cristo (razón eclesiolóxica). A diocese non é autosuficiente nin pode encerrarse en si mesma. En primeiro lugar porque é a 'comunión' a forma de existencia de toda realización eclesial e de todo cristián. "Unus christianus, nullus christianus", di o adaxio eclesiolóxico inspirado en san Cipriano. A diocese non é previa á Igrexa universal, que é comunión de Igrexas particulares, nin é tampouco posterior; deste xeito exclúese que a Igrexa universal sexa como unha federación de Igrexas particulares plenamente constituídas con anterioridade, e do mesmo xeito exclúese que a diocese sexa o resultado dunha división da Igrexa universal⁵⁰. Son inseparables e simultáneas a universalidade e a particularidade da Igrexa, como implica o principio e a natureza da comunión eclesial. Unha Igrexa particular pechada en si mesma empobrécese; a Igrexa universal separada das igrexas particulares convértese nunha entidade de razón, nunha hipótese flotante.

* *Autonomía relativa*, non absoluta. Hase de aplicar realmente o principio de subsidiaridade, é dicir, o Papa e a Curia de Roma non deben realizar tarefas que as igrexas particulares poden realizar por si mesmas. Aínda que igualmente queda claro, xa desde o Novo Testamento que a igrexa particular non pode ser nin sequera pensada como algo totalmente illado, sen referencia algunha á Igrexa universal. O ministerio

⁴⁹- Cf. J. RATZINGER, *Implicaciones pastorales de la doctrina de la colegialidad de los obispos*: Concilium 1 (1965) 59

⁵⁰- De todos os xeitos, a Igrexa, considerada como misterio que Deus crea, ten unha precedencia ontolóxica e temporalmente previa con respecto ás Igrexas particulares, das que é nai. Cfr. CN 9

do sucesor de Pedro non alcanza á Igrexa particular como 'desde fóra', senón que é parte integrante e constitutiva de cada diocese, xa que preside a Igrexa universal, que é comunión de Igrexas particulares. O Papa preside como cabeza o colexio episcopal e por iso a comunión con el, non é un peso ou unha limitación, senón que é garantía e acreditación do ministerio de cada bispo na súa diocese. Agora ben, "el sucesor de san Pedro debe exercer su ministerio de modo que no sofoque los dones de las Iglesias particulares ni los fuerce a seguir una falsa uniformidad, sino que los deje ser eficaces en el intercambio vivificador de todos"⁵¹. A tarefa de deixar espazo á multiplicidade é moitas veces fatigosa, pero é imprescindible na comunión eclesial.

- * *Intercomunicación*. H. De Lubac⁵² recorda a este propósito que, segundo a antiga liturxia romana, na misa do Papa separábanse unhas partículas da hostia consagrada para levalas logo aos sacerdotes que celebraban a eucaristía nos diversos distritos da cidade. Era o rito do fermentum. Así se significaba que en todas as asembleas litúrxicas realizase o mesmo sacrificio, a mesma eucaristía, a mesma comunión. Poida que algún rito como este non se poida recuperar sen máis, pero sería bo substituílo por outro que exprese a mesma realidade.
- * *Pluralismo na unidade*. Nada hai máis contrario á unidade que a uniformidade. Pero as impaciencias por destacar o orixinal de cada igrexa particular pode contribuír a que se desprece ou se soporte máis ben a contragusto o dobre lazo de unidade: a fe e a eucaristía. Empeñarse en singularizarse leva a empobrecerse. Decía o cardeal africano Zoungrana do "nacionalismo relixioso, que é en verdade anticatólico. Mentres que o apóstolo Paulo fala máis ben da Igrexa que está en Corinto ou en Roma..., sempre e en todas partes a mesma, hai homes nos nosos días que, pola contra, opoñen a Igrexa dunha nación á dunha rexión". Compaxinar a pluriformidade coa unidade só é posible vivindo intensamente a comunión eclesial.

"En el cuerpo eclesial, nadie está solo y nadie lo es todo (1 Cor 12), afirma J. Rigal. Una comunidad aislada de las otras no puede pretender tener un estatuto eclesial, ya que la única Iglesia de Dios es la comunión de las Iglesias. Esta relación inclusiva 'local-universal' procede del Dios único en tres personas, implica la unidad y las diferencias. Si se concede la prioridad a la cristología, quedará sobrevalorada la Iglesia universal; si se propone una pneumatología que predomine sobre la cristología, se hará preponderante la Iglesia

⁵¹- J. RATZINGER, *La Iglesia. Una comunidad siempre en camino*, Ed. Paulinas, Madrid 1991, 59

⁵²- Cf. H. DE LUBAC, *Las Iglesias particulares...*, 55

local. Todos conocen estos principios, pero ¡cuántas dificultades y bloqueos en su aplicación!"⁵³

III. O MINISTERIO DO BISPO NA DIOCESE

Despois do Vaticano I que definiu os dogmas do primado e da infalibilidade do Sucesor de Pedro, predominou na Igrexa a figura do Papa. O Vaticano II restituíu aos bispos un posto máis relevante na Igrexa, outorgando un tratamento máis amplo e teolóxicamente máis fundado ao episcopado. A figura do bispo recuperou o seu antigo vigor principalmente por dous camiños: o redescubrimento da colexialidade episcopal resaltou as súas responsabilidades en relación con toda a Igrexa e a revalorización da diocese restaurou as súas funcións como responsable dela, xuntamente co seu presbiterio. O carisma do bispo non tivo nunca unha forma puramente individual. O bispo é ministro na *communio fidelium*, ministro que ten necesidade doutros ministros. Ata sendo o bispo de Roma.

"Non hai que enganarse, afirma E. Congar: a constitución da Igrexa é fundamentalmente xerárquica, non democrática. A Igrexa é ante todo, no sentido forte, unha institución: un adhírese a ela polo bautismo e así gózase nela de certos dereitos. Ela non é, ante todo, unha asociación que, agrupándose, formarían os fieis e que, como tal, sería o suxeito dos dereitos que outorgaría. Esta é a razón pola cal nas diversas formas xurídicas, nas que puido configurar a súa vida, a Igrexa sempre tivo coidado de reservar celosamente o dereito fundamental do principio xerárquico"⁵⁴.

A estrutura ministerial e xerárquica non é un lastre para a Igrexa local; é máis ben un don que Deus lle fai a toda ela. A función do bispo na diocese non é de dominio nin mira o proveito propio, senón que é ministerial, é un servizo. O ministerio é constitutivo da Igrexa xuntamente co Espírito Santo, o Evanxeo e a Eucaristía, en diversos niveis.

A función do bispo na Igrexa local é dobre: por unha banda, preside a diocese que lle foi confiada e, por outra, é vínculo de comunión 'católica' con las demais Igrexas locais, especialmente coa que preside o sucesor de Pedro.

De modo semellante a como a Igrexa particular só é Igrexa na medida en que pode realizar os aspectos esenciais da Igrexa universal, así o bispo só é a

⁵³- J. RIGAL, *Descubrir la Iglesia. Iniciación a la Eclesiología*, Secret. Trinitario, Salamanca 2001, 75-76

⁵⁴- Y. CONGAR, *Jalons pour une théologie du laïcat*, París 1964, 353-354

súa lexítima cabeza en canto é membro do colexio episcopal. A Carta '*Communio notio*' exprésao así: "O bispo é principio e fundamento visible da unidade na Igrexa particular confiada ao seu ministerio pastoral, pero para que cada Igrexa particular sexa plenamente Igrexa, é dicir, presenza particular da Igrexa universal con todos os seus elementos esenciais, e polo tanto constituída a imaxe da Igrexa universal, debe acharse presente nela, como elemento propio, a suprema autoridade da Igrexa: o Colexio episcopal "xunto coa súa Cabeza, o Romano Pontífice, e xamais sen ela" (LG 22). O primado do Bispo de Roma e o Colexio episcopal son elementos propios da Igrexa universal "non derivados da particularidade das Igrexas", pero interiores a cada Igrexa particular"⁵⁵.

Para que o colexio episcopal estea realmente ao servizo da unidade da Igrexa, é preciso que conteña dentro de si mesmo o principio da súa unión. E este non pode ser soamente un principio obxectivo. Como a esencia interna do ministerio episcopal consiste no testemuño persoal, tamén o principio de unidade no episcopado encárnase nunha persoa: o bispo de Roma. "Para que o episcopado mesmo -ensina a LG 18- fose un só e indiviso... estableceu (o Pastor eterno) á fronte dos demais apóstolos ao bienaventurado Pedro e puxo nel o principio e fundamento, perpetuo e visible, da unidade de fe e de comunión".

1. CLAVES PARA COMPRENDER O MINISTERIO EPISCOPAL⁵⁶

O sacramento da Orde concrétase en tres ministerios: episcopal, presbiteral e diaconal. É de notar que o presbiterado e o diaconado aparecen como de constitución colexial, mentres que o bispo encarna a unidade da comunidade. Con este oficio trimembre -que culmina no bispo como vértice unificador- descríbese a estrutura das igrexas particulares. A Igrexa realízase ante todo e sobre todo en cada igrexa particular, célula viva na que está presente o misterio enteiro do corpo único de Cristo que é a Igrexa.

1.1. O bispo e a comunidade eclesial.

Non xorde o ministerio episcopal do consenso da comunidade, nin responde principalmente a necesidades organizativas; brota da libérrima vontade de quen un día elixiu aos seus Apóstolos e fixoos partícipes de xeito especialísimo do seu sacerdocio para envialos por todo o mundo a predicar o evanxeo. O chamamento, a consagración e o envío repítense constantemente na vida secular da Igrexa. Pero o bispo xorde na Igrexa: ela foi quen o procreou á fe,

⁵⁵- Carta *Communio notio* n 13. No nº 17 volve a dicir: "a comunión coa Igrexa universal, representada polo sucesor de Pedro, non é un complemento externo da Igrexa particular, senón un dos seus constitutivos internos.

⁵⁶- Neste apartado sigo de preto a O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *El Obispo en la Iglesia...*, 84-104

fíxoo madurar e, xunto con Cristo, chamouno ao seu servizo. Nunca poderá exercer auténticamente a súa 'paternidade' espiritual sen ter en conta a 'fraternidade' previa⁵⁷. Dicialles o bispo S. Agustín aos seus fieis de Hipona: "mais, se por unha banda aterrorízame o que son para vós, por outra consólame o que son convosco. Son bispo para vós, son cristián convosco. A condición de bispo connota unha obrigación, a do cristián un don; a primeira comporta un perigo, a segunda a salvación"⁵⁸. O bispo, pois, é ante todo un "home de Igrexa": nacido nela e por ela, chamado a edificala, administrala e servila.

Non existen diferenzas en canto á igualdade e dignidade dentro do Pobo de Deus; todos temos a máxima dignidade: ser fillos de Deus. Os pastores e os fieis necesítámonos mutuamente. "Aínda que algúns por vontade de Cristo sexan mestres, administradores dos misterios e pastores dos demais, con todo existe entre todos unha verdadeira igualdade en canto á dignidade e a actividade común para todos os fieis na construción do Corpo de Cristo. En efecto, a diferenza que estableceu o Señor entre os ministros sagrados e o resto do Pobo de Deus leva consigo a unión, pois os Pastores e demais fieis están unidos entre si porque se necesitan mutuamente. Os Pastores da Igrexa, a exemplo do seu Señor, deben estar ao servizo os uns dos outros e ao servizo dos demais fieis. Estes, pola súa banda, han de colaborar con entusiasmo cos mestres e os pastores" (LG 32).

O bispo é ante todo, como calquera outro cristián, fillo e membro da Igrexa. Dela recibiu a vida divina no sacramento do Bautismo e o primeiro ensino da fe. O Bispo convértese en 'pai' da comunidade eclesial precisamente porque é plenamente 'fillo' da Igrexa⁵⁹.

O ministerio episcopal exerceuse na Igrexa, pero non se esgota nas tarefas dentro da comunidade cristiá. "El ministerio del obispo -explicaba o cardeal Ratzinger- no puede agotarse nunca en el ámbito intraeclesial. El evangelio concierne a todos siempre, y por ello incumbe siempre al sucesor de los apóstoles la responsabilidad de llevarlo al mundo. Esto ha de entenderse en un doble sentido: hay que anunciar siempre la fe a los que todavía no han podido reconocer en Cristo al salvador del mundo; pero además de esto existe también la responsabilidad para con las cosas públicas de este mundo"⁶⁰.

⁵⁷- S. AGUSTÍN, *Sermón* 42,6: CCSL 41,573

⁵⁸- S. AGUSTÍN, *Sermón* 340, 1: PL 38, 1438

⁵⁹- Cf. XOÁN PAULO II, *Pastores gregis*, 10

⁶⁰- J. RATZINGER, *La Iglesia...*, Paulinas, Madrid, 60

1.2. O bispo, sucesor dos apóstolos.

O bispo é vicario de Cristo, pero non inmediatamente como os Doce Apóstolos. A súa palabra non é a palabra da testemuña directa, senón a do que oíu ás testemuñas e transmite a memoria dos que conviviron con El. A fe cristiá non é un sistema doutrinal que poida desligarse do seu transmisor humano. Son imprescindibles as testemuñas que transmiten a Palabra divina coa autoridade e a misión de Xesús. É o caso dos apóstolos e os seus sucesores, os bispos. Nos primeiros momentos da vida da Igrexa, a forza das primeiras experiencias e o recordo de Cristo por parte dos que o coñeceron ou das súas inmediatas testemuñas non facía necesaria a pregunta pola perduración indefinida ou pola conservación íntegra da súa mensaxe. Ata san Ireneo non atopamos a fórmula explícita da sucesión apostólica. Pero non esquezamos que sucesión e tradición condícionanse e implícanse mutuamente. Se os bispos suceden aos apóstolos é para entregarnos o que non é o seu, o que non se inventa nin se refai, o que non se domestica en función de caprichos subxectivos. Aquí radica o fundamento da autoridade espiritual do bispo: non é a súa especial capacidade para liderar a comunidade cristiá, senón a autorización, é dicir, a súa capacidade de ser autor, derivada da imposición das mans pola cal se lle confíre o Espírito Santo na Igrexa.

“Con la connotación ‘sucesor de los apóstoles’ -precisaba o cardeal Ratzinger-, se hace salir al obispo del ámbito puramente local y se le constituye en responsable de que las dos dimensiones de la ‘communio’: la vertical e la horizontal, permanezcan indivisas”⁶¹.

“O episcopado -escribe san Cipriano- é un e indivisible. Unha é a dignidade episcopal e cada bispo posúe solidariamente unha parte da mesma sen división do todo. E non hai máis que unha Igrexa que, pola súa fecundidade sempre crecente, abarca unha multitude cada vez máis ampla”⁶². E por iso el interésase polos problemas dos bispos das Galias. Os bispos, uns con outros, intercambian cartas para asegurar a unanimidade do seu ensino e garantir a comunión. As Conferencias Episcopais da Igrexa de Occidente, nadas baixo o estímulo de Roma, son igualmente unha forma de exercer a solidariedade episcopal na responsabilidade colexial. Todo isto, está claro, sen que a solidariedade episcopal sufoque as características propias das igrexas particulares.

O bispo, como dixemos, fomenta a comunión da súa Igrexa particular coas demais Igrexas particulares e especialmente coa de Roma e o seu Pastor, o Papa. “O ministerio da sucesión de Pedro -escribiu o cardeal Ratzinger- rompe a estrutura da igrexa local; o sucesor de Pedro non é só o bispo local de Roma,

⁶¹- J. RATZINGER, *La Iglesia...*, Madrid 1991, 51

⁶²- S. CIPRIANO, *De unitate Ecclesiae*. 5: PL 4, 501

senón bispo para toda a Igrexa e en toda a Igrexa. El personaliza con iso unha parte esencial da misión apostólica que nunca pode faltar na Igrexa. Pero o mesmo ministerio de Pedro non volvería a comprenderse e, xa que logo, distorsionárase nunha figura excepcional monstruosa, se se responsabilizase só o seu portador de desenvolver a dimensión universal da sucesión apostólica”⁶³

1.3. O bispo, vicario de Cristo.

A través desta referencia e fidelidade ao testemuño apostólico, os bispos son vicarios de Cristo, non do Papa, é dicir, signos visibles de Cristo invisible grazas á plenitude do sacramento da Orde que recibiron. El deixoulles a súa palabra, o seu Espírito, os seus sacramentos. Polo Espírito son os bispos palabra viva e actual do único Señor. A figura de Xesús ‘pastor e bispo das nosas almas’ (1 Pe 2, 25), será o único paradigma do ministerio episcopal.

Recordaba o Papa Xoán Paulo II aos bispos: “En canto persoas configuradas sacramentalmente con Cristo, Pastor e Esposo da Igrexa, estamos chamados, queridos irmáns no episcopado, a volver vivir cos nosos pensamentos, cos nosos sentimentos, coas nosas decisións, o amor e a entrega total de Xesucristo pola súa Igrexa”⁶⁴.

Esta tarefa non a poderá realizar el só, senón con toda a súa igrexa e, sobre todo, cos seus ‘colaboradores necesarios’: os presbíteros e os diáconos. No seo da Igrexa, familia grande dos fillos de Deus, vive e desenvólvese a familia dos presbíteros diocesanos. “Dentro da comunión eclesial, recordaba Xoán Paulo II, o sacerdote está chamado de modo particular mediante a súa formación permanente, a crecer en e co propio presbiterio unido ao Bispo. O presbiterio na súa verdade plena é un *mysterium*: é unha realidade sobrenatural porque ten a súa raíz no sacramento da Orde. É a súa fonte, a súa orixe, é o ‘lugar’ do seu nacemento e do seu crecemento... A fisonomía do presbiterio é, xa que logo, a dunha verdadeira familia, cuxos vínculos non proveñen de carne e de sangue, senón da graza da Orde; unha graza que asume e eleva as relacións humanas, psicolóxicas, afectivas, amistosas e espirituais entre os sacerdotes; unha graza que se estende, penetra, revélase e concrétase nas formas máis variadas de axuda mutua, non só espirituais senón tamén materiais. A fraternidade presbiteral non exclúe a ningún, pero pode e debe ter as súas preferencias: as preferencias evanxélicas reservadas a quen teñen maior necesidade de axuda ou de alento”⁶⁵.

⁶³- J. RATZINGER, *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico en Convocados en el camino de la fe*, Ed. Cristiandad, Madrid 2004, 207

⁶⁴- XOÁN PAULO II, *Homilía no Xubileo dos Bispos*, (08.10.2000)

⁶⁵- XOÁN PAULO II, *PDV* 74

1.4. O bispo na súa diocese

Todo o anterior éo o bispo no medio dunha igrexa particular, nunha diocese concreta. A Igrexa faise realidade efectiva alí onde un bispo en comunión cos demais bispos e, sobre todo, co sucesor de Pedro, anuncia o evanxeo, celebra a Eucaristía e anima a caridade universal. Alí acontece a realidade de graza que constitúe a Igrexa, antes que os elementos institucionais ou as dimensións xurídicas. É na súa diocese onde o bispo non é delegado do Papa, senón sucesor dos apóstolos e vicario de Cristo. “Onde aparece o bispo, alí está tamén o seu pobo, o mesmo que onde está Cristo, alí está a Igrexa católica”, afirma san Ignacio de Antioquía⁶⁶. San Cipriano usa expresións como estas: “o bispo está na Igrexa e a Igrexa no bispo”⁶⁷; a Didascalia di que a Igrexa está no bispo como o río na fonte, como o fillo no pai, como o pobo no rei, como o efecto na causa. Por aquí chégase ao tema do bispo esposo da Igrexa local, icono de Cristo esposo; o anel episcopal é considerado como signo deses desposorios ata no Pontifical. Por iso o bispo non pode cambiar pola súa conta a outra diocese máis digna, nin pode haber dous bispos presidindo a mesma diocese.

Cunha bellísima imaxe exhorta S. Ignacio de Antioquia á unidade perfecta que debe haber entre o bispo, os presbíteros e os fieis. Todos han de formar un único coro para poder cantar un só himno a Xesucristo; nel debe reinar tal unión e concordia que soe como unha melodía que o Pai poida escoitar e recoñecer como a dos membros do seu Fillo. “Por isto debedes estar acordes co sentir do voso bispo, como xa o facedes. E en canto ao voso colexio presbiteral, digno de Deus e do nome que leva, está harmonizado co voso bispo como as cordas dunha lira. Este voso acordo e concordia no amor é como un himno a Xesucristo. Procurade todos vós formar parte dese coro, de modo que, pola vosa unión e concordia no amor, sexades como unha melodía que se eleva a unha soa voz por Xesucristo ao Pai, para que vos escoite e vos recoñeza, pola vosa boas obras, como membros do seu Fillo. Convenvos, xa que logo, mantervos nunha unidade perfecta, para que sexades sempre partícipes de Deus”⁶⁸.

O bispo non chega á diocese como un estraño, senón como un irmán maior, como un pai e un amigo dentro da familia eclesial. E a súa obrigación primeira é asumir o percorrido espiritual da Igrexa á fronte da cal foi posto polo Señor, valorar a súa historia de fe, tratar de potenciar todo o positivo que atopa á súa chegada, corrixir pacientemente as súas lagoas e deficiencias e non intentar impoñer os seus plans preestablecidos e os seus gustos persoais.

⁶⁶- S. IGNACIO DE ANTIOQUÍA, Smyrn. 8,2.

⁶⁷- S. CIPRIANO, Epist. 66,8

⁶⁸- S. IGNACIO DE ANTIOQUÍA, Carta ós efesios, 2,2-5: L.H. vol III, 61

No ministerio do bispo entra tamén a disponibilidad ao sufrimento. O bispo non pode considerar o seu ministerio como procura de honores ou como capacidade para influír dentro da sociedade na que vive. Máis ben ha de estar disposto a asumir o sufrimento que sen dúbida lle chegará. Así xustamente o bispo entra en comunión co seu Señor crucificado e resucitado. “Que o autor da carta de Pedro use a frase de Isaías ‘polas súas feridas fomos sanados’ co término ‘pastor e bispo’ para designar a Cristo, é profundamente revelador da experiencia cristiá primitiva. A acción e a paixón, a vixilancia e a paciencia, a compañía silenciosa e a intercesión orante son igualmente esenciais ao episcopado, xa que elas foron as características de Cristo, primeiro pastor e bispo das nosas almas”⁶⁹. O Papa Benedicto XVI aplicaba este principio en Valencia: “En momentos ou situacións difíciles, dicíanos o Papa aos bispos españois, recordade aquelas palabras da Carta aos Hebreos: “corramos na carreira que nos toca, sen retirarnos, fixos os ollos no que iniciou e completa a nosa fe: Jesús, que, renunciando ao gozo inmediato, soportou a cruz, sen medo á ignominia [...], e non vos cansedes nin perdades o ánimo” (12, 1-3). Proclamade que Jesús é “o Cristo, o Fillo de Deus vivo” (Mt 16, 16), “o que ten palabras de vida eterna” (cf. Jn 6, 68), e non vos cansedes de dar razón da vosa esperanza (cf. 1 P 3, 15)”⁷⁰.

O bispo, xunto cos seus fieis, escoita cada día de beizos de Jesús: “Non temades, eu vencín ao mundo”. “A falta máis grande do apóstolo -dicía o cardeal Wizinski falando desde a situación que lle tocou vivir- é o medo. A falta de fe no poder do Mestre esperta o medo; e o medo oprime o corazón e aperta a garganta. O apóstolo deixa entón de profesar a súa fe. ¿Sigue sendo apóstolo? Os discípulos que abandonaron ao Mestre aumentaron a coraxe dos verdugos. Quen cala ante os inimigos dunha causa envalentónaos. O medo do apóstolo é o primeiro aliado dos inimigos da causa. ‘Obrigado a calar mediante o medo’, iso é o primeiro na estratexia dos impíos. O terror que se utiliza en toda ditadura está calculado sobre o mesmo medo que tiveron os Apóstolos. O silencio posúe a súa propia elocuencia apostólica soamente cando non se retira o rostro ante quen o golpea. Así calou Cristo. E nesa actitude súa demostrou a súa propia fortaleza. Cristo non se deixou aterrorizar polos homes. Saíndo ao encontro de turba dixo con valentía: ‘Son eu’ ”⁷¹.

2. AS FUNCIÓNS DO BISPO.

Non se esgotan, pero se poden sintetizar nas tres que historicamente se impuxeron: El é mestre, sacerdote e pastor. Agora ben estas tres funcións haas

⁶⁹- O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *El Obispo en la Iglesia...*, 74

⁷⁰- BENEDICTO XVI, *Mensaje a los Obispos españoles*, Valencia, 8 de julio de 2006

⁷¹- Citado por XOÁN PAULO II, *¿Levantáos, vamos!*, Plaza Janés, Madrid 2004, 164

de exercer o bispo cos “trazos propios do Bo Pastor: caridade, coñecemento da grei, solicitude por todos, misericordia para cos pobres, peregrinos e indixentes, ir en busca das ovellas extraviadas e devolvelas ao único curro”⁷². E non esquezamos que o bispo ten que exercer as tres dun xeito harmónico e equilibrado.

2.1. *Mestre.*

O bispo remite ao onte normativo de Jesús, predica o evanxeo coa garantía apostólica, abre á comunidade católica, liberando dos límites particulares. El é auténtico mestre na fe, cun maxisterio humilde e respectuoso, atento ás esixencias pedagóxicas e aos carismas que o Espírito suscita nas súas comunidades. Sentarse na sé como mestre é o signo máis importante na toma de posesión do bispo. “A sé -escribe Tillard- ten unha significación eclesiolóxica moi rica. De xeración en xeración segue sendo a mesma, simbólicamente portadora da fe, da tradición, da historia, nunha palabra da memoria desa Igrexa local”⁷³. A catedral é o ‘santuario da sé episcopal e, xa que logo, da memoria da Igrexa local. Os que exercen o ministerio episcopal no corpo de Cristo non deben separarse da ‘sinfonía’ de todo o pobo de Deus, aínda desempeñando a súa propia función. E necesitan estar atentos ao *sensus fidelium* do que participan.

Como heraldo e mestre da Palabra de Deus, o bispo terá sempre presente aquela coñecida exhortación de San Xerome, citada polo Concilio Vaticano II: “Descoñecer a Escritura é descoñecer a Cristo”⁷⁴. Con San Ignacio de Antioquía, o bispo pode dicir: “refuxieime no Evanxeo, coma se nel estivese corporalmente presente o mesmo Cristo”⁷⁵

Ante o relativismo e o subxectivismo que contaminan boa parte da cultura contemporánea, os bispos estamos chamados a promover a unidade doutrinal dos fieis. Atentos a toda situación en que se perde, se ignora, ou se debilita a fe, traballamos con todas as nosas forzas na evanxelización, animando igualmente a sacerdotes, relixiosos e laicos. O bispo, na era dixital, non pode ser un manaxer ou un mero administrador, debe ser un misioneiro. Benedicto XVI recomendábanos en Valencia: “Seguide, pois, proclamando sen desánimo que prescindir de Deus, actuar coma se non existise ou relegar a fe ao ámbito meramente privado, socava a verdade do home e hipoteca o futuro da cultura e da sociedade. Pola contra, dirixir a mirada ao Deus vivo, garante da nosa liberda-

⁷²- XOÁN PAULO II, *Pastores gregis*, 7

⁷³- J. M. R. TILLARD, *La Iglesia local*, 244 con bibliografía na nota 189

⁷⁴- S. JERÓNIMO, *Comm. in Is., Prol*; PL 24,17

⁷⁵- S. IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *A los Filadelfios*, 5: PG 5, 700

de e da verdade, é unha premisa para chegar a unha humanidade nova. O mundo necesita hoxe de modo particular que se anuncie e se dea testemuño de Deus que é amor e, xa que logo, a única luz que, no fondo, ilumina a escuridade do mundo e dános a forza para vivir e actuar (cf. Deus caritas est, 39)".

A condición de mestres non nos permite esquecer a condición de discípulos, máis ben de condiscípulos xunto cos fieis, do único Mestre. Non debemos esquecer nunca a recomendación de S. Buenaventura: "Non basta a lección, sen a unción, a especulación sen a devoción, a investigación sen a admiración, a circunspección sen a exultación, a industria sen a piedade, a ciencia sen a caridade, a intelixencia sen a humildade, o estudo sen a graza". E con San Gregorio Magno tamén os bispos de hoxe temos que recoñecer sincera e humildemente as nosas faltas e pecados: "Refirome -di el- a que nos vemos arrastrados a vivir dun xeito mundano, buscando o honor do ministerio episcopal e abandoando, en cambio, as obrigas deste ministerio. Descoidamos, en efecto, fácilmente o ministerio da predicación e, para vergonza nosa, continuámonos chamando bispos; plácenos o prestixio que dá este nome, pero en cambio non posuímos a virtude que este nome esixe. Así contemplamos plácidamente como os que están baixo o noso coidado abandonan a Deus, e nós non dicimos nada; afúndense no pecado, e nós nada facemos para darlles a man e sacalos do abismo"⁷⁶

O ministerio da Palabra require do bispo saber falar e tamén saber calar: "O pastor debe saber gardar silencio con discreción e falar cando é útil, de tal modo que nunca diga o que se debe calar nin deixe de dicir aquilo que hai que manifestar"⁷⁷, recomendaba o mesmo S. Gregorio. As longas homilias e alocucións dos bispos, cando non puideron ser medianamente preparadas, lonxe de edificar aos fieis, aburren e desaniman. Xoán Paulo II fixo fincapé na necesidade de formación permanente tamén para o bispo.⁷⁸

2.2 Sacerdote.

O bispo celebra os sacramentos da fe, especialmente a Eucaristía. As celebracións sacramentais, e de xeito especial a Eucaristía, son o centro ao que converge e do que mana a acción pastoral do bispo. De tal xeito a eucaristía é específica do episcopado que xa no século II afirma S. Ignacio de Antioquía: "Só é válida a eucaristía celebrada polo bispo ou por quen foi autorizado por el"⁷⁹.

⁷⁶- SAN GREGORIO MAGNO, *Homilias sobre os evanxeos* 17, 14: PL 76, 1146

⁷⁷- S. GREGORIO MAGNO, *Regla Pastoral*, libro 2, 4: PL 77, 30-31

⁷⁸- XOAN PAULO II, *Pastores gregis* 24

⁷⁹- S. IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *A los Esmirniotas*, 8,1

Celebrar ben é unha verdadeira arte, comentaba o Papa Benedicto XVI aos sacerdotes de Albano (Italia). É necesario comprender a estrutura da liturxia e a súa articulación que se desenvolveu ao longo de dous milenios Na medida en que interioricemos esta estrutura e as palabras que usamos na liturxia, poderemos entrar no “nós” da Igrexa que ora. Así noso celebrar é realmente celebrar “con” a Igrexa: o noso corazón ensanchouse e non facemos algo, senón que estamos “con” a Igrexa en coloquio con Deus. O elemento fundamental da verdadeira *ars celebrandi* é, xa que logo, esta consonancia, esta concordia entre o que dicimos cos beizos e o que pensamos co corazón. Celebrar ben non é unha especie de teatro, de espectáculo senón unha invitación á interioridade, que se fai sentir e resulta aceptable e evidente para a xente que participa. Debe haber unha preparación adecuada da celebración: os acólitos, os lectores, o coro... todos deben saber moi ben o que teñen que facer; o altar debe estar adornado adecuadamente segundo os tempos litúrxicos.

Por outra banda, “a oración persoal do Bispo ha de ser especialmente unha pregaría típicamente «apostólica», é dicir, elevada ao Pai como intercesión por todas as necesidades do pobo que lle foi confiado. No Pontifical Romano, este é o último compromiso que asume o elixido ao episcopado antes da imposición de mans. O bispo que o ordena preguntalle: “¿Perseverarás na oración a Deus Pai Todopoderoso e exercerás o sumo sacerdocio con toda fidelidade?”. O Bispo ora moi en particular pola santidad dos seus sacerdotes, polas vocacións ao ministerio ordenado e á vida consagrada e para que na Igrexa sexa cada vez máis ardente a entrega misionera e apostólica” [...] Cada Bispo, pois, ora co seu pobo e polo seu pobo. Á súa vez, é edificado e axudado pola oración dos seus fieis, sacerdotes, diáconos, persoas de vida consagrada e laicos de toda idade. Para eles é educador e promotor da oración. Non soamente transmite o que contemplou, senón que abre aos cristiáns o camiño mesmo da contemplación. Deste xeito, o coñecido lema *contemplata aliis tradere* convértese así en *contemplationem aliis tradere*”⁸⁰

“Hai unha figura bíblica que parece particularmente idónea para ilustrar a semblanza do Bispo como amigo de Deus, pastor e guía do pobo. Trátase de Moisés. Fixándose nel, o Bispo pode atopar inspiración para o seu ser e actuar como pastor, elixido e enviado polo Señor, valente ao conducir o seu pobo cara á terra prometida, intérprete fiel da palabra e da lei do Deus vivo, mediador da alianza, ferviente e confiado na oración en favor da súa xente. Como Moisés, que tralo coloquio con Deus na montaña santa volveu ao seu pobo co rostro radiante (cf. Ex 34, 29-30), o Bispo poderá tamén levar aos seus irmáns os signos do seu ser pai, irmán e amigo só se entrou na nube escura e luminosa do misterio do Pai, do Fillo e do Espírito Santo. Iluminado pola luz da Trini-

⁸⁰_ XOAN PAULO II, Pastores gregis, 17

dade, será signo da bondade misericordiosa do Pai, imaxe viva da caridade do Fillo, transparente home do Espírito, consagrado e enviado para conducir ao Pobo de Deus por las sendas do tempo na peregrinación cara á eternidade”⁸¹

2.3. Pastor.

O bispo é quen, polo encargo e coa autoridade de Cristo, dándolle rostro e presenza, ‘vela sobre’, ‘coida’ do Evanxeo e da Igrexa. El representa e fai visible a Cristo, “pastor e bispo das nosas almas” e pode ser chamado lexítimamente testemuña, vicario, legado seu, heraldo do evanxeo, ecónomo da igrexa de Deus, doutor, xuíz, intérprete da Escritura santa, pastor, pai.

“La referencia a los cantos del Siervo -recorda O. González de Cardedal-, como trasfondo del término ‘episcopos’, es un aspecto esencial. El ‘mirar por’ (*episkopein*) de Cristo no ha sido el propio de la autoridade exigente, del que ejerce justicia o reclama contribuciones de los otros, sino del que pone su vida por ellos, carga con su destino y lleva los pecados de ellos sobre el propio corpo al madero. Quien ha velado y se ha desvelado por los hombres, quien ha vivido con ellos y por ellos se ha desvivido, bien puede ser identificado como buen pastor y el real ‘*episkopos*’ de nuestras almas. La grandeza del pastor Jesús (‘ton poimenan ton megan’: Heb. 13,20) y la belleza de su servicio, acreditado hasta la cruz (*ego eimí ou poimenen ou kalós*: Jn 10,11) son la norma y el modelo de todo ejercicio del ministerio episcopal”⁸².

Xa que logo, o bispo, como auténtica testemuña e ministro do evanxeo, ha de ser pobre e ha de vivir austeramente. Esíxeo o testemuño que debe dar de Cristo pobre; esíxeo tamén a solicitude da Igrexa para cos pobres, polos cales se debe facer unha opción preferencial. A opción do Bispo de vivir o propio ministerio na pobreza contribúe decididamente a facer da Igrexa a ‘casa dos pobres’. ‘Pai dos pobres’ foi sempre un título dos pastores da Igrexa e debe selo tamén hoxe⁸³.

O bispo ha de santificarse no exercicio do seu ministerio sen presentarse como un superhome, senón máis ben asumindo as debilidades propias e alleas, nas tarefas e nos imprevistos cotiáns, facendo fronte a problemas persoais e institucionais. Xa San Gregorio Magno constataba con dor: «Desde que carguei sobre os meus ombreiros a responsabilidade, éme imposible gardar o recollemento que eu querería, solicitado como estou por tantos asuntos. Véxome, en

⁸¹- XOAN PAULO II, *Pastores gregis*, 12

⁸²- O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *El Obispo en la Iglesia...*, 73-74

⁸³- Cf. XOÁN PAULO II, *Pastores gregis*, 20

efecto, obrigado a dirimir as causas, ora das diversas Igrexas, ora dos mosteiros, e a xulgar con frecuencia da vida e actuación dos individuos en particular [...]. Estando o meu espírito disperso e desgarrado con tan diversas preocupacións, ¿como vou poder concentrarme para dedicarme de maneira total á predicación e ao ministerio da palabra? [...] ¿Que son eu, xa que logo, ou que clase de ataiaia son, que non estou situado, polas miñas obras, no alto da montaña?"⁸⁴. Que os bispos perdamos capacidade de influír na marcha da sociedade actual e a desconfianza dalgúns fieis cara ao seu bispo, son realidades que temos que asumir con serenidade, aínda que non deba darse todo por perdido.

San Isidoro de Sevilla retrata así ao 'bispo ideal'⁸⁵ desenvolvendo o seu ministerio pastoral: "A súa conversación ha de ser pura, simple, aberta, chea de gravidade e honestidade, chea de suavidade e de graza, tratando do misterio da lei, da doutrina da fe, da virtude da continencia, da disciplina da xustiza, amonestando a cada un cunha exhortación diversa segundo a calidade da súa profesión e dos costumes, a saber que coñeza previamente que ha de dicir, cando o ha de dicir ou como o ha de dicir. O seu especial oficio, antes dos demais, é ler as Escrituras, repasar os cánones, imitar os exemplos dos santos, dedicarse ás vixilias, xexúns e oracións, ter paz cos irmáns, non desprezar a ningún dos seus membros, non condenar a ninguén sen comprobación, non excomungar a ninguén sen discusión. O cal así terá en alto grao a humildade e a autoridade simultaneamente, para que nin por humildade excesiva faga fortalecerse aos vicios dos seus súbditos, nin por unha autoridade inmoderada exercite unha potestade de severidade; senón que actúe con tanta maior cautela con respecto aos que lle foron confiados, canto con maior dureza teme ser xulgado por Cristo"⁸⁶.

Caridade, vixilancia, doutrina e santidad de vida son as catro virtudes que deben adornar ao bispo, segundo Santo Tomás de Villanueva: "Catro son as condicións que debe reunir o bo pastor. En primeiro lugar, o amor: foi precisamente a caridade a única virtude que o Señor esixiu a Pedro para entregarlle o coidado do seu rebaño. Logo, a vixilancia, para estar atento ás necesidades das ovelas. En terceiro lugar, a doutrina, co fin de poder alimentar aos homes ata levalos á salvación. E, finalmente, a santidad e integridade de vida. Esta é a principal de todas as virtudes. En efecto, un prelado, pola súa inocencia debe

⁸⁴_ SAN GREGORIO MAGNO, *Hom. in Ez.*, I, 11: PL 76, 908

⁸⁵_ En diversos momentos históricos perfiláronse as cualidades ideais do bispo. Así naceron os "*espejos del ministerio y de la vida episcopal*" coma os clásicos de Frei Luis de Granada, B. Carranza. T. Azcona publicou "*el tipo ideal de obispo en la iglesia española antes de la rebelión luterana*": *Hispania Sacra* 11 (1958) 21-64 e J. I. Tellechea, *El obispo ideal en el siglo de la Reforma*, Roma 1963.

⁸⁶_ SAN ISIDORO DE SEVILLA, *De ecclesiasticis officiis* 2,5 17: PL. 83, 785s

tratar cos xustos e cos pecadores, aumentado coas súas oracións a santidade duns e solicitando con bágoas o perdón dos outros”⁸⁷. Ser ao mesmo tempo firme e flexible, solicitar sinceramente o parecer de sacerdotes, consagrados e fieis laicos, sen renunciar á última responsabilidade propia, é algo nada fácil á hora de exercer a tarefa de goberno propia do ministerio episcopal.

Xoán Paulo II advertía que o bo Pastor non é só o guía eficiente e organizado, senón que debe ser, sobre todo, pastor bo. Calquera programa pastoral, a catequese en todos os niveis e a ‘cura animarum’ en xeral de todo o pobo fiel, ha ter como referencia a santidade de Xesús⁸⁸.

O bispo realiza a súa misión de pastor da comunidade non só ensinando, senón tamén exhortando, animando, consolando, alentando a esperanza e sostendo a alegría. E tamén ha de ser pastor do pobo santo de Deus aplicando a lei da Igrexa, o Código de Dereito Canónico, que expresa o carácter sagrado e inviolable do bautizado. “Quien desprecia el derecho, niega el evangelio; y quien niega el evangelio, no tendrá capacidad para respetar el derecho del prójimo, que no es anulado por la gracia, sino acrecentado en la medida en que el santo es quien más respeto tiene por la libertad y por los derechos del prójimo”⁸⁹.

Un consolo grande para o bispo, entre moitos outros, é contar coa oración asidua dos seus sacerdotes, consagrados e fieis laicos. Saber que en cada Eucaristía que se celebra na súa diocese pídese por el, animao e confórtao grandemente. Tamén se sente apoiado pola oración e a axuda solícita dos seus irmáns no episcopado. As divisións entre os bispos das que frecuentemente falan os medios de comunicación son máis invención súa que auténtica realidade, na miña modesta opinión. Moi por encima das diferenzas de caracteres e opinións resalta a fraternidade e a axuda mutua entre os bispos. Lemos na Exhortación Apostólica ‘Pastores gregis’: “Tamén a nosa comunión no corpo episcopal, do que formamos parte pola consagración, é unha formidable riqueza, posto que é unha axuda inapreciable para ler con atención os signos dos tempos e discernir con claridade o que o Espírito di ás Igrexas”. E continúa expresando algo que un experimenta nada máis empezar a exercer o ministerio episcopal: “No corazón do Colexio dos Bispos está o apoio e a solidariedade do Sucesor do apóstolo Pedro, cuxa potestade suprema e

⁸⁷- SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA (1486-1555), *De un sermón sobre el evangelio del buen Pastor*: Divi Thomae a Villanueva Opera Omnia, Manila 1822, 324-325

⁸⁸- Cf. JUAN PABLO II, *Discurso con motivo de la visita ad límina del primer grupo de obispos brasileños* (31.08.2002): *Ecclesia* 3119 (21.09.02) 28

⁸⁹- O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *El Obispo en la Iglesia...*, 147

universal non anula, senón que afirma, reforza e protexe a potestade dos Bispos, sucesores dos Apóstolos”⁹⁰.

3. O SERVIZO DO BISPO AOS SACERDOTES, CONSAGRADOS E SEGRARES

3.1. O servizo do bispo aos sacerdotes.

Os sacerdotes, xunto co bispo, participan do ministerio apostólico por vontade de Xesucristo na súa tripla función profética, sacerdotal e rexia. Aínda que a autoridade que posúen referida ao anuncio autorizado do Evanxeo, á celebración dos sacramentos e á guía do pobo de Deus non é plena e última como a do bispo, senón parcial e referida a el.

A primeira e primordial tarefa do bispo é velar polos seus sacerdotes e servilos como verdadeiro pai, irmán e amigo, ao mesmo tempo. Este servizo aos sacerdotes tradúcese diariamente en acollelos, escoitalos co corazón, aínda cando non estea na súa man resolver todos os seus problemas. “Frente al viejo modelo aristocrático del obispo que dictaba decretos o recordaba los dogmas al cura destinado a una parroquia y frente al nuevo modelo democrático de obispo, que intercambia noticias, comenta situaciones pero no entra en los problemas de fondo que la persona sufre anhelando luz en unos casos y axuda en otros, ha de existir una forma de ministerio episcopal que, naciendo de una real paternidad y ejercitándose siempre desde la real amistad, sea a la vez palabra que ilumina, potencia que conforta e ejemplaridad que guía”⁹¹.

Como pais en Cristo, di o Vaticano II (LG 28), teñan coidado dos seus fieis, a quen pola doutrina e o bautismo procrearon espiritualmente. Cando o novo bispo da diocese lle preguntou ao cura de Ars cal debería ser a súa ocupación primordial e como debería cumprila, respondeulle: “Preocúpese dos seus sacerdotes e ámeos como un pai ama aos seus fillos”. Ser pais di xeración, coidado, desvelo, protección, preparación para o exercicio da liberdade, facilitar no seu momento a emancipación do fillo sen deixar por iso de quererlle. Sempre se é pai ao longo da vida do fillo e nunca o fillo corta do todo os vínculos co pai.

“É moi antiga a tradición que presenta ao Bispo como imaxe do Pai, o cal, como escribiu san Ignacio de Antioquía, é como o Bispo invisible, o Bispo de todos. Por conseguinte, cada Bispo ocupa o lugar do Pai de Xesucristo, de tal modo que, precisamente por esta representación, debe ser respectado por todos. Por esta estrutura simbólica, a cátedra episcopal, que especialmente na tradición da Igrexa de Oriente recorda a autoridade paterna de Deus, só pode

⁹⁰- XOÁN PAULO II, *Pastores gregis*, 73

⁹¹- O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *El Obispo en la Iglesia...*, 174

ser ocupada polo Bispo. Desta mesma estrutura derivase para cada Bispo o deber de coidar con amor paternal ao pobo santo de Deus e conducilo, xunto cos presbíteros, colaboradores do Bispo no seu ministerio, e cos diáconos, pola vía da salvación. Viceversa, como exhorta un texto antigo, os fieis deben amar aos Bispos, que son, logo de Deus, pais e nais. Por iso, segundo un costume común nalgunhas culturas, bícase a man ao Bispo, coma se fose a do Pai amoroso, dador de vida”⁹²

Para que a paternidade non derive en paternalismo necesita complementarse coa amizade. E é ben sabido que a amizade ou atopa iguais ou os fai. Bispos e presbíteros participan en común do ministerio apostólico, da responsabilidade pola Igrexa, das esixencias do coidado diario dos fieis. O sacerdote recibe o encargo pastoral por medio do bispo, pero unha vez recibido pola súa mediación, acólleo como don de Deus e directamente de Deus recibe a graza e a esixencia.

Estou plenamente convencido -diciavos recentemente chegado á diocese de que, como dixo o Papa Xoán Paulo II de amada memoria, “unha diocese funciona ben só se o seu clero está unido xubilosamente, en fraterna caridade, ao redor do seu bispo”⁹³. O apoio recíproco, dos sacerdotes ao bispo e do bispo aos sacerdotes, defende a todos do desalento e da tendencia á mediocridade.

“La nueva situación social del sacerdote, que ya no vive enclavado en un contexto familiar protector ni encuentra siempre una acogida parroquial confortadora, engendra una soledad institucional y un desamparo afectivo graves. Si antes era percibido y se vivía como un padre de familia, con un entorno de reverencia y protección, hoy se encuentra con un cerco de distancia en unos casos y de soledad en otros, cando no de una peligrosa cercanía apropiativa por parte de grupos tentados a utilizarlo como instrumento para el propio servicio. Si la figura social anterior era la de un padre, la de ahora es la de un soltero o un monge. Pero de hecho, el non es ninguna de las dos cosas. Por eso es necesario construir una conciencia de familia sacerdotal diocesana, dentro de la cual cada sacerdote se sepa siendo alguien, acogido en un sentido y valorado en otro. No se trata de restaurar un corporativismo clerical, pero sí de revivir una fraternidad sacerdotal que ayude al sacerdote a existir con aquella confianza, dignidad espiritual y garbo intelectual que son siempre necesarios para la misión evangelizadora”⁹⁴

⁹²- XOÁN PAULO II, Pastores gregis, 7

⁹³- XOÁN PAULO II, *Homilía na clausura do Sínodo de Bispos* 27.10.2001

⁹⁴- O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *El obispo en la Iglesia...*, 179-180

Os sacerdotes pola súa banda, lonxe de constituír un cerco clerical que impide o contacto directo do bispo cos seglares, deben axudarlle a inserirse na realidade por medio do contacto directo coas persoas, grupos e movementos que realmente inflúen na marcha da sociedade.

Hoxe, dada a escaseza dos nosos seminaristas e a avanzada idade dalgúns dos nosos sacerdotes, necesitamos que o Señor non bendiga con novas vocacións ao ministerio sacerdotal. Así o debemos pedir e nesta tarefa témonos de empeñar con forza e con perseveranza. Non nos quedemos en considerar se diminuíu a natalidade ou se creceu o ambiente secularista. Preguntémonos máis ben: ¿Non haberá alguén chamado por Deus que non é capaz de escoitar a súa chamada porque nós non lle axudamos a quitarse os cascos que o están distraendo con músicas diversas?

3.2. O servizo do bispo aos consagrados.

“O Bispo -recordaba Xoán Paulo II- é pai e pastor de toda a Igrexa particular. A el compete recoñecer e respectar cada un dos carismas, promovelos e coordenalos. Na súa caridade pastoral debe acoller, xa que logo, o carisma da vida consagrada como unha graza que non concierne só a un Instituto, senón que incumbe e beneficia a toda a Igrexa. Procurará, pois, sustentar e prestar axuda ás persoas consagradas, a fin de que, en comunión coa Igrexa e fieis á inspiración fundacional, se abran a perspectivas espirituais e pastorais en harmonía coas esixencias do noso tempo. As persoas consagradas, pola súa banda, non deixarán de ofrecer a súa xenerosa colaboración á Igrexa particular segundo as propias forzas e respectando o propio carisma, actuando en plena comunión co Bispo no ámbito da evanxelización, da catequese e da vida das parroquias”⁹⁵

3.2.1. Un tempo de dificultades para os consagrados

A vida relixiosa vese afectada e interpelada hoxe por cambios sociais e culturais radicais. Asistimos ao nacemento dunha cultura e unhas subculturas novas con símbolos e estilos de vida moi diversos dos que nós coñecemos.

Máis concretamente, as dificultades que hoxe deben afrontar as persoas consagradas son moi variadas e profundas:

- * En moitas das vosas comunidades vivides con moita intensidade cada día que sodes menos e ídesvos facendo maiores

⁹⁵_ XOÁN PAULO II, VC 49

- * Por outra banda, se o terceiro milenio trae consigo o protagonismo dos laicos, das asociacións e dos movementos eclesiais, preguntádesvos sinceramente: ¿cal será o posto reservado ás formas tradicionais de vida consagrada?
- * Tampouco podemos ignorar que, ás veces, dentro da mesma Igrexa non se ten na debida consideración aos consagrados e consagradas. E ata se dá unha certa desconfianza cara a eles.
- * É indubidable, ademais, que ante a progresiva crise relixiosa que asalta a gran parte da nosa sociedade, as persoas consagradas, hoxe de xeito particular, vense obrigadas a buscar novas formas de presenza e a suscitarse non poucos interrogantes sobre o sentido da súa identidade e do seu futuro.
- * Con certa frecuencia saltan aos titulares da prensa consagrados, sobre todo en terreos de misión, capaces de dar un testemuño heroico e de entregarse ata o martirio. Pero os consagrados -como os demais seguidores de Xesucristo- coñecen tamén a insidia da mediocridade na vida espiritual, do aburguesamiento progresivo e da mentalidade consumista. E, xunto a todo isto, a tentación do activismo e buscar a eficacia por encima de todo, corren o risco de ofuscar a orixinalidade evanxélica e de debilitar as motivacións espirituais.

3.2.2. *As dificultades, un tempo de graza*⁹⁶

As dificultades do momento actual poden levar ao pesimismo, ao encollemento, buscando refuxio na nostalgia de tempos pasados e maldicindo, dalgún modo, os tempos presentes. Polo camiño da añoranza axiña chegaremos inevitablemente á decadencia, á esterilidade e á amargura.

Pero tamén se poden vivir as dificultades do momento tratando de ver nelas mesmas unha auténtica chamada do Espírito Santo. Á fin e ao cabo a vida consagrada non a inventamos nós. É o Espírito o que a crea, recréaa e transfórmaa; é El quen a impulsa constantemente á fidelidade creativa.

* Convivir, por exemplo, nunha sociedade onde con frecuencia reina a cultura da morte, pode converterse nun reto a ser con máis forza testemuñas e portadores de vida e esperanza para os nosos contemporáneos. O noso

⁹⁶ Para todo o que segue Cfr. CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA SPOSTÓLICA, *Caminar desde Cristo: un renovado compromiso de la vida consagrada en el Tercer Milenio*, 12 ss

mundo e a nosa Igrexa necesitan persoas integradas, maduras, dispoñibles e gozosas, sen apegos e sen medos nin represións parvas.

- * Os consellos evanxélicos de castidade, pobreza e obediencia, vividos por Cristo na plenitude da súa humanidade de Fillo de Deus e abrazados polo seu amor, aparecen como un camiño para a plena realización da persoa en oposición á deshumanización, representan un potente antídoto á contaminación do espírito, da vida, da cultura; e unha proclamación da liberdade dos fillos de Deus, da alegría de vivir segundo as benaventuranzas evanxélicas. A pobreza vivida en clave de solidariedade e comunión, desde unha vida modesta e sinxela que a faga crible, é algo que desconcerta, sorprende e admira. Dependendo únicamente de Deus estades chamados a vivir unha liberdade que vos impide ser escravos de nada nin de ninguén neste mundo. Haberdes de prestar un pouco máis de atención ao voso ser no canto de vivir atenzados polos excesivos quefaceres de cada día.
- * A perda de estima por parte dalgún sector da Igrexa pola vida consagrada, pode vivirse como unha invitación a unha purificación liberadora. A vida consagrada non debe buscar as loanzas e as consideracións humanas; a súa recompensa consiste no gozo de traballar activamente ao servizo do Reino de Deus, para ser xerme de vida que crece no silencio máis discreto, sen esperar outra recompensa que a que o Pai dará ao final (cf. Mt 6, 6). Na chamada do Señor, no seu seguimento, amor e servizo incondicionais, atopa a súa identidade que o colma de vida e lle confire plenitude de sentido. Non podemos vivir para conservar estruturas, ás veces tan pesadas, que nos converten en pequenos empresarios ou xestores, senón para alixeiralas e poñelas ao servizo do Espírito, que é ao que en definitiva teñen que servir. Na nosa sociedade e na nosa Igrexa, os consagrados verificarán a súa experiencia de Deus vivindo en servizo, a misericordia, o acollemento do estranxeiro.
- * Se nalgúns lugares as persoas consagradas son pequeno rebaño porque son poucas e maiores, este feito pode interpretarse como un signo providencial que invita a recuperar a propia tarefa esencial de levadura, de fermento, de signo e de profecía. Canto máis grande é a masa que hai que fermentar, tanto máis rico de calidade deberá ser o fermento evanxélico, e tanto máis excelente o testemuño de vida e o servizo carismático das persoas consagradas. Utilizando o símil do automóbil díxose que o problema da vida relixiosa hoxe non é de carrocería, nin de equipamiento ou deseño aerodinámico..., senón de

motor, de responsabilidade persoal, de revisión de sistemas internos de formación para a madurez humana, cristiá e de vida consagrada.

- * A universalidade da vocación á santidad por parte de todos os cristiáns, lonxe de considerar superfluo o pertencer a un estado particularmente apto para conseguir a perfección evanxélica, pode ser un ulterior motivo de gozo para as persoas consagradas porque están agora máis próximas aos outros membros do pobo de Deus cos que comparten un camiño común de seguimento de Cristo, nunha comunión máis auténtica, na emulación e na reciprocidade, na axuda mutua da comunión eclesial, sen superioridades ou inferioridades enfermizas. Ao mesmo tempo, esta toma de conciencia é un chamamento a comprender o valor do signo da vida consagrada en relación coa santidad de todos os membros da Igrexa.

En definitiva estes retos poden constituír un forte chamamento a profundar a vivencia propia da vida consagrada, cuxo testemuño é hoxe máis necesario que nunca. É oportuno recordar como os santos fundadores e fundadoras souberon responder cunha xenuína creatividade carismática aos retos e ás dificultades do propio tempo, que seguramente non foi nin mellor nin peor que o noso.

O futuro da Vida Consagrada está en mans de Deus, que son as mellores mans, pero tamén depende da resposta lúcida, creativa e coherente ás chamadas que o Espírito fai nos nosos días. Os consagrados han de lograr articular ben tres elementos: 1. Unha relación persoal, intensa e gozosa con Deus, convertido na única razón de vivir, xunto coa capacidade de iniciar aos demais no encontro co Señor que sobrecolle, cativa e entusiasma. 2. Unha vida que, firmemente asentada en Deus, non sexa allea ás dores do mundo, senón que, no medio deles e sen desentenderse deles, descubra a presenza do Deus da esperanza e do consolo. 3. Un estilo de vida sinxelo e fraternal, que sexa unha alternativa ao consumismo e a competitividade que xera a economía de mercado na que nos vemos involucrados.

3.3. O servizo do bispo aos segrares.

O bispo ha de estimular a vocación e misión dos segrares na Igrexa como 'luz do mundo', 'sal da terra', 'fermento'... mediante a vivencia da súa propia espiritualidade: 'Igrexa no mundo', chamados á santidad xestionando segundo Deus as realidades temporais. O que define aos fieis laicos non é a pertenza a unha clase social, nin unha calidade intelectual, nin un estatus económico, nin a calidade de cidadáns. Tampouco os define unha coherencia ética, pois son pecadores. Si os define, con todo, a súa pertenza a Cristo. El é o Señor,

por el e para el vale a pena a vida: nacer, crecer, amar, sufrir, traballar, casar, procrear fillos... e tamén morrer, pois a súa graza vale máis que a vida. A dignidade do cristián non reside en ser san, sen defectos, nin en vivir pendentos da última moda, nin en ser eficientes, etc. A nosa dignidade, de todos os bautizados, reside en ser Fillos de Deus, e formar así, como natural consecuencia, un pobo de homes libres, non escravos dos poderes deste mundo, senón servos de Deus, e por iso, libres. E, ¿que realizou en nós o encontro con Cristo? O encontro con El espertou a nosa humanidade. En efecto, Cristo é a resposta ás esixencias constitutivas do corazón humano; á sede de verdade, de xustiza, de amor, de beleza, nunha palabra, de felicidade.

Por outra banda, a participación dos segrares no ministerio profético, sacerdotal e rexio de Cristo, sobre a que descansa a súa vocación e a súa misión, non deriva dunha delegación do ministerio apostólico (bispos, sacerdotes...), senón que ten base sacramental: deriva do seu bautismo e confirmación.

O Pastor da diocese, xunto cos seus sacerdotes e consagrados, procurará animalos para que realicen a súa vocación mediante unha boa formación na fe e para a misión. Abririlles campos de acción, encomendarlles tarefas concretas, integrais, xunto aos presbíteros e consagrados, na misión evanxelizadora da Igrexa. Cando os segrares vaian asumindo responsabilidades dentro da vida eclesial, esta será máis rica, aínda que tamén máis complexa e máis exposta a tensións que se terán que encauzar para que resulten positivas.

“A Igrexa -ensina o Vaticano II- non está verdadeiramente formada, non vive plenamente, non é sinal perfecto de Cristo entre os homes en tanto non exista e traballe coa Xerarquía un laicado propiamente devandito. Porque o Evanxeo non pode penetrar profundamente nas conciencias, na vida e no traballo dun pobo sen a presenza activa dos segrares. Por iso xa no tempo de fundar a Igrexa, hai que atender sobre todo á constitución dun maduro laicado cristián” (AG. 21).

A mensaxe de Cristo, da que a Igrexa é portadora, é prioritariamente de carácter relixioso, é dicir, pretende dar a coñecer a todo home que Deus lle quere personalmente e que sempre pode aspirar a obter o perdón de Deus, anuncia unha nova forma de vida aquí na terra, baseada na filiación divina e na fraternidade humana que se prolongará nunha vida mellor (a eterna). Agora ben, desta mensaxe derivan uns criterios e unhas actitudes para transformar este mundo. A presenza do evanxeo nos campos novos da investigación, cultura, información, ética, política... realízaa a Igrexa principalmente por medio dos segrares. Para iso conta coa súa competencia profesional e, sobre todo, coa axuda espiritual do Espírito.

Os fieis laicos exercitan o seu ministerio dentro da comunidade eclesial e na transformación do mundo, dada a natureza secular da súa propia vocación. Hai campos nos que é absolutamente necesario e imprescindibile o compromiso dos laicos: a familia, o ensino, o mundo do traballo, da saúde, da política, do diálogo fe-cultura contemporánea... Na nosa diocese non partimos de cero, grazas a Deus, xa hai laicos cristiáns que están levando adiante un traballo de primeira magnitude en moitos ámbitos eclesiais. Os laicos neste momento histórico teñen ante si o desafío de transformar as estruturas sociais para que sexan máis acordes coa dignidade da persoa humana e a práctica da solidariedade. Aquí debe aterrar o compromiso da fe. O divorcio entre a fe e a vida cotiá é un dos feitos que máis prexuízos carrexan á Igrexa no noso tempo. Estamos vivindo unha profunda crise debida á perda do sentido de Deus e á ausencia dos principios morais. Pero todo isto ten un prezo, porque "sen unha referencia moral -como ensinou o Papa Benedicto XVI- cáese nun afán ilimitado de riqueza e de poder, que ofusca toda visión evanxélica da realidade social"⁹⁷

O bispo ha de confiar nos segresares outorgando autoridade e peso ás súas opinións. Os segresares, á súa vez, aceptarán a autoridade do bispo, non por razóns de mero funcionamento da comunidade eclesial, senón por motivacións relixiosas e espirituais, conscientes de que non se trata dun obsequio rendido aos bispos en canto persoas concretas, senón en canto son 'testemuñas da verdade divina e católica' (LG 25)

É necesario estimular e soste a presenza dos católicos na vida pública onde han de facer unha achega significativa e relevante desde a súa condición de crentes. Non se trata de reclamar privilexios do pasado, senón de facerse presentes na nosa sociedade democrática cunha presenza cualificada pola súa misión, rigor e dignidade. A Igrexa non se afunde tanto polas agresións de fóra dela, canto pola desobediencia ao evanxeo e a ruptura da comunión eclesial. As xeracións actuais teñen dereito a unha proposición positiva superando o encerramento da Igrexa en si mesma adoptando posturas agresivas.

Os carismas e os ministerios son dons que o Espírito de Deus outorga de xeito diferenciado a bispos, sacerdotes, consagrados e laicos. A tarefa do bispo respecto dos ministerios e carismas é recoñecelos, fomentalos, discernilos e regulalos para que se exerzan de xeito orgánico en ben do enteiro corpo eclesial, pero non é o seu dono.

Non podemos quedarnos satisfeitos nunha situación como a nosa en que moitos afirman ser cristiáns e viven como verdadeiros agnósticos. As nosas

⁹⁷- BENEDICTO XVI, Aos bispos mexicanos na visita ad limina, 15.09.05

comunidades deben tender a ser comunidades de fe madura, pero nunca deben resultar 'elitistas'. A Igrexa pola súa mesma natureza debe estar aberta para acoller aos que están aínda en camiño, aos que buscan, aos que son aínda débiles na fe, aos pecadores. Aínda que, en canto pecadores, estamos chamados á conversión. Precisamente na Igrexa de Xesucristo atopamos o perdón para os nosos pecados e os medios necesarios para cambiar as nosas vidas. A Igrexa non pode, en ningún dos seus membros, renunciar á súa vocación á santidad e conformarse coa mediocridade.

A forza apostólica do cristián descansa -non o esquezamos- na conversión persoal. Non pretendemos cambiar o mundo de fóra cara a dentro, senón de dentro cara a fóra. O amor do Pai, a graza de Xesucristo, a forza do Espírito actúan de dentro cara a fóra, respectando a liberdade, motivacións, desexos da persoa. Embarcados nunha seria conversión, teremos máis cristiáns bautizados e ao mesmo tempo convertidos, que son os que realmente necesitamos.

4. A CORRESPONSABILIDADE NUNHA IGREXA SINODAL.

Na eclesioloxía de comunión característica do Vaticano II, a corresponsabilidade afecta a todo o Pobo de Deus e non só á xerarquía.

"Si se me preguntase -dixo en certa ocasión o cardeal Suenens- cuál es el 'germen de vida' más rico en consecuencias pastorales que se debe al Concilio, respondería sin dudarlo: el haber vuelto a descubrir al Pueblo de Dios como un todo, como una totalidad y, en consecuencia, la corresponsabilidad que de aquí se deriva para cada un de los miembros"⁹⁸

Agora ben, do feito de que na Igrexa todos somos iguais en dignidade e responsabilidade polo bautismo, non se deriva que todos sexamos responsables do mesmo xeito, co mesmo título e nos mesmos campos. A corresponsabilidade é orgánica e diferenciada porque se exerce nun organismo vivo que é a Igrexa. Vivir rectamente a corresponsabilidade esixe, por unha banda, deixar de lado a pasividade, a indiferenza, o acaparamento, a imposición... e, por outra, cultivar o interese por colaborar, o empeño na actividade comunitaria e solidaria, a capacidade de diálogo, o entusiasmo pola unidade. Para todo isto é necesario converterse e practicar unha adecuada pedagogía da participación.

Para ser unha Igrexa máis corresponsable habemos de ser unha Igrexa máis convertida pasando

* do culto do eu á devoción pola fraternidade e a comunidade;

⁹⁸- Cardenal SUENENS, La corresponsabilidad en la Iglesia de hoy, Bilbao 1969, 27

- * do medo ao compromiso, á ascética de aceptar o compromiso e mantelo fielmente;
- * da incomunicación, á apertura e receptividade;
- * da obsesión pola eficacia (facer cousas) á preocupación pola pedagogía (educar persoas);
- * do egoísmo de conservar o que é meu, á xenerosidade de compartilo todo;
- * da envexa, o receo e a confrontación, á aproximación, á estima e á confianza cara aos irmáns;
- * da amargura da crítica sistemática, á corrección fraterna ponderada e amable;
- * do medo pola sorte da Igrexa, á confianza no Espírito;
- * do protagonismo persoal, ao servizo calado e desapercibido; da présa polo éxito, á paciencia do sementador e á gratuidade no servizo.

Hoxe profúndase na corresponsabilidade eclesial reflexionando sobre a sinodalidade na Igrexa⁹⁹ e tratando de practicala.

“Sinodalidade significa ‘camiñar xuntos’. O camiñar evoca o movemento de Abrahán, quen se pon en marcha co seu grupo, tendo por único fundamento a palabra de Deus. Bota a andar, non só ‘se trasláda’: purificado e liberado, aberto a un futuro impreciso nos seus contidos, pero garantido por unha presenza segura, a de Deus que precede e camiña con el.

O bispo cos seus fieis está en camiño cara a esta ‘terra de Deus’. Esta espiritualidade do camiño, do vivir en tendas, é importante como actitude de todo crente fronte á lóxica do mundo, que prefire a seguridade e a instalación. O que vale para calquera crente é particularmente válido para o presbítero.

⁹⁹. E. CORECCO, artículo *Sinodalidad* en: NDT (Madrid 1982) 1644-1673; VII CONGRESO INTERNACIONAL DE DERECHO CANÓNICO, *La Synodalité I-II* (París 1992) S. PIE NINOT, *La sinodalitat eclesial*, Barcelona 1993; J. M. ROVIRA BELLOSO, en: *Vaticano II: Un concilio para el tercer milenio* (Madrid 1997) 79-84. Y. CONGAR, *Quod omnes tangit, ab omnibus tractari et approbari debet*: Revue Historique de droit François et Etranger 36 (1958) 210-259. E. BUENO-R. CALVO, *Una Iglesia Sinodal: memoria y profecía*, Madrid 2000; S. MADRIGAL, *‘Sinodo es nombre de Iglesia’* (S. Juan Crisóstomo). *Corresponsabilidad y participación*: Sal Terrae 1043 (2001) 197-212.

Unha das primeiras esixencias do anuncio é a dunha certa mobilidade que permite acudir a todos os lugares onde o Evanxeo aínda non foi anunciado, e trasladarse dun sitio a outro segundo sexan as necesidades. A situación actual demostra o valioso que é para a Igrexa o poder dispoñer de sacerdotes e bispos que, aínda despois dun prolongado ministerio ou oficio nun servizo determinado, estean dispostos a novas iniciativas.

Entre outras cousas, tal disponibilidad defende á comunidade do perigo de esclerose, e pon de manifesto a 'norma suprema' que o bispo debe respectar nos nomeamentos e os traslados, é dicir, o ben das almas¹⁰⁰.

Así pois, cada un de nós, empezando polo bispo, debe sentirse chamado a un servizo que implica a entrega incondicional á Igrexa enteira, e, polo tanto, un firme propósito de perseverar no cargo que se lle confiou, aínda a costa de graves sacrificios, e á vez liberdade de corazón e disponibilidad para asumir outro servizo para ben da propia Igrexa" (Cardeal Martini)

O sínodo diocesano é unha forma extraordinaria de facer visible o que a Igrexa é permanentemente no máis profundo e no máis real de si mesma: misterio de comunión. O sínodo -recordou non fai moito o cardeal arzobispo de Madrid- "non é simplemente unha reunión de expertos, na que os que máis saben expoñan aos que saben menos as súas ideas sobre como hai que anunciar hoxe o Evangelio. Nin tampouco unha asemblea sen máis, segundo os modelos sociolóxicos e políticos vixentes, na que, ao final dos debates, o único que importa sexa a correlación de forzas á hora das votacións, coma se a verdade das propostas dependese principalmente de nós e da nosa capacidade de impoñelas. O sínodo é unha asemblea na que queremos axudarnos uns a outros a ser máis fieis ao que Deus quere para a súa Igrexa no momento actual do mundo". Aquí é decisivo o papel e a responsabilidade do bispo diocesano, que garante que todo o traballo evanxelizador se faga en comunión coa Igrexa universal e co seu pastor, o Papa.

IV. A PARROQUIA, UNHA CASA DE FAMILIA FRATERNA E ACOLLEDORA.

1. A PARROQUIA, FAMILIA DE FAMILIAS CRISTIÁS.

"A comunión eclesial, aínda conservando sempre a súa dimensión universal, atopa a súa expresión máis visible e inmediata na parroquia. Ela é a últi-

¹⁰⁰. Cf. CONCILIO VATICANO II, CD 31, e "*Ecclesia imago*", *Directorio para o ministerio pastoral dos Bispos*, 2,6.

ma localización da Igrexa; é, en certo sentido, a mesma Igrexa que vive entre as casas dos seus fillos e das súas fillas.

É necesario que todos volvamos descubrir, pola fe, o verdadeiro rostro da parroquia; ou sexa, o misterio mesmo da Igrexa presente e operante nela. (...). A parroquia non é principalmente unha estrutura, un territorio, un edificio; ela é "a familia de Deus, como unha fraternidade animada polo Espírito de unidade" (LG. 28), é "unha casa de familia, fraterna e acolledora" (CT. 67), é a "comunidade dos fieis" (can. 515). En definitiva, a parroquia está fundada sobre unha realidade teolóxica, porque ela é unha comunidade eucarística. Isto significa que é unha comunidade idónea para celebrar a Eucaristía, na que se atopan a raíz viva da súa edificación e o vínculo sacramental do seu existir en plena comunión con toda a Igrexa. Tal idoneidade radica no feito de ser a parroquia unha comunidade de fe e unha comunidade orgánica, é dicir, constituída polos membros ordenados e os demais cristiáns, na que o párroco -que representa ao bispo diocesano- é o vínculo xerárquico con toda a igrexa particular"¹⁰¹.

Di o Concilio Vaticano II: "Xa que na súa Igrexa o bispo non pode presidir sempre e en todas partes personalmente a toda o seu rabaño, debe constituír necesariamente asembleas de fieis, entre as cales teñen un lugar preeminente as parroquias constituídas localmente baixo a guía dun pastor que fai as veces do bispo: elas, en efecto, representan en certo xeito a Igrexa visible establecida en toda a terra" (SC. 42).

O Código de Dereito Canónico define así a parroquia: "é unha determinada comunidade de fieis constituída de modo estable na Igrexa particular, cuxa cura pastoral, baixo a autoridade do bispo diocesano, encoméndase a un párroco, como o seu pastor propio" (c. 515, 1). Polo tanto, tamén desde o punto de vista xurídico-canónico, ponse o acento non no territorio, senón na comunidade de fieis e sublíñase a responsabilidade do párroco como pastor propio da mesma.

A parroquia non é un elemento máis do equipamento dun barrio, un lugar para prestar os servizos de tipo relixioso que poden legítimamente solicitar os cidadáns. O que unha parroquia funcione ben non se mide, como nos grandes almacéns, pola cantidade de clientela que consegue reunir. A parroquia é comunidade de fe e lugar de reconciliación. "A ela corresponde crear a primeira comunidade do pobo cristián; iniciar e congregar ao pobo na normal expresión da vida litúrxica; conservar e reavivar a fe na xente de hoxe; fornecerlle a doutrina salvadora de Cristo; practicar no sentimento e nas obras a caridade sinxela das obras boas e fraternas" (PAULO VI, 1963).

¹⁰¹... XOÁN PAULO II, CL 26

Na descrición teolóxica da parroquia indícase a semellanza que ten coa diocese, pero tamén a súa diferenza: a diocese é a realización total da Igrexa de Xesucristo; a parroquia, en cambio, é parcial e incompleta localización da mesma. Non son as parroquias as que fan a diocese, senón ao revés. Pero a parroquia é a Igrexa que se fai presente xunto aos nosos fogares como comunión de fe, esperanza e amor e “reduce a unidade as diversidades humanas que nela se atopan e inséreas na universalidade da Igrexa” (AA 10). Xoán Paulo II a chama “a mesma Igrexa que vive entre as casas dos seus fillos e fillas”, e advirte que “non é principalmente unha estrutura, un territorio, un edificio”, senón -tomando a expresión do Vaticano II- “a familia de Deus, como unha fraternidade animada polo Espírito de unidade”¹⁰², é “unha casa de familia, fraterna e acollidora”¹⁰³ e sinala que está fundada sobre unha realidade teolóxica porque é unha comunidade eucarística e en consecuencia unha comunidade de fe orgánica.

Baseándonos neste maxisterio conciliar e pontificio cremos poder denominar á parroquia ‘familia de familias’ aludindo a que debe asumir un estilo de relacións máis humano e fraternal, máis familiar¹⁰⁴.

Na actualidade hai xente que ve a parroquia como algo cargado de nobreza e tradición, pero pouco apto para ser renovado. Pregúntanse se a parroquia ten aínda sentido ou é máis ben unha estrutura envellecida, propia dunha sociedade estática e rural. Outros vena como unha institución empobrecida que só vale para os que forman parte de comunidades eclesiais máis selectas ou movementos máis modernos e formados. Por fin non falta quen a ve -e evíttaa- como algo ríxido, absorbente, incapaz de assimilar un cristianismo renovado.

Pode ser que non falten razóns para pensar así. Pero convén non esquecer o que Paulo VI dicía en 1963: “Cremos simplemente que a antiga e venerada estrutura da parroquia ten unha misión indispensable e de gran actualidade;

¹⁰². CONCILIO VATICANO II, CL 26

¹⁰³. XOÁN PAULO II, CT 67. “Tamén a parroquia é unha familia. A súa casa é este templo “a morada de Deus cos homes” (Apoc. 21,3) (...) Amade a casa da vosa familia. (...) A vida humana que se desenvolve en tantas casas, atopa aquí o seu punto central. Encontrádevos aquí na oración. Encontrádevos na mesa da Palabra de Deus e da Eucaristía. Encontrádevos ante a Nai que coa súa mirada, fálavos do gran amor con que o Pai vos amou en Cristo” (JUAN PABLO II, *La parroquia morada de Dios con los hombres. A la parroquia Nuestra Señora de Czestochowa*, Roma 25.02.79)

¹⁰⁴. “Grazas á caridade da familia, a Igrexa pode e debe asumir unha dimensión máis doméstica, é dicir, máis familiar, adoptando un estilo de relacións máis humano e fraterno” (XOÁN PAULO II, Exhort. Apost. *Familiaris Consortio* 64: AAS 74 (1982) 157)

a ela corresponde crear a primeira comunidade do pobo cristián; iniciar e congregar ao pobo na normal expresión da vida litúrxica; conservar e reavivar a fe na xente de hoxe; fornecerlle a doutrina salvadora de Cristo; practicar no sentimento e nas obras a caridade sinxela das obras boas e fraternas”.

“A anhelada renovación da parroquia -ensina Benedicto XVI- non pode ser resultado só de oportunas iniciativas pastorais, por máis útiles que sexan, nin de programas elaborados en despachos. Inspirándose no modelo apostólico, tal e como aparece nos Feitos dos Apóstolos, a parroquia redescúbrese no encontro con Cristo, especialmente na Eucaristía. Alimentada co pan eucarístico, crece na comunión católica, camiña en plena fidelidade ao Magisterio e sempre está atenta a acoller e discernir os diferentes carismas que o Señor suscita no Pobo de Deus. Da unión constante con Cristo, a parroquia saca vigor para comprometerse sen cesar ao servizo dos irmáns, especialmente dos pobres, para quen representa de feito o primeiro punto de referencia”¹⁰⁵.

2. TRAZOS CARACTERÍSTICOS DA PARROQUIA.

Mons. Fernando Sebastián sinalou como trazos esenciais da comunidade parroquial:

- * a *territorialidade*: A parroquia non selecciona; ela congrega aos cristiáns de calquera idade, situación económica ou nivel cultural. Por iso é tan variada, tan aberta e tan estable como a sociedade mesma. É a comunidade máis real e máis básica que pode haber. A territorialidade da parroquia conserva aínda hoxe unha gran importancia, aínda que a gran mobilidade que caracteriza o noso tempo esixe flexibilidade. Porque é necesario que o anuncio do Evanxeo e a resposta da fe, tomen corpo e se encarnen nuns homes concretos e nunha cultura determinada. Neste sentido a parroquia, constituída polos crentes e bautizados, é capaz tamén de mostrar o rostro encarnado da Igrexa de Cristo en cada lugar, porque a súa vocación é facerse presente en todos os pobos para predicar o Evanxeo e facer discípulos a todas as xentes (cf. Mt 28,19; Mc 16,15-16).

Agora ben, a territorialidade non pode esquecer aos grupos de persoas que non se integran ffacilmente nun lugar, por exemplo os xitanos e os emigrantes en xeral. As dificultades de idiosincrasia, de lingua ou de adaptación aos costumes pódense acrecentar se a parroquia non é o suficientemente aberta e acollidora para estas persoas.

¹⁰⁵. BENEDICTO XVI, Discurso ó Consello Pontificio para os laicos. 22.09.2006

As esixencias da evanxelización piden hoxe ás parroquias e os que traballan nelas unha sensibilidade especial ante estes feitos e a procura de fórmulas e de solucións para que a parroquia sexa centro e plataforma do anuncio de Xesucristo e da presenza da Igrexa na sociedade.

- * a *universalidade*: Non son únicamente membros da parroquia exclusivamente os que frecuentan o templo parroquial. Sono todos os crentes e as institucións relixiosas e eclesiais situadas nese territorio. O núcleo esencial da parroquia non son os grupos selectos nin as pequenas comunidades, senón o 'común pobo cristián'. A aparente 'pobreza' da parroquia, a súa 'elementalidade', é a súa riqueza máis preciosa: "A Igrexa mostra verdadeiramente na parroquia a maternidade dirixida a todos, sen criterios exclusivos de élite, e comprometéndose a ser unha convencida e confiada educadora de cristiáns cada vez máis abertos ao Espírito: acontece así que a parroquia, coa súa misión, exerce un influxo fundamental ao suscitar na Igrexa formas desa 'santidade popular' que constitúe un dos tesouros máis apreciábles das nosas comunidades cristiás"¹⁰⁶.
- * o seu carácter de *comunidade sacramental*: Esta é a nota máis esencial. A parroquia non é unha comunidade cristiá especializada que responda a unha devoción particular ou a un estilo determinado de entender e practicar a vida cristiá. A parroquia é a Igrexa mesma, sen aditamentos, na súa estrutura básica e por iso constitúese polo anuncio da Palabra de Deus, a celebración dos sacramentos e a presidencia do lexítimo pastor.
- * A súa eclesialidade: A parroquia está aberta ao enteiro pobo de Deus, non pode, xa que logo, identificarse con ningún movemento eclesial nin pechase nunha liña pastoral determinada. Pero por iso mesmo caben nela as diversas espiritualidades, asociacións, movementos, etc... Ela favorece en todos os bautizados a conciencia de formar parte viva da Igrexa e do seu camiño de fe.

3. PARROQUIA E DIOCESE.

Naturalmente estamos falando dunha parroquia aberta ás demais parroquias e á diocese:

¹⁰⁶. XOÁN PAULO II, Disc. ós bispos de Lombardía na visita ad limina (18.12.86): AAS 79 (1987) 1072

“Cultiven constantemente -ensina o decreto Apostolicam actuositatem, n.10 do Concilio Vaticano II- o sentido da diocese, da cal é a parroquia como unha célula, sempre dispostos, cando sexan invitados polo seu Pastor, a unir as súas propias forzas ás iniciativas diocesanas. É máis, para responder ás necesidades da cidade e das zonas rurais, non deben limitar a súa cooperación aos confíns da parroquia ou da diocese, senón que han de procurar ampliála ao ámbito interparroquial, interdiocesano, nacional ou internacional; tanto máis cando os crecentes desprazamentos demográficos, o desenvolvemento das mutuas relacións e a facilidade das comunicacións non consenten xa a ningún sector da sociedade permanecer pechado en si mesmo. Teñan así presente as necesidades do Pobo de Deus esparcido por toda a terra”.

E todo isto sen caer no parroquianismo, é dicir, crer que toda a evanxelización ha de pasar pola estrutura parroquial, aínda que en moitas ocasións ben puidese significar o centro de confluencia doutras formas de presenza e acción eclesial, tales como pequenas comunidades eclesiais de base, movementos apostólicos, etc...

“A parroquia -di o Vaticano II en AA. 10- ofrece un exemplo luminoso de apostolado comunitario, fundindo na unidade todas as diferenzas humanas que alí se dan e inseríndoas na universalidade da Igrexa. Os laicos han de habituarse a traballar na parroquia en íntima unión cos seus sacerdotes, a expoñer á comunidade eclesial os seus problemas e os do mundo e as cuestións que se refiren á salvación dos homes, para que sexan examinados e resoltos coa colaboración de todos; a dar, segundo as súas propias posibilidades, a súa persoal contribución nas iniciativas apostólicas e misioneras da súa propia familia eclesial”. Posteriormente, o Papa Xoán Paulo II recomenda a canle idónea para examinar e resolver coa colaboración de todos na parroquia: “O exame e a solución dos problemas pastorais ‘coa colaboración de todos’ debe atopar un desenvolvemento adecuado e estruturado na valoración máis convencida, ampla e decidida dos Consellos pastorais parroquiais”¹⁰⁷.

Máis que comunidade de comunidades, a parroquia debe ser comunión de comunidades. Nela atopan as pequenas comunidades de relixiosos/as, os movementos apostólicos, as asociacións eclesiais... a plataforma adecuada para vigorizar a comunión co Pai, o Fillo e o Espírito e para vivir e sentir coa Igrexa. E nela poden aportar a súa vitalidade para renovala e facela máis evanxelizadora e misionera. Non se trata de restar, senón de sumar e aínda de multiplicar.

“A parroquia segue sendo o lugar, ensinaba Xoán Paulo II, onde os fieis se reunen normalmente como unha familia para escoitar a palabra salvífica de

¹⁰⁷... XOÁN PAULO II, CL. 27

Deus, para celebrar os sacramentos con dignidade e reverencia, e para recibir a inspiración e a forza para a súa misión de consagrar o mundo en santidade, xustiza e paz. A parroquia fai presente o misterio da Igrexa en canto comunidade orgánica, na cal “o párroco -que representa ao bispo diocesano- é o vínculo xerárquico con toda a Igrexa particular” (CL 26). Outras institucións, organizacións e asociacións son signos de vitalidade, instrumentos de evanxelización e fermento da vida cristiá na medida en que contribúen a edificar a comunidade local na unidade de fe e de vida eclesial. Toda comunidade na que os fieis se reúnen para o alimento espiritual e as obras de servizo eclesial, debe estar completamente aberta á “unidade que é froito do Espírito, mediante o vínculo da paz” (Ef 4,3), unidade que implica un nexo orgánico coa Igrexa particular, na que se garante o carácter eclesial comunitario e se realizan os seus carismas”¹⁰⁸.

4. O CURA PÁRROCO.

Comentaba o Papa actual aos sacerdotes da diocese de Albano (Italia) que nas parroquias hai tres compromisos fundamentais, que poden dar ocasión a un compromiso misionero: o servizo sacramental, o anuncio da Palabra e a diakonía. E engadía: “O párroco non pode facelo todo. É imposible. Non pode ser un “solista”; non pode facelo todo; necesita a axuda doutros axentes pastorais. Paréceme que hoxe, tanto nos Movementos como na Acción Católica, nas novas comunidades que existen, contamos con axentes que deben ser colaboradores na parroquia para unha pastoral “integrada”. Para esta pastoral “integrada” hoxe é importante que os outros axentes que hai non só sexan activos, senón que ademais se integren no traballo da parroquia”.

“O párroco, xa que logo, recordou algunha vez o actual bispo de León Mons. Julián López, non é un executivo ou un representante territorial dunha empresa de ampla implantación, neste caso a diocese. Tampouco é un mero delegado do bispo ao que se lle confía unha función subsidiaria. A relación do párroco co bispo, aínda que ten unha dimensión xurídica e un posto no ordenamento canónico da Igrexa -de novo atopamos a pegada da configuración histórica do servizo ao pobo de Deus-, baséase na natureza sacramental dos vínculos que unen a todo presbítero co bispo diocesano. O párroco, como ‘pastor propio’ da comunidade que lle foi confiada, exerce a súa misión en canto participante co bispo diocesano e baixo a súa autoridade do ministerio de Cristo. Esta participación recíbea o presbítero no sacramento da Orde, que lle confire tamén as funcións de ensinar, santificar e rexer (cf. LG 28; CD 30; PO 4-6). Como ocorría xa nos primeiros séculos da Igrexa, a relación do párroco co bispo e cos demais presbíteros é unha relación de corresponsabilidade colexial

¹⁰⁸. XOÁN PAULO II, *Discurso á Conferencia Episcopal de Inglaterra e Gales con gallo da súa visita ad limina Apostolorum*: Ecclesia 2.911 (19.09.1998) 23-26 aquí 25

e de comunión ministerial que debe poñerse de manifesto a todos os niveis. Aquí radica a colaboración dos presbíteros nas tarefas de ámbito arciprestal ou de zona e de ámbito diocesano”.

En resumo: a parroquia revélasenos hoxe como institución eclesial insubstituíble e, ao mesmo tempo, insuficiente. “Insubstituíble porque es a través de ella como la inmensa mayoría de la gente entra en contacto con la Iglesia. Para muchos, la dimensión ordinaria de la Iglesia es la parroquia. Pero resulta insuficiente porque no es capaz por sí sola de realizar toda la misión evangelizadora. Debe vivir en comunión con la Iglesia particular y articularse adecuadamente en el arciprestazgo y la zona pastoral, a la vez que puede revitalizarse y potenciarse con los movimientos apostólicos y las pequeñas comunidades”¹⁰⁹

A parroquia, con ser plenamente válida hoxe, revélase tamén insuficiente para realizar, por si soa, toda a misión evanxelizadora. Por iso é polo que deba vivir en comunión profunda coa Igrexa particular, ou o que é o mesmo, coa totalidade das parroquias e comunidades confiadas ao ministerio do bispo e do presbiterio diocesano. Nótese, como sinala a definición de parroquia ofrecida polo Código de Dereito Canónico, que a parroquia foi constituída de modo estable na Igrexa particular. Isto quere dicir que, para comprender mellor a parroquia e traballar máis eficazmente en favor da edificación da comunidade parroquial, é indispensable coñecer e vivir a vinculación da parroquia coa Igrexa particular ou diocese.

V. A MODO DE CONCLUSIÓN. SUXESTIÓNS PARA A RENOVACIÓN DA NOSA DIOCESE E DAS NOSAS PARROQUIAS.

Aínda que na exposición dos capítulos anteriores apareceron xa algunhas ideas prácticas ou operativas, é conveniente completar esta reflexión con algunhas suxestións aínda que de tipo xeral. Porque tamén na nosa práctica pastoral ocorre tamén que “cando criamos que tiñamos todas as respostas, de súpeto, cambiaron todas as preguntas” (Mario Benedetti).

1. MARCO XERAL: UNHA PASTORAL EVANXELIZADORA.

Dos acontecementos actuais, sobre todo, obríganos a suscitar con toda a forza unha pastoral evangelizadora: *o fenómeno xeneralizado do debilitamento da fe e a difusión da increncia*. A fe cristiá xa non é pacificamente transmitida dunhas xeracións a outras dentro das familias cristiás. O ambiente cultural e as influencias sociais non favorecen a continuidade da fe nin a

¹⁰⁹. CONGRESO PARROQUIA EVANGELIZADORA, Edice, Madrid 1989, 299

práctica da vida cristiá. Na nosa sociedade estableceuse aos poucos como cousa normal a indiferenza relixiosa e a inseguridade moral. As novas xeracións, fortemente influenciadas polo ambiente cultural e moral, vense impulsionadas cara a uns estilos de vida máis pagáns que cristiáns. Os cristiáns teñen que profesar a súa fe e practicar a vida cristiá sobrepoñéndose á gran forza envolvente dunha cultura ambiental e dominante con forte impregnación laicista e neopagá.

*Características da Pastoral evanxelizadora*¹¹⁰

1. 1. A pastoral de evanxelización diríxese a suscitar a fe en ambientes dominados pola increnza e consolidar a fe do pobo cristián debilitada. Por iso mesmo *non todas as actividades pastorais, aínda que sexan necesarias, poden chamarse igualmente evanxelizadoras*. Seríano cun sentido máis estrito aquelas actividades pastorais expresamente dirixidas, baixo a acción do Espírito Santo, a favorecer a fe no Deus de Xesucristo, a conversión persoal e comunitaria ao Evanxeo e a unha vida cristiá auténtica e comprometida.

Neste sentido teríamos que *revisar moitas das nosas actividades pastorais ordinarias*, que, malia ós esforzos feitos, non conseguen suscitar o vigor relixioso e cristián que as novas xeracións necesitan para vivir a súa fe malia as presións ambientais ás que se ven sometidas.

1. 2. Cando falamos da necesidade de suscitar a fe ou de consolidala *non estamos pensando nunha visión empobrecida de fe* case exclusivamente intelectualista e pouco relacionada coa vida persoal. Pensamos máis ben na fe cristiá como *recoñecemento e aceptación persoal e libre da presenza e da intervención de Deus na nosa vida, persoal e colectiva*, manifestada e consumada en Xesucristo, co conseguinte cambio real de vida, promovido pola forza da graza de Deus e os dons do Espírito Santo. Isto ha de manifestarse e facerse efectivo en todas as ordes da vida real do cristián, na súa vida interior de adoración e obediencia liberadora á vontade de Deus, na vida matrimonial e familiar, no exercicio da vida profesional e social, nas actividades económicas e políticas, en todo o que é o tecido real e social no que de feito vivimos inmersos e realizámonos como persoas.

1. 3. Por iso é perfectamente claro que «a evanxelización non debe limitarse ao anuncio dunha mensaxe, senón que pretende alcanzar e transformar coa forza do Evanxeo os criterios de xuízo, os valores determinantes, os puntos de interese, as liñas de pensamento, as fontes inspiradoras e os modelos de vida

¹¹⁰. Cf. CEE, Plan Pastoral para el trienio 1994-1997

da humanidade que están en contraste coa Palabra de Deus e co seu designio de salvación» (*Evangelii nuntiandi*, 19).

Unha pastoral de evanxelización *non pode conformarse con ser unha pastoral de mínimos*, senón que ha de presentar a vida e a vocación do cristián en toda a súa riqueza e amplitude, como chamada á conversión persoal, ao seguimento de Cristo, á perfección e á santidad, ao apostolado e á colaboración co Señor no anuncio e a realización do Reino. Só nesta formulación ambiciosa, pero chea de humildade e confianza no poder de Deus poderá desenvolverse unha pastoral vocacional esixente, verdadeiramente fecunda e renovadora.

Na catequese, temos que revisar os contidos e os métodos e procedementos. Nunha sociedade supostamente cristiá é normal que a catequese dos nenos polarice fortemente a atención da parroquia, pois son eles os únicos que entendemos que non coñecen a fe. Nunha sociedade como a actual, sen descoidar a atención aos nenos, en moitos dos cales hai que espertar a fe e a experiencia relixiosa que non coñeceron no seu fogar, é necesario ampliar o horizonte. Coidemos especialmente a *iniciación cristiá*: se non termina ben no sentido de que celebrar a Confirmación non leva á incorporación activa na vida na comunidade cristiá, senón que máis ben os confirmados non volven aparecer nas celebracións litúrxicas, seguramente é que tampouco empezamos ben. Prestemos maior atención á formación dos catequistas. A situación actual das nosas comunidades suscita o problema da coordinación da acción catequética coa acción propiamente evanxelizadora que lle debe preceder, e coa acción pastoral que ha de continuala posto que, ás veces, preténdese impartir unha catequese ordinaria a mozos e adultos que necesitan, antes, un tempo de anuncio en orde a espertar a súa adhesión a Xesucristo. Potenciemos a catequese de adultos. Por unha banda, os nosos cristiáns adultos adoecen de fortes carencias na súa formación na fe de maneira que necesitan unha verdadeira catequese de iniciación e, por outra, cada vez con máis frecuencia serán adultos os que se acheguen a pedir o bautismo. Temos que ter preparados e a disposición procesos de catequese para estas persoas.

1. 4. Por isto mesmo, a pastoral evanxelizadora non corresponde só aos sacerdotes ou aos relixiosos, nin pode reducirse a un mero anuncio do Evanxeo. A evanxelización, tal como a entende a Igrexa, é unha acción comunitaria, nela teñen o seu lugar propio os fieis segrares, e abarca desde as actividades estritamente anunciadoras ata as iniciativas máis audaces no tecido social para transformar as institucións e as características da vida social de acordo cos modelos e os valores operativos da moral cristiá, da doutrina social da Igrexa e en definitiva do Reino de Deus.

O Papa Xoán Paulo II na Homilía pronunciada en Huelva (n 8; La hora de Dios, "BAC", 125), aludía á doutrina de *Evangelii nuntiandi* e de *Christifideles laici* sobre os aspectos efectivos e de transformación da realidade social, situando neles a misión específica dos fieis segresares autenticamente convertidos á vida cristiá e ben preparados doutrinal e profesionalmente para as difíciles esixencias deste apostolado (cf n.8). Preparar aos laicos cristiáns e axudarlles na súa formación ten que ser a tarefa que ocupe máis tempo e esforzo na vida apostólica dos sacerdotes diocesanos ou relixiosos.

1. 5. En canto aos seus contidos e métodos, a pastoral evanxelizadora ten tamén as súas especiais características ben definidas:

- Require en primeiro lugar un anuncio da Palabra de Deus de maneira que se produza un verdadeiro encontro persoal con Xesucristo e que se lle outorgue o lugar central na propia vida
- Ten tamén unhas esixencias de método que se poden resumir na necesidade dunha acción pastoral fortemente personalizada, na relación entre o que anuncia e quen recibe a palabra de salvación, a incorporación de intensas experiencias relixiosas, persoais e comunitarias, a necesidade de favorecer experiencias de conversión, de comunicación interior con Cristo cos conseguíntes cambios nos proxectos de vida, na oración, nas celebracións litúrxicas, no servizo humilde, desinteresado e sacrificado aos irmáns necesitados, pobres, doentes, anciáns e marxidados.

Todo isto suscita unha *revisión dos criterios á hora de celebrar os sacramentos*: Os cristiáns, herdeiros de costumes de épocas pasadas, seguen interesados en recibir os sacramentos de maior relevo social. Pero non sempre acoden coa suficiente preparación nin cunhas disposicións persoais claras e sinceras para vivir o sacramento como unha verdadeira celebración da graza de Deus, acollida con fe como principio dunha nova vida. Por iso, hoxe a urxencia primeira é intensificar o anuncio da salvación de Deus, espertar e fortalecer a fe, aumentar a estima da vida sobrenatural e dos bens do Reino, espertar os desexos de vivir cristiamente nos fieis que se achegan á celebración dos sacramentos. Non é raro que pidan caprichos e poñan o máximo interese en detalles que a nós nos parecen totalmente secundarios. Cando non se respectan as normas vixentes na Igrexa universal e na nosa diocese, podemos facernos sufrir uns a outros sen pretendelo.

- Require tamén unha forte renovación espiritual, eclesial e apostólica dos axentes de pastoral, especialmente sacerdotes, relixiosos e segresares. Estes últimos han de ser quen, formados e enviados desde a comunida-

de cristiá, vivan e actúen nas realidades sociais demostrando con claridade profética e eficacia profesional que se poden transformar progresivamente os modelos de sociedade e aqueles condicionantes sociais que inflúen na configuración da conciencia e dos modelos colectivos de vida: familia, formas laborais e económicas, institucións, opinión pública, expresións artísticas, actividades de lecer, modelos sociais de produción e distribución dos bens, leis e actuacións políticas, servizos de promoción e asistencia, etc.

1. 6. Se se quere impulsar de verdade unha pastoral evanxelizadora, hai que ter en conta que a difusión e o crecemento da fe requiren nos axentes pastorais *unha vivencia espiritual e testimonial forte*, sen dúbidas nin ambigüidades, cunha actuación decidida fortemente animada polo Espírito de Deus e a misión eclesial, vivida en comunión clara e efectiva.

Por esta razón a chamada á pastoral evanxelizadora leva dentro unha chamada á conversión persoal e eclesial, á claridade doutrinal e ao vigor apostólico, cun claro testemuño de santidad de vida.

1. 7. A pastoral evanxelizadora require unha conciencia viva de que *a fe é un don de Deus* que nós non podemos promover senón colaborando humildemente coa acción sobrenatural do Espírito Santo nos corazóns dos homes. *Evanxelizear é primeiro que nada orar*, pedir a Deus que interveña poderosamente coa súa graza iluminando as mentes e movendo os corazóns para acoller con humildade e gratitude a boa semente da súa Palabra de salvación. Para ser evanxelizadora, a Igrexa enteira ten que vivir nunha conciencia viva da súa debilidade e nunha vixilia de ardente oración. Os contemplativos e contemplativas han de ser nestes momentos apoio forte da acción pastoral de toda a Igrexa e primeiros protagonistas da evanxelización. A forza do anuncio misioneiro vén da Palabra de Deus e da forza testimoniante e convincente da cruz de Cristo, presente tamén na pobreza dos evanxelizadores, da comunidade que os envía e do seu testemuño martirial (Cfr 1 Cor 1,17-18; 2,1-5; 2 Cor. 4,7-12).

1. 8. É importante ter en conta que *a evanxelización nunha cultura poscristiana e neopagá, ha de ter permanentemente unha dimensión apoloxética*, non como actitude polémica, senón máis ben como un desfacer malentendidos. A máis propia da nosa época, e quizáis a máis estendida é unha visión da relixión como algo anticuado, infundado e pernicioso para o desenvolvemento da persoa e da sociedade, inimiga da razón, da liberdade, do progreso, da vida democrática. Esta preocupación apoloxética ha de ter en conta as diversas ideas e actitudes dominantes en cada ambiente respecto da Igrexa, dos sacerdotes, da relixión e de Deus mesmo.

Todo iso ten que desenvolverse nunhas *actitudes de diálogo e de servizo*, que ofrezan claramente, de xeito directo e humilde, o don da salvación que Deus ofrece en Xesucristo.

1. 9. A pastoral de evanxelización nunha sociedade poscristiana require que *as palabras do anuncio da mensaxe estean fortalecidas polo testemuño da vida renovada*, por un amor servicial aos pobres e marxidados. É o signo evanxelizador por excelencia. O testemuño de vida e o amor gratuíto aos necesitados forman parte esencial da presenza do Reino de Deus e da evanxelización que o anuncia.

A variedade e complexidade das formas de pobreza que xera a vida moderna é grande. Por outra banda, a crise económica está provocando novas situacións de desamparo e necesidade. Os rostros concretos dos 'novos pobres' completan unha lista longa e crecente: parados afundidos no empobrecemento progresivo, anciáns desatendidos, novos drogaditos e desarraigados, estranxeiros rexeitados, transeúntes inadaptados, enfermos mal atendidos, persoas soas e depresivas, parellas rotas, mulleres maltratadas... Por iso, temos que potenciar nas parroquias Cáritas, Pastoral da Saúde, Pastoral Obreira, diferentes formas de voluntariado e outros servizos humanitarios, que axudarán a potenciar o signo máis evanxelizador dos cristiáns: o amor efectivo ao pobre e ao necesitado.

2. INTENSIFICAR A TRANSMISIÓN DA FE.

A todos os niveis. Pero teñamos en conta que as novas xeracións achegáronse á realidade a través dos diversos medios de comunicación: a súa aprendizaxe foi a través de todos os sentidos, de forma diversa e múltiple. Utilizan ordeadores como parte da súa experiencia básica e son máis interactivos que pasivos na súa aprendizaxe. Para o home de hoxe é tan importante o envoltorio como o contido da mensaxe que lle queremos comunicar. Logo de anos de radio, walkman, TV, Internet... a xente non escoita do mesmo xeito. Falan máis os xestos e a forza das expresións que o mesmo contido das palabras. Xesús segue sendo actual e crible. *A forza transformadora da mensaxe de Xesús, sen perder nada da súa propia identidade, ha de chegar ao home do noso tempo por canles novas*. O cristianismo non está exclusivamente ligado a unha cultura, excédeas a todas, pero ha de estar sempre inculturado nun contexto. A sociedade ten unha gran necesidade de axentes creativos do Evanxeo, de axentes capaces de aportar novos modelos e usar novas técnicas e tecnoloxías como instrumentos evanxelizadores para captar a imaxinación relixiosa da cultura¹¹¹.

¹¹¹. Cf. Mons. R. BERZOSA, *La parroquia en la cibercultura. Retos y posibilidades* en Signo 11 (2006)

3. POTENCIAR A ATENCIÓN PASTORAL ÁS FAMILIAS.

A familia actual foise baleirando en poucos anos do contido relixioso e cristián que tivo entre nós. Hoxe, polo xeral, a familia non é unha «escola de fe», senón un lugar onde se transmite de pais a fillos indiferenza relixiosa e consumismo. E, con todo, a familia de pais cristiáns pode e debe ser «un espazo onde o Evanxeo é transmitido e desde onde este se irradia». Con todo, a pesar do cambio profundo do clima familiar, *a familia segue sendo un lugar privilexiado para a comunicación entre as xeracións, para a expansión e desenvolvemento da persoa e tamén, xa que logo, para a transmisión da fe.* A colaboración da familia é indispensable no proceso evanxelizador. Por iso mesmo na nosa acción evanxelizadora habemos de atender especialmente á vida cristiá das familias. E isto nas dúas vertentes de acompañamento aos cristiáns que comezan a súa vida matrimonial e familiar e como célula de Igrexa primeira transmisora da fe e das experiencias fundamentais da vida cristiá.

É indispensable tratar de mellorar a preparación para o matrimonio e a vida familiar en todos os seus aspectos relixiosos e morais e hai que contar coas familias como colaboradoras insubstituíbles da evanxelización dos nenos e novos. Os grupos parroquiais de matrimonios e os movementos familiares poden ser unha axuda importante nesta pastoral familiar e no crecemento e consistencia interior e apostólica das comunidades parroquiais.

4. OS MOZOS.

En calquera reunión de sacerdotes ou de fieis cristiáns comprometidos na vida e misión da Igrexa, xorde sempre o mesmo malestar e a mesma pregunta. ¿Por que os mozos se afastan da Igrexa ao terminar o proceso de iniciación cristiá?, ¿que podemos facer para que nenos e xoves descubran, estimen e vivan con seriedade e alegría a vida cristiá?

É necesario centrar o problema dos mozos ante a fe, bosquexar unha pastoral xuvenil renovada onde os personalismos cedan o seu lugar a un diálogo aberto e tamén a intercambios das experiencias que se están desenvolvendo noutras dioceses e grupos de animación xuvenil. Practiquemos unha pastoral xuvenil máis acollidora e profética. Proponhámoslles a plena vixencia do Evanxeo como “unha proposta extraordinaria” para eles, onde se destaque *a centralidade do anuncio do Deus de Jesús de Nazaret*, deixando para máis adiante cuestións secundarias que hoxe son obxecto de polémica.

É moi importante que aos mozos non só lles quede a opción das discotecas; hai que ofrecerlles compromisos nos que vexan que son necesarios, que poden facer algo bo. Ao sentir este impulso de facer algo bo pola humanida-

de, por alguén, por un grupo, os mozos senten un estímulo a comprometerse e atopan tamén a “pista” positiva dun compromiso, dunha ética cristiá.

Outra experiencia son *os grupos de oración*, onde aprenden a escoitar a palabra de Deus, a comprender a palabra de Deus, precisamente no seu contexto xuvenil, a entrar en contacto con Deus.

Os mozos piden á Igrexa que poña o acento no anuncio do Deus de Xesucristo máis que no cumprimento de normas que non entenden. Buscan unha Igrexa que avance, sen perder a súa identidade e sen prepotencia, cara ao diálogo con outras relixións; unha Igrexa que invite ás mulleres a participar nela co mesmo rango que os homes; unha Igrexa que participe no diálogo coa cultura; unha Igrexa máis dos ‘sís’ que dos ‘nons’, como reclama Benedicto XVI.

Os mozos de hoxe xa non se limitan a reproducir os modelos relixiosos dos seus pais e profesores, polo que non podemos pensar nunha transmisión da fe en forma de herdanza e seguramente temos que traballar para ofrecer e presentar o cristianismo como forma de vida centrada na experiencia da fe.

Non insistamos no mantemento das prácticas, a obediencia ás normas e a pertencencia pasiva á institución; *suscitemos o encontro persoal con Xesucristo* que oriente cara a comunidades vivas de auténticas testemuñas da fe. Aproveitemos o momento propicio que estamos vivindo. Os mozos comezan a darse conta de que nin no botellón nin na festa permanente poden dar un sentido ás súas vidas. A Igrexa pode facilitarlles, sen actitudes paternalistas, o acceso ao Evanxeo para que os mozos se atopen con Deus e con eles mesmos. Esquezamos unha pastoral centrada en que non se marchen da Igrexa e favorezamos unha experiencia real de encontro con Xesús. Deixemos de transitar camiños atascados que non levan a ningunha parte. Intentemos, xuntamente con eles, descubrir novos camiños, desde novas mentalidades, novos enfoques, novos valores... porque nos atopamos con novos mozos. Hoxe en día, a nosa linguaxe eclesial non se entende, moitos xestos e tradicións hai que redescubrilas e traducilas, e iso implica adaptarnos a unha nova linguaxe e a unha nova mentalidade.

Hai máis dificultade na nosa casa, na Igrexa, que nos mozos, que andan buscando sempre un proxecto de realización da súa vida e nós non acabamos de darllo porque non lles ofrecemos dunha forma máis clara, máis nítida e máis transparente o Evanxeo de Xesús.

Propóñonos tres obxectivos precisos para impulsar a evanxelización dos mozos: 1) Concentrar os esforzos nunha chamada clara e explícita á conversión a Xesucristo: nalgún momento han de tomar os mozos a decisión fundamental que oriente a súa vida nunha dirección cristiá ou non. 2) Introducir de xeito máis

efectivo a experiencia relixiosa (oración, escoita da Palabra, testemuño doutros crentes, Eucaristía, interiorización do Pai noso): ao mozo posmoderno non se lle evanxeliza só cunha proposición de verdades cristiás. 3) Inicialos na Eucaristía da comunidade e facilitarlles a súa participación na celebración cristiá do domingo: sen unha vinculación á comunidade cristiá, a súa fe non logrará enraizarse.

5. AS UNIDADES DE ATENCIÓN PASTORAL.

Afrontemos os tempos que se nos botan encima. Preparémonos e preparemos aos nosos fieis. Non podemos atenderlos como ata agora, pero ninguén dixo que non podamos atendelos mellor. Seguramente teremos que constituír novas Unidades de atención pastoral con pequenos Equipos apostólicos integrados por sacerdotes, segres e relixiosos/as se fose posible. Que oren xuntos. Que traten de poñer en práctica un pequeno proxecto pastoral onde se repartan as actividades, as responsabilidades e as especialidades. Quizáis teremos que descargan un pouquiño o traballo de sábados e domingos para reparilo mellor os restantes días da semana. ¿Non sería posible pasar sen présas por aquelas parroquias onde non residimos para visitar aos enfermos e persoas maiores, para dar catequese aos adultos e aos nenos se os hai?

Termino con esta oración que me presta S. Hipólito: “Dámosche grazas a ti, Deus, por medio do teu servo amado Xesucristo a quen enviaches nos últimos tempos como salvador e redentor e mensaxeiro da túa vontade, o Logos divino inseparable de ti, polo que o fixeche todo e en quen atopaches as túas compracencias.

Ti enviáchelo desde o ceo ao seo dunha virxe, e levado no ventre tomou carne e mostrou ser Fillo teu polo seu nacemento do Espírito Santo e da Virxe. Cumprindo a túa vontade e preparándoches un pobo santo, estendeu as mans, pois el padeceu para liberar de sufrimentos aos que confían en ti. Asumiu voluntariamente a paixón para suprimir a morte... e anunciar a resurrección...

Recordando, pois, a súa morte e resurrección, ofrecémosche o pan e o cáliz, dámosche grazas porque nos fixo signos de estar na túa presenza e servíte sacerdotalmente. Rogámosche que envíes o teu santo Espírito sobre estas ofrendas da santa Igrexa”¹¹²

Manuel Sánchez Monge,

Bispo de Mondoñedo-Ferrol

1 de marzo de 2006, Festa de San Rosendo

¹¹². S. HIPÓLITO, Traditio apostolica, 4



Bispado de Mondoñedo-Ferrol
Miramar, s/n (Apdo. 176)
15480 FERROL
www.mondonedoferrol.org
mcs@mondonedoferrol.org